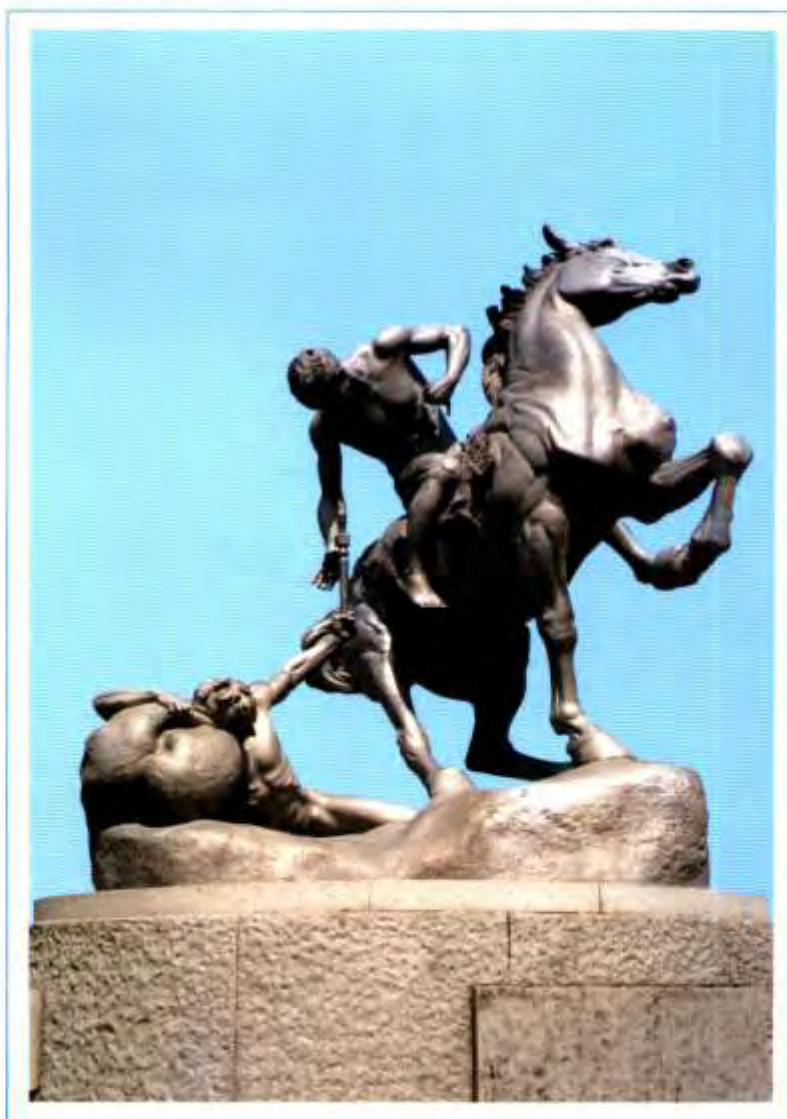




EDUCACION MEDICA U.C.





FACULTAD DE MEDICINA

Nº 8/90



EDUCACION
MEDICA U.C.

PORTADA:

*"Los portadores de la antorcha", Obra de
Anna Hyatt Huntington (1955).
Se encuentra en la Ciudad Universitaria de
Madrid, frente a la Facultad de Medicina.*

Comité Editorial

DR. LORENZO CUBILLOS OSORIO
Profesor Titular de Cirugía

DR. IGNACIO DUARTE GARCIA DE CORTAZAR
Profesor adjunto de Anatomía Patológica

DR. RICARDO FERRETTI DANERI
Profesor Titular de Medicina

SR. OMAR ROMO VALENZUELA
Profesor Titular de Educación Médica

*EDUCACION MEDICA U.C.
editada por la Facultad de Medicina
de la Pontificia Universidad Católica de Chile.*

Inscripción Nº 62.929

I.S.B.N.: 956-14-0239-3

Enero 1991

*Diagramación e Impresión
Alfabetá Impresores
Lira 140 - Santiago*

Indice

Prólogo <i>Dr. Lorenzo Cubillos Osorio</i>	9
El VII centenario de la muerte de Santa Hildegard, patrona de los médicos (Carta del Papa Juan Pablo II al Cardenal Hermann Volk, Obispo de Maguncia)	13
Santa Hildegard de Bingen <i>Régine Pernoud</i>	15
La Iglesia ante el SIDA: una prevención digna de la persona humana y una asistencia compasiva. (Discurso de S.S. Juan Pablo II al inaugurar Conferencia Internacional sobre SIDA. Ciudad del Vaticano, 1989.)	19

Discurso despedida al Arzobispo de Santiago y Gran Canciller de la Pontificia Universidad Católica de Chile, Cardenal Juan Francisco Fresno Larraín. Discurso programático (1990-1995) del Rector Juan de Dios Vial Correa	27
La Universidad y el problema de la verdad <i>Dr. Diego Gracia Guillén</i>	39
Convergencias del pensar científico y el pensar humanístico <i>Dr. Héctor R. Croxatto Rezzio</i>	47
La humildad <i>Mons. Jorge Medina Estévez</i>	55
Consejos de Esculapio	61
¿Quieres ser médico, hijo mío? <i>Dr. Ernesto Mundt Flühmann</i>	65
Alocución del Dr. Enrique Montero Oróstegui a los alumnos que recibieron sus títulos académicos en la Facultad de Medicina de la Universidad Católica de Chile en 1966	69
Concepto de ciclo vital, según Erik Erikson <i>Dr. Ramón Florenzano Urzúa y Dr. Enrique Fanta Núñez</i>	73
<i>Lingua Latina ad usum medici</i> , del profesor doctor Benedicto Chuaqui Jahiatt <i>Prof. Antonio Arbea Gavilán</i>	79
Centenario del antiguo edificio de la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile <i>Dr. Alejandro Garretón Silva</i>	83
Discurso del Rector, Dr. Juan de Dios Vial Correa, en la inauguración de las VI Jornadas de Derecho Natural, "La vida ante el Derecho". (Octubre de 1989.)	85
<hr/>	
SEXTO ENCUENTRO DE ACADEMICOS DE LA ESCUELA DE MEDICINA (Los Andes, 29 de septiembre al 1 de octubre de 1989)	91
<hr/>	
Evaluación social del proyecto Facultad de Medicina <i>Prof. Ernesto Fontaine Ferreira-Nóbriga</i>	93
La autoridad en la Universidad <i>Prof. Ricardo Krebs Wilckens</i>	105
Las condiciones de vida de los niños y mujeres en Chile: pobreza, vulnerabilidad y disparidades regionales <i>Prof. Emilio A. Osorio Alvarez</i>	117
El dolor, la enfermedad y la muerte en la perspectiva del cristiano <i>R. P. Beltrán Villegas Mathieu, SS.CC.</i>	129
<hr/>	
SEMANA DE SAN LUCAS. 1989. Concurso Literario	141
<hr/>	
Discurso del Director de la Escuela de Medicina, Dr. José Antonio Rodríguez Villegas, en la ceremonia de premiación del Concurso Literario para docentes y alumnos	143

Poemas del estudiante <i>Dr. Sergio González Bompardiere</i>	145
El abismo <i>Alumno Sr. Rubén Alvarado Vera (3er año)</i>	147
Descartes <i>Dr. Pedro Rosso Rosso</i>	151
<hr/>	
CEREMONIA DE ENTREGA DE TITULOS (24 de enero de 1990)	153
<hr/>	
Discurso del Decano de la Facultad de Medicina <i>Dr. Ricardo Ferretti Daneri</i>	155
Discurso del mejor alumno de la promoción 1989 <i>Dra. Andrea Vogel Sánchez</i>	157
<hr/>	
INAUGURACION DEL AÑO ACADEMICO EN LA ESCUELA DE MEDICINA. Marzo de 1990	161
<hr/>	
Vocación cristiana de estudio <i>Padre José García P., O.P.</i>	163
Bienvenida de la Pastoral Universitaria a los novatos <i>Alumno Sr. Bruno Nervi Nattero</i>	167
Inauguración y bendición de las nuevas dependencias del Servicio de Urgencia del Hospital Clínico <i>Dr. Juan Ignacio Monge Epiñeira</i>	169
Inauguración "Centro de Investigaciones Médicas". Discurso del Rector, Dr. Juan de Dios Vial Correa	171
Discurso del Dr. Pedro Rosso Rosso	173
Discurso del Sr. Ernesto Ayala Oliva	176
<hr/>	
CONMEMORACION DEL CUADRAGESIMO ANIVERSARIO DE LA ESCUELA DE ENFERMERIA. 12 de septiembre 1990	179
<hr/>	
Discurso del Decano, -Dr. Ricardo Ferretti Daneri	181
Reseña histórica de la Escuela de Enfermería de la Pontificia Universidad Católica de Chile <i>Sra. Elba Mateluna Gibbs</i>	183
Misión de la Escuela de Enfermería en sus cuarenta años de existencia <i>María Cecilia Campos Sandoval</i>	189
<hr/>	
HOMENAJE A UN DOCENTE: DR. JUAN FORTUNE HAVERBECK <i>Dr. Jaime Paulos Arenas</i>	193
<hr/>	
Palabras de agradecimiento del Dr. Juan Fortune Haverbeck	195

OBITUARIO: Dr. PEDRO SCHÜLER HOLZAPFEL	199
Discurso del Decano de la Facultad de Medicina, con ocasión de los funerales del Dr. Pedro Schüler Holzapfel	201
Discurso del Presidente de la Sociedad Médica de Santiago <i>Dr. Vicente Valdivieso Dávila</i>	202



“El hombre lleva la sagrada antorcha de la fidelidad
por las candentes arenas del desierto de los tiempos.

La mujer lleva la maternidad como antorcha
sublime en su camino.

Con ambas luces llevan a su término la
incansable tarea de las almas hasta la eterna
puerta de los cielos, ante el gozo de DIOS
arrebatadas”.

Prólogo

Dr. Lorenzo Cubillos O.

*Médico Cirujano en la Universidad de Chile (1951).
Doctor en Medicina y Cirugía en la Universidad de
Madrid (1955) y en la Academia de Medicina de
Düsseldorf (1958).
Profesor Titular de Cirugía de la Pontificia Universidad
Católica de Chile (1980).
Editor Responsable de la Revista "Educación Médica
U.C."*

Apreciado lector:

El año 1990 tiene especial connotación en nuestra comunidad médica y biológica. En efecto, celebramos los:

- 60 años de la puesta en marcha de la *Escuela de Medicina*.
- 50 años de la inauguración de nuestro *Hospital Clínico del Corazón Misericordioso de Jesús*,
- 40 años del inicio de actividades de la *Escuela Universitaria de Enfermeras "Isidora Lyon de Cousiño"*, para religiosas y seglares, dependiente de la Universidad Católica de Chile y del Instituto Cristo Rey,
- 30 años de la apertura de la *Maternidad San Ramón* de nuestro Hospital Clínico;
- 20 años de la creación del *Instituto de Ciencias Biológicas*, y
- 10 años del comienzo de actividades del Centro de Diagnóstico de la Pontificia Universidad Católica de Chile, *CEDIUC*, en el Campus San Joaquín.

Todos estos hitos importantes del desarrollo progresivo de nuestra Alma Mater representan nuestra tradición y están respaldados por el esfuerzo, sacrificio y generosidad de muchas personas, a quienes debemos perenne gratitud. Todas ellas tenían muy clara la razón de ser de nuestra Institución, esto es, la *sólida formación cristiana de excelentes profesionales en el área de la salud*. Esta es la *esencia intransable de nuestra Facultad de Medicina*, y al fortalecimiento y perpetuidad de ella debemos entregar nuestras mejores energías todos los miembros de esta Comunidad Académica. La transmisión de este fuego vital, generacionalmente, está simbolizada en la imagen de "Los portadores de la antorcha", con que ilustramos este número de nuestra Revista.

Como contribución a la hagiografía médica, en esta oportunidad damos a conocer a la preclara y formidable santa medieval, Hildegard de Bingen, cuya obra ha despertado enorme interés en el siglo XX.

En marzo de 1988 apareció en Selecciones del Reader's Digest un artículo, "La Iglesia Católica ante el SIDA", en el cual se comentaban que "las muy divergentes actitudes de los católicos ante esta epidemia mortal resuenan contra el silencio del Vaticano". La inconsistencia de esta afirmación la demuestra la actitud inmensamente caritativa del Santo Padre, cuando en 1987, en su visita a USA, abrazó en San Francisco a un niño enfermo de SIDA, adquirido por transfusión sanguínea. El pensamiento de S.S. Juan Pablo II frente a este nuevo flagelo es de claridad meridiana, como se aprecia en su discurso al inaugurar la Conferencia Internacional sobre el SIDA, en el Vaticano (1989), del cual subrayamos: *"...paralelamente con la difusión del SIDA se ha venido manifestando una especie de inmunodeficiencia en el plano de los valores éticos, que no se puede dejar de reconocer como una verdadera patología del espíritu"*.

Al inicio del año académico 1990, nuestro Rector, en nombre de la Pontificia Universidad Católica de Chile, expresó su reconocimiento y gratitud al Gran Canciller, Monseñor Juan Francisco Fresno Larraín, al término oficial de su mandato. Junto a ello nos ofreció una visión prospectiva, a cinco años, del desarrollo institucional, que publicamos en esta edición.

Otros temas valiosos de carácter universal que aparecen en este número son: "La Universidad y el problema de la verdad", del Dr. Diego Gracia G., catedrático de la Universidad de Madrid; "Convergencia del pensar científico y del pensar humanístico", de nuestro destacado investigador nacional Dr. Héctor Croxatto R., y "*Lingua Latina ad usum medici*", obra del Dr. Benedicto Chuaqui, presentada por el Profesor Antonio Arbea, en la cual pone de relieve la importancia de esta lengua en el ambiente cultural universitario. Rendimos, además, un homenaje a la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile, al conmemorarse el centenario de la construcción de su primer edificio de la Avenida Independencia (1890). En este homenaje reproducimos el pensamiento de su ex Decano, de respetada memoria, Profesor Dr. Alejandro Garretón Silva.

Como tema formativo de permanente actualidad y de enorme trascendencia en el área médica publicamos "*La humildad*", contribución de nuestro ex Pro Gran Canciller y actual Obispo de Rancagua, Monseñor Jorge Medina E. *El llamado a cultivar esta esencial virtud lo hace insistentemente N.S. Jesucristo, dándonos ejemplo en toda su vida, desde su nacimiento, en un humilde pesebre, hasta su muerte en la cruz, por la redención de la Humanidad*.

También insertamos un documento clásico, "Los consejos de Esculapio" y las aco- taciones hechas por nuestro distinguido ex alumno, Dr. Ernesto Mundt F.

Como es tradicional, entregamos toda la temática del VI Encuentro de Académicos de la Escuela de Medicina (Los Andes, septiembre de 1989), con las valiosas contribuciones de los profesores Ernesto Fontaine F., Ricardo Krebs W., Emilio Osorio A. y Rvdo. P. Beltrán Villegas, SS.CC.

Deseo destacar una vez más la gratitud de nuestra Facultad de Medicina a Laboratorios Saval, por el generoso patrocinio de este evento, que desde 1984 nos ofrece en forma ininterrumpida. El espíritu con el cual esta Institución nos apoya se refleja en las palabras de su Gerente General, don Emilio Saval Prados:

"Dentro de las variadas colaboraciones hay, sin embargo, una que nuestro Laboratorio aprecia de un modo muy particular: los Encuentros de Académicos en los Baños del Corazón. Esta actividad tiene la especial relevancia de haberse constituido en una pausa obligada de vuestro quehacer cotidiano. Esta pausa permite abrirse a los anchos horizontes del pensamiento humano, a la serena reflexión y al estimulante contacto con personas que se relacionan en cuanto a su dimensión humana, intelectual y ética".

Aparecen también los tres mejores trabajos galardonados del concurso literario de la Semana de San Lucas 1989, como estímulo a docentes y alumnos, a fin de desarrollar la vena poética y literaria en nuestra comunidad médica, propendiendo al amplio desarrollo del espíritu.

Como en otros años, publicamos especialmente *las actividades internas de nuestra Facultad de Medicina*: ceremonia entrega de títulos, inauguración del año académico, inauguración y bendición de nuevas dependencias, en particular la inauguración del Centro de Investigaciones Médicas, etc. Hemos recogido los discursos pertinentes de nuestras autoridades, alumnos y colaboradores y se los entregamos a ustedes, pues contienen valiosos pensamientos que deben ser conocidos por toda la comunidad académica.

Especial mención merece la conmemoración del cuadragésimo aniversario de la Escuela de Enfermería de la Pontificia Universidad Católica de Chile (1950-1990). Nuestra Facultad de Medicina le expresa sus mejores augurios a esta próspera y prestigiosa Escuela, cuya excelencia es reconocida a nivel nacional e internacional.

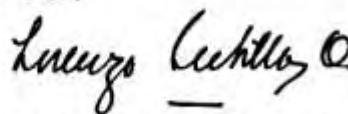
En el reconocimiento de los valores humanos, destacamos el homenaje al Prof. Dr. Juan Fortune Haverbeck, distinguido docente y pionero de la Traumatología en nuestro medio, que se ha entregado con generosidad y fidelidad al servicio de nuestra Facultad de Medicina.

Nuestra gratitud también va al Dr. Pedro Schüller Holzapfel, brillante Profesor de Medicina y por muchos años Director de nuestro Hospital Clínico, cuya muerte tuvimos que lamentar a fines de 1989. La Facultad de Medicina de esta Universidad y la Sociedad Médica de Santiago hicieron presente su solidaridad espiritual a la familia del Dr. Schüller en el sepelio de este distinguido colega.

Agradecemos también a todos los autores que contribuyeron en este número de la Revista, a los colaboradores tradicionales y muy en particular al Arzobispado de Colonia, quien, a través de Monseñor Herbert Michel, nuevamente nos apoyó en el financiamiento de esta publicación.

Queridos amigos, al iniciar el último decenio de este siglo y en los umbrales de un nuevo milenio, nos permitimos instarlos a trabajar con mayor denuedo en nuestras labores académicas específicas y a perfeccionar día a día nuestra formación espiritual cristiana. ¡Todo ello sea por la mayor honra y gloria de Dios!

Afectuosamente,



Dr. Lorenzo Cubillos Osorio
Editor Responsable

Santiago, 25 de diciembre de 1990 (Día de la Natividad del Señor).

El VII centenario de la muerte de Santa Hildegard, patrona de los médicos



A nuestro venerable hermano
Cardenal de la Santa Iglesia Romana
Hermann Volk,
Obispo de Maguncia.

Luz de su gente y de su época, Santa Hildegard, por sobrenombre Bingense, que brilla con más fulgor en la actualidad, ya que se celebra el 800º aniversa-

* "L'Osservatore Romano", 30.09.79, p. (477)5.
Carta del Papa al Cardenal Hermann Volk, Obispo de Maguncia.

rio desde que, con santa muerte, para reinar con Dios en la vida sempiterna, salió de este mundo, de cuya perversidad y malicia estuvo alejada, pero al que reportó innumerables beneficios, apremiada por la caridad de Cristo. Participamos, pues, muy gozosamente en esta conmemoración de su aniversario con cuantos admiran y veneran a esta mujer excepcionalmente ejemplar, y te rogamos, venerable hermano nuestro, en los confines de cuya diócesis ella vivió largo tiempo, y donde se separó de las cosas terrenas, que seas

intérprete y mensajero de nuestros sentimientos.

Nadie ignora que la primera alabanza con que está adornada esta flor de Alemania es la santidad de vida: cuando era niña de 8 años fue encomendada para su instrucción a las monjas, y ella misma comenzó inmediatamente el camino de la vida religiosa que recorrió con celo y fidelidad; reunió compañeras que adoptaron la misma resolución, fundó nuevos monasterios desde donde se propagó felizmente "el buen olor de Cristo" (cf. 2 Cor 2, 15).

Enriquecida con peculiares dones sobrenaturales desde su tierna edad, Santa Hildegard profundizó en los secretos de la teología, medicina, música y otras artes, y escribió abundantemente sobre ellas, poniendo de manifiesto la unión entre la redención y el hombre.

Amó exclusivamente a la Iglesia: ardiendo en este amor, no dudó en salir de los claustros del monasterio para encontrarse, como intrépida defensora de la verdad y de la paz, con prelados, autoridades civiles y con el mismo emperador, e incluso habló a multitudes de hombres.

Ella, que aunque siempre débil de salud pero muy vigorosa en fuerzas espirituales y verdaderamente "mujer fuerte", fue llamada en otro tiempo "profetisa de Alemania", en la conmemoración de este aniversario parece hablar perentoriamente a los fieles cristianos de su estirpe y a los demás. La vida y la obra de esta

Santa esclarecida enseñan que la unión con Dios y el cumplimiento de la voluntad divina son los dones que se deben buscar con mayor cuidado, sobre todo por aquellos que han elegido una vida más exigente en el estado religioso: es conveniente dirigirles las palabras de Santa Hildegard: "Mirad y recorred el camino recto" (Epist. CXL; PL 197, 371). Los fieles cristianos deben sentirse impulsados a poner en práctica, en esta época, el mensaje del Evangelio. Además, esta maestra, llena de Dios, enseña que el mundo sólo puede ser comprendido y regido rectamente si se lo considera como criatura del Padre amoroso y providente que está en los cielos. Finalmente, el cuidado que ella mostró como sierva infatigable del Salvador para con las almas y cuerpos de sus coetáneos, impulsará a los hombres actuales de buena voluntad a ayudar en la medida de sus fuerzas a los hermanos y hermanas que se encuentran necesitados.

Rogando con gran interés a Dios para que en la solemne conmemoración de Santa Hildegard se recoja gran abundancia de frutos espirituales, a ti, venerable hermano nuestro, a los demás obispos, sacerdotes y fieles que acudirán para honrar a esta Santa, os impartimos con mucho gusto la bendición apostólica, testimonio de nuestro amor.

Vaticano, 8 de septiembre del año 1979, I de nuestro pontificado.

IOANNES PAULUS PP. II

Santa Hildegard de Bingen

Régine Pernoud

*Historiadora francesa, experta en estudios medievales,
ha publicado "Las Cruzadas", "Leonor de
Aquitania", "La Mujer en la Época de las Catedrales"
y "San Luis y el Crepúsculo del Feudalismo".*

Era una de tantas religiosas, una simple monja de un convento cualquiera a orillas del Rin; sin embargo, a 800 años de su muerte se forma en los Estados Unidos una asociación para el estudio de sus escritos, surgen tesis doctorales dedicadas a ella, su vida y obras inspiran a eruditos, hombres de ciencia y de letras, pintores, músicos; ¡el interés que despierta ha llegado al extremo de motivar la propuesta de construir una clínica en la cual se administrarían experimentalmente los remedios que preconizaba!

¿Quién es, pues, Santa Hildegard?

Una pequeña de salud precaria, décima hija de una familia noble —aunque de abolengo secundario—, nacida en Bermersheim a fines del siglo XI, en 1098 (los cruzados, que habían iniciado su empresa hacía dos años, no llegan a Jerusalén sino hasta el año siguiente, y reconquistan la Ciudad Santa, para maravilla del mundo entonces conocido). A los ocho años es confiada a Jutta de Spanheim, priora del convento de Disibodenberg, importante abadía fundada por el monje irlandés San Disibodo.

A los 15 años toma el velo, y a la muerte de Jutta es designada como su sucesora. Más tarde funda otra comunidad, en Bingen sobre el Rupertsberg, donde la rodean 18 monjas; luego, en Eibingen, crea aún otra comunidad, en la orilla derecha del Rin, para morir, el 17 de septiembre de 1179, a los 81 años.

Esta religiosa, cuya vida transcurrió en las riberas del Rin, dejó una correspondencia extraordinaria: más de 300 cartas, cuya autenticidad es incuestionable; cronológicamente, la primera que conocemos está dirigida al famoso Bernardo de Clara-val, y la última a los prelados de la ciudad de Maguncia; entre ambas hay misivas y admoniciones que Hildegard escribió a pontífices, emperadores y a todas las cabezas coronadas de su tiempo; a cardenales, obispos y arzobispos, abades y abadesas. Uno a uno, el emperador Federico Barbarroja, la emperatriz Berta de Constantinopla, el rey de Inglaterra Enrique Plantagenet, luego su esposa Leonor de Aquitania, los duques Mateo de Lorena y Welf de Baviera, solicitaron o recibieron su consejo, y es ardua tarea enumerar los prelados que, no sólo en Colonia, Tréveris y Bamberg sino también en París, Praga, Salzburgo, Beauvais y Utrecht, fueron sus corresponsales; en Francia, monasterios como Bellevaux, La Charité-sur-Loire y San Remberto de Albon intercambiaron cartas con la extraordinaria monja de orillas del Rin; y es muy posible que se hagan todavía nuevos hallazgos de esta voluminosa correspondencia.

Pero eso no es todo. Hildegard de Bingen nos dejó más de 70 obras musicales, himnos y secuencias, entre ellos una especie de representación dramática de gran belleza, titulada "Ordo virtutum", compuesta probablemente para sus subordinadas. El coro "Sequentia" grabó recientemente parte de esta obra en la serie de discos editada por Harmonia Mundi; Hildegard amaba mucho esta labor de compositora y poetisa —ambas están, por lo demás, estrechamente ligadas. "Quienes sin razón legítima —escribió— imponen el silencio en las iglesias, habituadas a los cantos en honor de Dios, no merecerán escuchar en el cielo la admirable sinfonía de los ángeles que alaban al Señor"; es verdad que su época se halla en el extremo opuesto de las tendencias

jansenistas que desecarán más tarde en la Iglesia el sentido de lo bello, y también de la agobiante mediocridad que pesará luego tan onerosamente sobre la expresión artística, tanto en la música como en la arquitectura.

No quedan sino dos obras importantes sobre el saber médico occidental en el siglo XII. Ambas pertenecen a Hildegard, y son el "Libro de Medicina Simple", o "Physica", y el "Libro de Medicina Compuesta", o "Causae et Curae"; Elisabeth Klein les dedicó una tesis doctoral, presentada a la Universidad de Estrasburgo en 1984. Del mismo modo, ha comenzado a hablarse, como dijimos al comienzo, de una clínica en que se estudiarían las recetas médicas contenidas en estos tratados.

Sin embargo, no es esto lo esencial en el legado de Hildegard de Bingen. La religiosa es una mística (corresponde, por lo demás, a otra mística famosa de su tiempo, Isabel de Schoenau) y una visionaria, tal vez la más apasionante de la historia. Afirma haber visto, a la edad de tres años, "una luz tan intensa que penetraba —dice— toda mi alma; pero, debido a las limitaciones de la infancia, nunca pude decir nada sobre estas maravillas". Había cumplido cinco cuando un día, ante una vaca, llama a gritos a su nodriza: "¡Mira qué lindo ternero hay dentro de esta vaca! ¡Es blanco, con manchas en la frente, las patas y el lomo!". ¡En otras palabras, tuvo la visión de aquello que actualmente se capta mediante la ecografía! Y en efecto, el ternero que nació a los pocos días correspondía exactamente a su descripción.

Sus visiones se prolongan mucho más allá de su infancia, y la acompañan, de hecho, toda la vida. "Desde mi niñez, antes de que mis huesos, mis nervios y mis venas terminaran de fortalecerse, hasta este momento, en que soy más que septuagenaria —escribe—, tengo en mi alma esta visión. Según el arbitrio del buen Dios, ella asciende a las alturas del cielo y por las diversas regiones del azul, o pasea por entre naciones diferentes, aunque habiten en las tierras más remotas, en lugares desconocidos... En este momento, no escucho con los oídos, no percibo con la sensibilidad del corazón, no intervienen los sentidos corporales; veo solamente en mi alma, y los ojos de mi corazón perma-

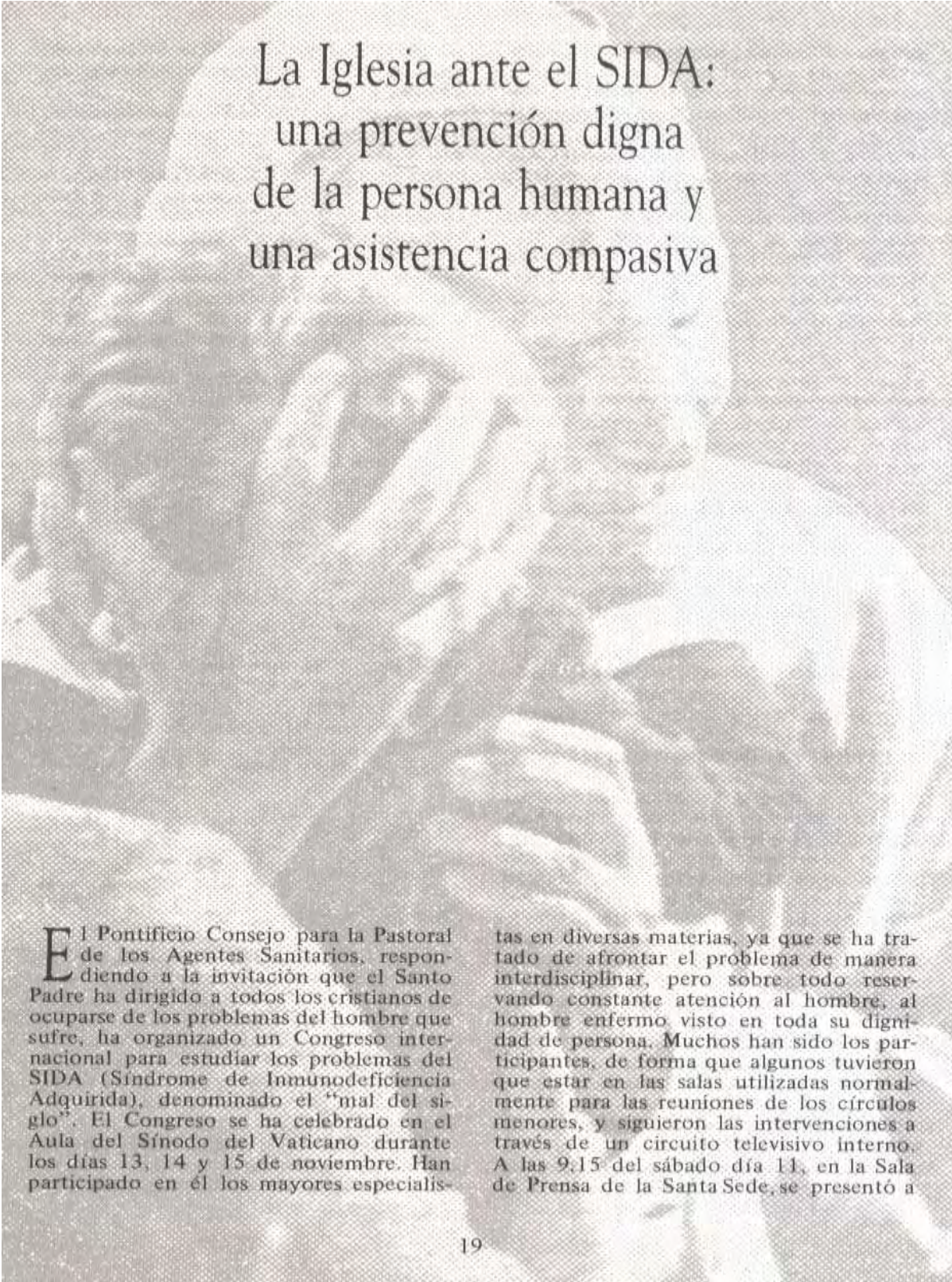
necen abiertos, porque jamás he sufrido el desfallecimiento del éxtasis; en mis visiones, estoy despierta, sea de día o de noche... La luz que tengo ante mí no viene de un punto determinado, y es infinitamente más brillante que el halo en torno al sol. Así como éste, la luna y las estrellas se reflejan en el agua, los escritos, los discursos, las virtudes y algunas obras humanas revestidas de forma perceptible resplandecen para mí en esta luz. He conservado durante mucho tiempo la memoria de todo lo que he visto y aprendido en esta visión; recuerdo también en qué momento he visto y escuchado; simultáneamente, veo, escucho, sé: aprendo en un instante lo que está ante mí. Lo que no veo en esta luz lo ignoro”.

Cierto día —a los 43 años— se le ordena poner por escrito sus visiones: “Oh, hombre frágil, ceniza de cenizas y polvo del polvo, cuenta y escribe lo que ves y escuchas”. Porque, curiosamente, la voz interior la llama con el término genérico: *homo*. A partir de entonces, alentada por su confesor, comienza el dictado de tres obras sucesivas, el “Scivias. Conoce los Caminos (del Señor)”, el “Libro de los Méritos de Vida” y el “Libro de las Obras Divinas”, en que su genio de visionaria alcanza lo sublime, una especie de cosmología de gran intensidad poética, que desarrolla el concepto sorprendentemente moderno de un mundo en perpetua creación, “atravesado por energías cósmicas, reflejo de los misterios divinos”. La ciencia de nuestro tiempo reconoce en los escritos de Hildegard la intuición del

magnetismo de los cuerpos, de la energía oculta de la naturaleza: aquel “verdor”, energía verde, a la vez física, psíquica y espiritual.

Bernardo de Claraval saludó en ella a “una luz radiante”. Tanto lo era que Hildegard fue llamada —cosa que puede resultar increíble para una mujer del siglo XX— a predicar en público, no en claustros y monasterios, sino propiamente en catedrales, dirigiéndose a una multitud de congregados. Realiza cuatro viajes, a pesar de su salud precaria: el primero, entre 1158 y 1161, a Maguncia, Würzburg, Kitzingen y Bamberg (casi puede oírse, en el hermoso *Dom* —templo— de esta ciudad, la voz de esta monja incomparable); el segundo, en 1160, la lleva a Tréveris y Metz, donde predica muchas veces, siempre en las catedrales; luego, sin dejar la región renana, se dirige a Boppard, al convento de Marienberg en Andernach, y sobre todo a Colonia, entre 1161 y 1163. Aquí Hildegard ataca a los cátaros, y a los seguidores de doctrinas maniqueas; por último, el cuarto, que emprende a los 72 años, la lleva a Suabia: Maulbronn, Hirsau, Kirchheim. Por otra parte, a lo largo de sus obras se menciona una quincena de conventos visitados por ella.

“Fenómeno único en la historia de Occidente”, declara su traductor Bernard Gorceix a propósito de su actividad de “predicadora”. Podemos aplicar el calificativo a la persona entera de Hildegard, mística cuya vida y obra maravillaron a su siglo, siendo ahora redescubiertas por el nuestro con la misma fascinación.



La Iglesia ante el SIDA: una prevención digna de la persona humana y una asistencia compasiva

El Pontificio Consejo para la Pastoral de los Agentes Sanitarios, respondiendo a la invitación que el Santo Padre ha dirigido a todos los cristianos de ocuparse de los problemas del hombre que sufre, ha organizado un Congreso internacional para estudiar los problemas del SIDA (Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida), denominado el "mal del siglo". El Congreso se ha celebrado en el Aula del Sínodo del Vaticano durante los días 13, 14 y 15 de noviembre. Han participado en él los mayores especialis-

tas en diversas materias, ya que se ha tratado de afrontar el problema de manera interdisciplinar, pero sobre todo reservando constante atención al hombre, al hombre enfermo, visto en toda su dignidad de persona. Muchos han sido los participantes, de forma que algunos tuvieron que estar en las salas utilizadas normalmente para las reuniones de los círculos menores, y siguieron las intervenciones a través de un circuito televisivo interno. A las 9:15 del sábado día 11, en la Sala de Prensa de la Santa Sede, se presentó a

los periodistas el programa de la Conferencia Internacional sobre el SIDA. Intervino monseñor Fiorenzo Angelini, presidente del Pontificio Consejo para la Pastoral de los Agentes Sanitarios, y los profesores: Bonifacio Honnings, que enseña teología moral en la Pontificia Universidad Lateranense; Elio Guzzanti, vicepresidente de la Comisión Nacional Italiana para la lucha contra el SIDA; Adolfo Turano, director del Instituto de Microbiología de la Universidad de Brescia. Además, en conexión televisiva simultánea desde Lion, participaron también en la conferencia de prensa los profesores Robert Gallo, director del Laboratorio de Biología Celular del Instituto Nacional para la Investigación sobre el Cáncer, de Bethesda; y el profesor Daniel Zagury, director del Laboratorio de Fisiología Celular en la Universidad Católica "Pierre et Marie Curie", de París. Cada día, al final de la mañana, se distribuían en la Sala de Prensa de la Santa Sede síntesis de las diversas intervenciones, redactadas por los mismos oradores. El último día se distribuyeron también a los periodistas las conclusiones del Congreso. Abrió la serie de relaciones e intervenciones el cardenal John Joseph O'Connor, arzobispo de Nueva York, que habló de la experiencia en su diócesis y de algunas líneas de acción pastoral. Siguió intervenciones de moralistas, profesores de derecho, microbiólogos, infectivólogos, especialistas de las diversas ramas de la medicina e investigadores que se alternaban en los micrófonos para confrontar con los demás los resultados y conclusiones a los que han llegado después de años y años de estudio y empeño personal. Juan Pablo II los recibió en audiencia la tarde del miércoles, día 15. Al comienzo del encuentro el profesor Marini-Bettolo, presidente de la Pontificia Academia de las Ciencias, dirigió al Santo Padre unas palabras en nombre de todos los presentes y Su Santidad pronunció en italiano el discurso que ofrecemos a continuación, traducido al castellano. Había terminado el Papa su discurso y comenzaba ya a salir la gente cuando un joven huésped de la "Casafamilia Padre Monti" para enfermos de SIDA, lanzó al aire unas palabras que conmovieron y sacudieron a toda la

asamblea: "Queremos vivir, porque tenemos confianza en que, con la ayuda del hombre y de Dios, podremos salir cuanto antes de este angustioso túnel de muerte... Queremos vivir porque con esta enfermedad y a causa de ella hemos descubierto entre otras cosas mucha bondad en el corazón del hombre y la alegría que está vinculada a una vida serena y limpia... Queremos vivir porque hemos recuperado la confianza en la vida y creemos que vale la pena vivirla hasta el fondo...". El joven quiso presentar al Papa "un saludo de parte de todos los que son víctimas como yo —dijo—, del SIDA, muchos de los cuales están aquí ahora". Todos los presentes: científicos, médicos, abogados, ministros o cardenales escucharon sus palabras, admirados, casi reverentes. Aquella expresión repetida "Queremos vivir porque...", era la respuesta concreta e inquietante al tema del Congreso: "Vivir, ¿para qué?". Y terminó el joven pidiendo la bendición del Santo Padre para que siga viva en ellos la esperanza de un futuro mejor y para que los esfuerzos de los hombres de ciencia se vean coronados cuanto antes por el éxito y se pueda dar al mundo la buena noticia: el mal del siglo ha sido vencido. Pasaron algunos momentos antes de que la numerosa asamblea reaccionase: aquellas palabras habían llegado al corazón y habían sacudido los espíritus y las mentes. "Mi abrazo y mi bendición —le dio Juan Pablo II al joven— son la única respuesta posible a tus palabras".

ALOCUCION DEL SANTO PADRE

Ilustres señores:

Complejos problemas

1. Es para mí particularmente importante encontrarme hoy con vosotros, con ocasión de la Conferencia Internacional que el Pontificio Consejo para la Pastoral de los Agentes Sanitarios ha promovido para una profundización interdisciplinar acerca de los complejos problemas vinculados a la amenazadora difusión del SIDA.

Al dirigiros mi saludo, deseo expresaros mi complacencia por el compromiso que habéis asumido de debatir, a un nivel

de elevada competencia, un asunto de tan viva actualidad. En particular me complace el marco antropológico más amplio dentro del que habéis planteado vuestro análisis, examinando todo el problema a la luz de las preguntas fundamentales de la existencia: "Vivir, ¿para qué?".

Por eso espero que las conclusiones de esta Conferencia internacional impulsen ulteriores reflexiones sobre el tema y que sirvan para que los organismos competentes promuevan una decidida y eficaz programación operativa.

Profundas repercusiones

2. Mucho más que las numerosas enfermedades infectivas que la humanidad ha sufrido a lo largo de su historia, el SIDA tiene *profundas repercusiones* de naturaleza moral, social, económica, jurídica y organizativa, no sólo en las familias y en las agrupaciones locales, sino también en las naciones y en toda la comunidad de los pueblos. En efecto hoy, aunque con intensidad y características diversas, el virus de la inmunodeficiencia adquirida se ha extendido a la gran mayoría de los países del mundo y las encuestas periódicas que realizan las autoridades sanitarias denuncian su *difusión creciente*.

Es preciso reconocer que, desde los comienzos, el SIDA ha provocado un serio esfuerzo de investigación por obra de grupos, guiados por eminentes científicos, muchos de los cuales se hallan aquí presentes. A ellos les expreso con gusto mi más vivo aprecio.

Gracias a su esfuerzo, los diversos aspectos de esta compleja y difundida enfermedad se van aclarando cada vez más. En menos de diez años se ha recorrido *un importante camino*: los estudios de biología molecular han hecho que fueran casi totalmente conocidas las funciones del virus, las interacciones virus-célula y sus consiguientes modificaciones funcionales. También se han descubierto otros retrovirus y se están estudiando activamente las funciones relativas que tales agentes pueden desempeñar en el SIDA e incluso en otras enfermedades.

Conciencia de la propia responsabilidad

3. No es aventurado afirmar que, una vez más, con el estudio de una temible

enfermedad han mejorado los conocimientos de todo un sector, con notables ventajas terapéuticas en el tratamiento de otras patologías.

Además, puesto que hoy ha crecido la conciencia de que las causas biológicas, las condiciones ambientales y los componentes socioculturales influyen fuertemente en el desarrollo y en la difusión de las enfermedades infectivas, se ha analizado con especial atención el modo en que ciertas formas de encuentro y de contacto entre personas —dentro de cada categoría o de cada grupo de población— puedan crear y alimentar el riesgo de difusión de la infección ocasionada por el virus de la inmunodeficiencia adquirida. Se alude, como es por todos conocido, a los fenómenos de la drogadicción y del abuso de la sexualidad, que ponen en marcha un proceso tendencialmente expansivo de la enfermedad. El aspecto positivo de este mejor conocimiento es que la población en su conjunto es impulsada directamente a asumir con plena conciencia sus responsabilidades.

Doble desafío

4. Las estadísticas atestiguan que *la juventud es la que está más afectada por el SIDA*. La amenaza que se cierne sobre las jóvenes generaciones debe atraer la atención y comprometer el esfuerzo de todos, pues, humanamente hablando, el futuro del mundo está fundado en los jóvenes, y la experiencia enseña que *el único modo de prever el futuro es el de prepararlo*.

La amenazadora difusión del SIDA lanza a todos *un doble desafío*, que también la Iglesia quiere recoger en la parte que le compete: me refiero a la *prevención de la enfermedad* y a la *asistencia prestada a quienes han quedado afectados por ella*. Una acción realmente eficaz en estos dos campos no podrá llevarse a cabo si no se intenta sostener el esfuerzo común con la aportación que deriva de una visión constructiva de la dignidad de la persona humana y de su destino trascendente.

Las particulares características del surgir y del difundirse del SIDA y también un cierto modo de afrontar la lucha contra esta enfermedad, revelan —como oportunamente recuerda el tema general de

esta Conferencia Internacional— una preocupante crisis de valores. No se está lejos de la verdad si se afirma que, paralelamente a la difusión del SIDA, se ha venido manifestando *una especie de inmunodeficiencia en el plano de los valores existenciales*, que no puede menos de reconocerse como una verdadera patología del espíritu.

Dos objetivos: informar y educar

5. Por consiguiente, es preciso en primer lugar reafirmar con firmeza que la obra de prevención, para ser al mismo tiempo *digna de la persona humana* y verdaderamente eficaz, debe proponerse dos objetivos: *informar* adecuadamente y *educar* para la madurez responsable.

Ante todo es necesario que la información, impartida en las sedes idóneas, sea *correcta y completa*, más allá de miedos infundados pero también de falsas esperanzas. La dignidad personal del hombre exige, después, que se le ayude a crecer hacia la madurez afectiva mediante una específica acción educativa. Sólo con una información y una educación que ayuden a encontrar, con claridad y con alegría, *el valor espiritual del amor-que-se-dona como sentido fundamental de la existencia* es posible que los adolescentes y los jóvenes tengan la fuerza necesaria para superar los comportamientos peligrosos. La educación para vivir de modo sereno y serio la propia sexualidad y la preparación para el amor responsable y fiel son aspectos esenciales de este camino hacia la plena madurez personal. En cambio, una prevención que naciese, con inspiración egoísta, de consideraciones incompatibles con los valores prioritarios de la vida y del amor, acabaría por ser, además de ilícita, contradictoria, rodeando sólo el problema sin resolverlo en su raíz.

Por ello la Iglesia, segura intérprete de la ley de Dios y “experta en humanidad”, se empeña no sólo en pronunciar una serie de “no” a determinados comportamientos, sino sobre todo en proponer *un estilo de vida plenamente significativo para la persona*. Ella indica con vigor y con gozo *un ideal positivo*, en cuya perspectiva se comprenden y se aplican las normas morales de conducta.

A la luz de ese ideal aparece profundamente lesivo de la dignidad de la persona, y por ello moralmente ilícito, propugnar una prevención de la enfermedad del SIDA basada en el recurso a medios y remedios que violan el sentido auténticamente humano de la sexualidad y son un paliativo para aquellos malestares profundos donde se halla comprometida la responsabilidad de los individuos y de la sociedad: y la recta razón no puede admitir que la fragilidad de la condición humana, en vez de ser motivo de mayor empeño, se traduzca en pretexto para un aflojamiento que abra el camino a la degradación moral.

Comprensión y solidaridad

6. En segundo lugar, una prevención constructivamente encaminada a recuperar, sobre todo entre las jóvenes generaciones, el sentido pleno de la vida y la exaltante fascinación de la entrega generosa, seguramente favorecerá *un mayor y más amplio empeño en la asistencia a los enfermos de SIDA*. Estos, aun en la singularidad de su situación patológica, tienen derecho, como cualquier otro enfermo, a recibir de la comunidad la asistencia idónea, la comprensión respetuosa y una plena solidaridad.

La Iglesia que, a ejemplo de su divino Fundador y Maestro, ha considerado siempre la asistencia a quien sufre como parte fundamental de su misión, se siente interpelada en primera persona, en este nuevo campo del sufrimiento humano, por la conciencia que tiene de que el hombre que sufre es un “camino especial” de su magisterio y ministerio.

Por consiguiente, *no pocas Conferencias Episcopales*, en diversas áreas del mundo, han publicado documentos y han emanado concretas directrices para poner en marcha, mejorar e intensificar una pastoral de esperanza en la acción preventiva contra el SIDA y en la asistencia a quien está afectado por esta enfermedad, instituyendo a veces adecuados centros de tratamiento especializado.

En espíritu de comunión con toda la Iglesia y con confiada e intensa participación, también yo aprovecho con gusto esta ocasión para unir mi voz a la de los demás Pastores y exhortar a todos y cada

uno a asumir las propias responsabilidades.

El consuelo de la Iglesia

7. Ante todo me dirijo, con afligida solicitud, a los enfermos de SIDA.

Hermanos en Cristo que conocéis toda la aspereza del camino de la cruz, *no os sintáis solos*. Con vosotros está la Iglesia, sacramento de salvación, para sosteneros en vuestro difícil camino. Ella recibe mucho de vuestro sufrimiento, afrontado en la fe; está cerca de vosotros con el consuelo de la solidaridad operosa de sus miembros, a fin de que no perdáis nunca la esperanza. No olvidéis la invitación de Jesús: "Venid a mí todos los que estáis fatigados y sobrecargados, y yo os daré descanso" (Mt 11, 28).

Con vosotros están, amadísimos hermanos, *los hombres de la ciencia* que se afanan incansablemente por contener y por vencer esta grave enfermedad: con vosotros están cuantos, en el ejercicio de la profesión sanitaria o por elección voluntaria, sostenida por el ideal de la solidaridad humana, se dedican a asistirlos con toda solicitud y con todo tipo de medios.

Vosotros podéis ofrecer a cambio algo muy importante a la comunidad de la que formáis parte. El esfuerzo que hacéis para dar un significado a vuestro sufrimiento es para todos un precioso reclamo hacia los valores más altos de la vida y una ayuda tal vez determinante para cuantos sufren la tentación de la desesperación. No os encerréis en vosotros mismos; buscad, más bien, y aceptad el sostén de los hermanos.

La oración de la Iglesia se eleva cada día al Señor por vosotros, particularmente por los que viven la enfermedad en el abandono y en la soledad; por los huérfanos, por los más débiles, y por los más pobres, que el Señor nos ha enseñado a considerar los primeros en su Reino.

Primera escuela de vida

8. Luego, me dirijo a las familias. En el núcleo familiar se halla la *primera escuela de vida* y de formación de los

hijos para la responsabilidad personal en todos sus aspectos, incluido el que está ligado a los problemas de la sexualidad.

Padres: Vosotros podéis realizar la primera y más eficaz acción preventiva ofreciendo a vuestros hijos una recta información y preparándolos para elegir con responsabilidad los justos comportamientos tanto en el ámbito individual como en el social.

Después, en cuanto a las familias que viven en su interior el drama del SIDA, deseo que sientan dirigida a sí la comprensión que el Papa comparte con ellas, consciente de la difícil misión a que están llamadas. Pido al Señor que les conceda la generosidad necesaria para no renunciar a una tarea que, ante Dios y ante la sociedad, han asumido a su tiempo como irrenunciable. La pérdida del calor familiar provoca en los enfermos de SIDA la disminución e incluso la extinción de aquella *inmunología psicológica y espiritual* que a veces se revela no menos importante que la física para sostener la capacidad reactiva del sujeto. Sobre todo las familias nacidas en el signo del matrimonio cristiano tienen la misión de ofrecer un fuerte testimonio de fe y de amor, sin abandonar a su ser querido, sino más bien rodeándolo de solícitos cuidados y de afectuosa compasión.

Educación sanitaria

9. A los profesores y a los educadores se dirige mi invitación a que se hagan promotores, en estrecha unión con las familias, de una idónea y seria formación de los adolescentes y de los jóvenes para la vida. Procúrese, especialmente en las escuelas católicas, una programación orgánica de la educación sanitaria en la que, armonizando los elementos de la prevención con los valores morales, se prepare a los jóvenes para un correcto estilo de vida, principal garantía para tutelar la propia salud y la de los demás.

A vosotros, educadores, se os ha confiado la responsabilidad de orientar a las jóvenes generaciones hacia una auténtica cultura del amor, ofreciendo en vosotros mismos *una guía y un ejemplo de fidelidad a los valores ideales* que dan sentido a la vida.

Sed de vida y de amor

10. *A los jóvenes* de cualquier edad y condición digo: Obrad de modo que vuestra sed de vida y de amor sea sed de una vida *digna de vivirse* y de un amor *constructivo*. La necesaria prevención contra la amenaza del SIDA no ha de inspirarse en el miedo sino en la elección consciente de un estilo de vida sano, libre y responsable. Huid de comportamientos caracterizados por la disipación, la apatía y el egoísmo. Sed, más bien, *protagonistas en la construcción de un orden social justo*, sobre el que se apoye el mundo de vuestro futuro.

Practicad con generosidad y fuerza de imaginación *formas siempre nuevas de solidaridad*. Rechazad toda forma de marginación; estad cerca de los menos afortunados, de los que sufren, cultivando la virtud de la amistad y de la comprensión, rechazando toda violencia hacia vosotros mismos y hacia los demás. Vuestra fuerza ha de ser la esperanza y vuestro ideal la afirmación universal del amor.

Plan global

11. *A los gobernantes y a los responsables de la administración pública* dirijo una urgente llamada a afrontar con todo empeño los nuevos problemas planteados por la difusión del SIDA. Las dimensiones que ha asumido, y que probablemente asumirá esta enfermedad, así como su estrecha conexión con algunos comportamientos que inciden en las relaciones interpersonales y sociales, exigen que los Estados se hagan cargo —con tempestividad y valor, con claridad de ideas y con iniciativas correctas— de todas sus responsabilidades. En particular, a las autoridades sanitarias y sociales compete preparar y realizar un *plan global de lucha contra el SIDA y la drogadicción*; dentro de esta programación deberá ser reconocida, coordinada y sostenida toda justa iniciativa que los individuos, los grupos, las asociaciones y los diversos organismos pongan en marcha para la prevención, la curación y la rehabilitación.

Igualmente la lucha contra el SIDA exige *la colaboración entre los pueblos*: y puesto que la demanda de salud y de vida es común a todos los hombres, nin-

gún cálculo político o económico ha de dividir el esfuerzo de los Estados, llamados juntamente a responder al desafío del SIDA.

Respeto de la moralidad

12. *A los científicos y a los investigadores*, con una felicitación por su encomiable esfuerzo, va mi invitación a incrementar y a coordinar su trabajo, fuente de esperanza para los enfermos de SIDA y para toda la humanidad. Como ya se ha recordado, "Sería ilusorio reivindicar la neutralidad moral de la investigación científica y de sus aplicaciones... A causa de su mismo significado intrínseco, la ciencia y la técnica exigen *el respeto incondicionado de los criterios fundamentales de la moralidad*: deben estar al servicio de la persona humana, de sus derechos inalienables y de su bien verdadero e integral según el plan y la voluntad de Dios" (Instrucción *Donum vitae*, 2).

Hoy faltan aún vacunas y medicamentos que sean seguramente eficaces contra el virus del SIDA; es realmente de desear que la investigación científica y farmacológica pueda alcanzar pronto la suspirada meta. A la puerta de vuestra competencia y sensibilidad, ilustres científicos e investigadores, está tocando una humanidad implorante que espera una respuesta de vida, sobre todo de vuestra colaboración y entrega.

Testimonio de amor

13. A la espera del descubrimiento resolutivo, invito *a los médicos y a todos los agentes sanitarios*, empeñados en este delicado sector profesional, a traducir su servicio *en testimonio de amor pronto a socorrer*.

Como dije en Phoenix, Estados Unidos, a los miembros de las organizaciones sanitarias católicas, "estáis viviendo individual y colectivamente la parábola del Buen Samaritano" (*L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 11 de octubre de 1987, pág. 18). Por lo tanto, vuestra solicitud no ha de conocer discriminación alguna. Sabed recoger, interpretar y valorizar la confianza que tiene en vosotros el hermano enfermo. Buscad siempre, a través de la asistencia, acercaros

con discreción y amor a aquella misteriosa pero muy humana esfera psíquica y espiritual de la que puede brotar la energía viva y sanante que ayude al enfermo a descubrir, incluso en su condición, el sentido de la vida y el significado de su sufrimiento.

Y vosotros, agentes sanitarios *voluntarios*, que cada vez en número mayor dedicáis competencia y disponibilidad a los enfermos de SIDA o estáis empeñados en la obra de educación preventiva, unid y coordinad vuestras fuerzas, actualizad vuestra preparación, haceos promotores, incluso en el exterior, de una acción dirigida a sensibilizar a la comunidad social respecto a los problemas vinculados a la realidad y a la amenaza del SIDA. Sed los portavoces de las ansias, de las necesidades y de las expectativas de aquellos a quienes asistís.

Heraldos del Evangelio del sufrimiento

14. *A los hermanos en el sacerdocio, a los religiosos y a las religiosas*, y en primer lugar a los que, entre ellos, se dedican a la pastoral sanitaria, se dirige mi más ardiente llamado a fin de que sean *heraldos del Evangelio del sufrimiento* en el mundo contemporáneo. La historia de la acción pastoral sanitaria de la Iglesia abunda en figuras ejemplares de sacerdotes, de religiosos y de religiosas que en la asistencia a los que sufren han exaltado la doctrina y la realidad del amor.

Vuestra acción, amadísimos hermanos y hermanas, para ser en verdad creíble y eficaz, ha de estar constantemente sostenida por la fe y alimentada por la oración. Vosotros, que habéis hecho del seguimiento de Cristo el ideal exclusivo de vuestra vida, sentíos llamados a *haceros presencia de Jesús*, médico de las almas

y de los cuerpos. Que los enfermos a quienes asistís adviertan en vosotros la cercanía de Jesús, y la vigilante y maternal presencia de la Virgen.

Recoged con generosidad el llamamiento de vuestros Pastores, amad y favoreced el servicio a los enfermos, actuad en el signo de la abnegación y del amor, "para no desvirtuar la cruz de Cristo" (1 Co 1, 17). Estad cerca de los últimos y de los más abandonados. Practicad la hospitalidad, promoved y sostened todas las iniciativas que, en el servicio a quien sufre, exaltan la grandeza y la dignidad de la persona humana y de su destino eterno. Sed testigos del amor de la Iglesia por los que sufren y de su predilección por los más probados por el mal.

Mensajeros de la esperanza

15. Finalmente, invito a todos los fieles a elevar su oración al Señor de la vida para que ayude a la humanidad a sacar provecho incluso de esta nueva y amenazadora calamidad. Quiera Dios iluminar a los creyentes acerca del verdadero y último "por qué" de la existencia, a fin de que sean siempre y en todas partes mensajeros de la esperanza que no muere. Ojalá sepa el hombre de hoy repetir al Señor las palabras de Job: "Sé que eres todopoderoso: ningún proyecto te es irrealizable" (Jb 42, 2). Si hoy, frente a la amenaza del flagelo del SIDA estamos aún en búsqueda del remedio eficaz, confiamos en que, con la ayuda de Dios, triunfarán finalmente la vida sobre la muerte y la alegría sobre el sufrimiento.

Con este deseo invoco sobre vosotros, y sobre cuantos gastan sus energías al servicio de la nobilísima causa para la que os habéis reunido en congreso, las bendiciones de Dios Omnipotente.

Discurso despedida al Arzobispo de Santiago y
Gran Canciller de la Pontificia Universidad
Católica de Chile, Cardenal Juan Francisco
Fresno Larraín

Discurso programático (1990-1995) del Rector
Juan de Dios Vial Correa

Salón de Honor, abril 20 de 1990

Hace unas pocas semanas vimos en la Dirección de la Universidad que era indispensable que el Rector se reuniera con personas representativas de la comunidad universitaria, para exponer ante ustedes aquellas líneas de pensamiento y de acción que parecen fundamentales al comienzo de este segundo período de rectorado.

**EL CARDENAL JUAN FRANCISCO
FRESNO**

Pocos podíamos pensar que esta exposición iba a hacerse en la misma ocasión en que tenemos que despedir a nuestro querido Gran Canciller, el Cardenal Juan Francisco Fresno.

Tal vez habría sido mejor tratar de se-

parar ambos actos, pero el apremio del tiempo no lo permitió. Sin embargo, como ocurre a menudo con esas cosas que nos son impuestas por las circunstancias, esta coincidencia parece ser providencial, al permitirnos despedir al Cardenal, precisamente hablando del futuro de esta Universidad a la que él tanto quiere, a la cual le ha dado muestras tan señaladas de confianza y que tiene hacia él una deuda imborrable de gratitud. Porque él ha hecho suyas nuestras alegrías y esperanzas, nuestros sufrimientos y angustias, y sabemos que aunque se aleje del gobierno pastoral de la Arquidiócesis, esta Universidad tendrá siempre un sitio en su corazón.

Yo no quisiera herir su modestia, pero creo que todos sentimos que en su acción hacia esta casa ha brillado ese mismo estilo pastoral de la más pura raíz evangélica con que ha edificado a los fieles de Santiago, y ha puesto en sus corazones el deseo de ser más integralmente fieles en el seguimiento de Jesús. Ha acogido con benevolencia, con ejemplar paciencia y mansedumbre, nuestros problemas; los ha comprendido, pero nos ha enseñado a ponerlos en la perspectiva del servicio del único Señor.

Es como parte de un signo especial de la benevolencia divina hacia el mundo de hoy, el que hayamos podido ver, incluso en el éxito temporal de su misión, la misma lección que deja el magisterio de Juan Pablo II: de que el Evangelio es vivible y eficaz, que el poder de los hijos de Dios pertenece a los que construyen la paz, que la tierra está prometida a los mansos. Y tiene que ser un consuelo para él, pensar que ha hecho presente y operante el reinado de Dios, y que se le ha dado ver algo así como una prenda temporal del cumplimiento definitivo de la oración que puso en su lema episcopal: "Adveniat regnum tuum".

En nombre de la Universidad le agradezco su testimonio, su afecto, su solicitud. Y le doy gracias a Dios por su ministerio entre nosotros.

Está ya avanzado el estudio del proyecto, iniciado por él, de la construcción de un Santuario en San Joaquín, para lo cual hay personas generosas que han venido a corresponder a su celo pastoral.

Hemos querido que él se lleve un testimonio material modesto de nuestro afecto,

en forma de un escritorio, para su residencia —que es demasiado voluminoso para entregárselo aquí—, pero que esperamos le recordará nuestro afecto, y le impulsará de vez en cuando a escribirnos...

DISCURSO PROGRAMÁTICO (1990-1995)

Nosotros, los hombres y mujeres de esta Universidad Católica, tomamos conciencia hoy día ante Dios del sagrado encargo que tenemos.

Estamos viviendo un momento privilegiado en la historia de Chile. No tanto porque sea el fin de un período, sino porque marca el comienzo de una nueva etapa. Luego de largos esfuerzos y trabajos vuelve el país a la plena democracia y se reencuentra con una tradición más que centenaria. Sin embargo, sería funesto pensar que se trata sólo de reeditar tiempos idos. Creo que todos sentimos que estamos llamados a un nuevo proyecto de vida colectiva y que no nos corresponde reproducir un pasado, sino construir un futuro que sea digno del hombre.

No podemos contentarnos con ser espectadores. *Los cambios interpelan a la Universidad*. Cinco años atrás, cuando la Iglesia me llamó al ejercicio del cargo de rector, tomé el compromiso de hacer lo humanamente posible para preservar y fortalecer la identidad católica de esta Universidad. Hoy día en que la Iglesia me ha hecho el honor de renovar aquel llamado, reitero esa determinación. Pero es esa misma identidad católica la que nos exige intentar una respuesta ante la historia, y tengo, como rector, la obligación de decirles cómo veo la tarea de la Universidad en estos *tiempos de interpelación*.

Es en esta *perspectiva de advenimiento de cosas nuevas* en la que hemos de considerar todo el conjunto de la tarea que encaramos para los próximos años. Tenemos que ser sobrios y valientes para mirar cuál es el aporte posible de una universidad en democracia. *Si creemos que la libertad es el más señalado de los bienes, tenemos que preguntarnos qué es lo que puede hacer la Universidad para promoverla y afianzarla.*

Ante todo, tenemos que identificar el terreno, el lugar en el que la Universidad se encuentra con la interpelación de la historia. A continuación, quisiera mirar con ustedes nuestras metas para los próximos años. Y, finalmente, abordar claramente algunas condiciones que hay que cumplir para alcanzar esas metas.

EL TERRENO DE LA ACCION UNIVERSITARIA O LA RAZON DE SER DE UNA UNIVERSIDAD CATOLICA

Lo específico de nuestra Universidad Católica no se da en actividades religiosas colectivas ni tampoco en las acciones sociales que son exigidas o pedidas por nuestra fe. Tampoco en el estilo de convivencia cristiana. Muchísimo menos, por supuesto, en acciones instrumentales como la política, y ni siquiera —me atrevería a decir— en lo típicamente académico. *Muchas de esas cosas son buenas, y algunas son necesarias.* Pero no son la nota distintiva de una Universidad Católica.

La Universidad es una institución, un ente público, social, que está ordenado al conocimiento, y el conocimiento está ordenado a la verdad. *La sola existencia de la universidad como institución, da testimonio de que nuestra sociedad necesita de la verdad.* El hombre no está sumergido en un ambiente, sino que, por el contrario, en las palabras de Juan Pablo II, "el hombre, desde el comienzo, se distingue a sí mismo de todo el cosmos visible, particularmente del mundo de los seres que son en alguna medida más cercanos a él. Todos ellos son para él un objeto. Sólo él se mantiene como un sujeto en medio de ellos..., el hombre simplemente es consciente de ser un sujeto personal..." Y esta realidad, simbolizada en aquellos pasajes del libro del Génesis, en los que Dios hace pasar ante Adán a las criaturas para que les ponga a cada cual su nombre, es lo que le establece una verdadera vocación: la de la "consolidación del puesto del hombre en el cosmos como "sujeto", porque "el proceso cognoscitivo... decide de la historia humana...".

Es allí donde radica el terreno propio de las universidades, de "esos ambientes, esas comunidades en las que el servicio al conocimiento —es decir el servicio a la verdad— deviene fundamento de la formación del hombre..." Y, continúa el Papa, recordando la palabra de Jesús: "Conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres". Lo que nos recuerda formalmente que no hay libertad humana si no es sobre el fundamento de la verdad. *Y en el servicio de la verdad se halla la contribución insustituible que la Universidad puede aportar al desarrollo de la libertad.*

Ese proceso por el cual los hombres y mujeres se establecen como sujetos frente a un mundo, cuyos objetos caracterizan y definen, es lo que se llama la cultura. Es constitutivamente una acción colectiva, social, tal como es colectivo, social, el lenguaje. El hombre en sociedad busca definir, representar, determinar, lo que es propiamente humano, lo que lo distingue como tal. Y en la cultura a la cual pertenecemos, esa acción social se manifiesta en una pregunta sistemática por el ser de las cosas, el que se expresa y despliega en la verdad. En esa actividad social surgen las preguntas por la relación con los otros hombres, el sentido de la naturaleza, la relación con Dios. *Y son esas preguntas las que constituyen el terreno explícito de la acción universitaria.* Y es en virtud de esa condición que la Universidad es una institución educadora.

Es pues allí, en ese terreno suyo propio, que es el de la cultura, donde nuestra Universidad está hoy interpelada por la historia. A esta institución ordenada a la verdad, la libertad la interpela, precisamente porque sabemos que es la verdad la que nos hace libres.

Esto trasciende a la academia, a la instrucción, a la administración, a nuestros problemas económicos u organizacionales. Lo trasciende, y, por eso mismo, ilumina las metas generales que nos debemos proponer en nuestro trabajo universitario, para hacernos cargo del requerimiento histórico que golpea a nuestras puertas, ya que es a través de estas actividades que puede concretarse nuestra respuesta cultural.

METAS GENERALES

Las metas que hemos de alcanzar se encuentran en nuestra actividad académica, de investigación, docencia y extensión y servicios.

INVESTIGACION

La tarea de las ciencias es buscar y hallar la verdad, una verdad que esté rigurosamente justificada, pero que sea también relevante e importante para la vida de los hombres en sociedad. Y, entonces, *nuestra actividad científica está interpelada*. La hemos desarrollado hasta el punto de que hay numerosas disciplinas que han alcanzado entre nosotros un grado de madurez que hace algunos años no nos habríamos atrevido a imaginar. Nos hemos dado una organización institucional, agrupada en facultades, según el principio de especificidad disciplinaria; y esa forma de trabajar ofrece numerosas ventajas. Pero ahora estamos llamados a un gran esfuerzo de conexión de las diversas disciplinas. Los grandes problemas que afrontan las ciencias no se dejan reducir a disciplinas, brotan de la misma realidad, dentro de un universo cultural, son por su propia naturaleza interdisciplinarios o transdisciplinarios y nuestra historia de desarrollo disciplinar nos ha preparado para afrontarlos, porque sin disciplinas sólidas la interdisciplinaria es una charla vacía, y la respuesta que pueda ofrecerle a las interpelaciones de la hora no es más que una ilusión.

Les ruego que tengan paciencia para escuchar una enumeración de grandes problemas científicos, enumeración ciertamente incompleta y desordenada, pero que no tiene otro mérito que el de exponer inquietudes e iniciativas que existen hoy en la Universidad, que existen a veces como en embrión y que marcan a mi juicio como un atisbo de la ciencia que deberíamos intentar.

—El tema del *medio ambiente*: Estoy convencido de que éste no es sólo una actividad interdisciplinaria más, sino que responde a una manera nueva y distinta de enfocar la relación del hombre con su entorno. No podemos seguir pensando al ser humano como el que modifica, cambia

o transforma la realidad que lo circunda, sino más bien como el que es responsable, precisamente por medio de su ciencia y de su técnica, de mantener y promover un ambiente que sea digno de su condición de "imagen y semejanza" del Creador. Ustedes saben que esto se entrelaza con el tema del desarrollo: y del desarrollo de todo el hombre y de todos los hombres.

—Otro ejemplo: Tal vez como expresión de la misma convicción de que el hombre es responsable del mundo en el que habita, en una medida que nunca imaginó antes, aunque no fuera sino por el hecho de que el mundo está siendo cada vez más una obra suya, es que vemos cómo emerge espontáneamente un interés *por los problemas de ética*, ya se trate de: bioética, de ética social, ética de la profesión o del trabajo, o de las relaciones humanas.

—Otro caso: En la Universidad hay múltiples iniciativas surgidas en diversas unidades que tocan el tema candente de *la pobreza*, sobre el cual nos llama reiteradamente la atención no sólo el impacto de la realidad, sino la voz insistente del magisterio de la Iglesia. Son muchas las iniciativas que actualmente se desarrollan en la Universidad y que tocan este tema, y que se beneficiarían inmensamente de un contacto recíproco. Ellas van desde estudios en terreno en las escuelas especializadas, asistencia legal, atención médica primaria, atención psicológica, autocuidado en la salud, vivienda social, pesca artesanal y su interacción con los recursos marinos, estudios económicos sobre indicadores de pobreza, etc.

—La teoría y la práctica de la *institucionalidad democrática* son un desafío lanzado a todo el país, el que debe ser recogido con mayor intensidad aún que hasta ahora por nuestro trabajo académico.

—Luego mencionemos el riquísimo desarrollo de *la doctrina social de la Iglesia*. Creo que una dimensión particularmente atrayente ha aparecido en el magisterio de Juan Pablo II. El ha insistido sobre aspectos antropológicos que no dejan fuera ninguna actividad ni profesión. La antropología cristiana del trabajo, el sentido del desarrollo, de la cultura, la renovación de temas trascendentales, como el de la condición de la mujer, han sido

explorados de forma audaz y creativa, enraizada en la tradición de la Iglesia y sostenida por la fuerza de su magisterio.

—En relación con esto, ¿cómo ignorar el requerimiento social que se plantea para clarificar el tema fundamental, pero lleno de dificultades teóricas y prácticas, de los derechos humanos, partiendo por el derecho a la vida y la libertad de conciencia?

—En un plano distinto, el mundo entero asiste a una revisión profunda del *sentido de las ciencias*, de sus relaciones recíprocas y, por lo tanto, de sus relaciones con la verdad revelada. Cada época de la historia de la cultura asiste al auge de nuevos paradigmas explicativos, de nuevas disciplinas reguladoras, que acaban determinando la imagen del mundo y ejerciendo la más profunda influencia hasta sobre el pensamiento de los hombres más alejados de la teoría y la práctica científicas. Hoy estamos viviendo un tiempo de excepcional riqueza en esta perspectiva. La combinación de la física cuántica, la teoría de la relatividad y la astrofísica han hecho estallar nuestras ideas sobre el cosmos y sobre su historia y evolución. El desarrollo de la lingüística, la informática y la neurobiología, está teniendo un impacto profundo sobre la teoría del conocimiento, el lenguaje y las ciencias sociales. Los ejemplos podrían multiplicarse. Sólo menciono éstos, para decir que no ha habido probablemente una época en la que el pensamiento científico haya sido tan fecundo en avances fundamentales que cuestionan aspectos cruciales de la existencia humana, y que nunca se había dado el caso en que esa actividad desbordara, como hoy lo hace, las posibilidades de un solo hombre de dar cuenta de ella, y resulte exigible el esfuerzo colectivo de la Universidad.

—Hace pocos días, conversando con artistas de esta Universidad, me planteaban ellos el tema de la pérdida del sujeto, *la disolución del sujeto* en las artes contemporáneas, y el reto que ello significa para quienes tenemos a la persona humana como el núcleo insustituible, el sujeto óntico y el objeto de la cultura. Y, de nuevo, en ese aspecto, se imponía el carácter transdisciplinario de la búsqueda, a partir de la identificación del problema.

—El tema de la *identidad cultural de América Latina* debería requerirnos de

modo muy especial. Hacia este fin de siglo, aun a pesar de algunos signos esperanzadores, el porvenir del Continente aparece preñado de incertidumbre. Enorme por el número de sus habitantes, rica en valores culturales, nuestra América se ve, sin embargo, como un continente enfermo. Su influencia en las grandes decisiones es casi nula; su participación en el comercio mundial, relativamente insignificante; su pobreza, creciente. Frente a un mundo industrializado que se hará cada vez más independiente de las fuentes de materias primas, nuestra América, que ha sido tradicionalmente una de esas fuentes, se está haciendo *marginal*. Y nuestro atraso científico global nos hace también marginales en el camino del desarrollo material, e inermes frente a cualquier ofensiva intelectual. Y, por lo mismo, el Continente carga con las tareas sociales de la marginalidad: no sólo la pobreza, sino la incertidumbre sobre la propia identidad, el escepticismo sobre sus tradiciones, la duda temerosa de su futuro, la oscilación permanente entre el ánimo agresivo y la pasividad resignada. El V Centenario del Descubrimiento y Evangelización debería ser una ocasión privilegiada para que historiadores, economistas, filósofos, sociólogos, teólogos, antropólogos reavivaran el estudio de nuestra realidad cultural y restituyeran la Universidad a su condición de responsable esencial en la tarea de pensar sobria, pero creativamente, nuestro futuro. No otra cosa aspiró a ser la Salamanca del siglo XVI, o nuestra propia humilde Universidad en la primera mitad de este siglo. ¿Podríamos sustraernos nosotros a esa obligación?

—Sólo para no alargarme, no insisto sobre la importancia trascendental que tiene para la Universidad el que se profundice la combinación de la actividad de ciencias básicas y de disciplinas profesionales. Medicina y agronomía con biología; ingeniería con física o matemáticas, p. ej., son actividades cuya recíproca compenetración está llamada a producir los resultados más originales y creativos. Problemas sociales, culturales y médicos complejos, como el alcoholismo y la drogadicción, nos demandan con urgencia.

Todos estos ejemplos apuntan en una sola dirección: que es la de mostrar cómo

ya, hoy, en nuestra actividad diaria, convergen aproximaciones filosóficas, científicas y tecnológicas diversas en las áreas de problema que se generan.

Se podrán agregar muchos otros ejemplos de actividades que *realmente* están en desarrollo entre nosotros, de inquietudes que tienen como rasgo común *este* de convocar a muchas disciplinas, de dar su verdadera presencia a la teología, a la filosofía y las ciencias del hombre, y promover un cambio cultural profundo que ponga todo el rigor de la ciencia en la línea de los problemas más apremiantes de la existencia humana. *Porque la realidad no se atiene a los deseos de los profesores, no clasifica sus preguntas por disciplinas o por temas, sino que nos interpela en aspectos que conciernen directamente al destino humano.* Y eso hace que cada una de sus preguntas más profundas rebase el ámbito de cualquier disciplina y pida una respuesta interdisciplinaria o transdisciplinaria. Lo que pretendo al mencionar estos temas es sólo mostrar algunos de los sitios de avanzada, en los cuales el debate religioso, social, científico y aun político que está ya a nuestras puertas, *interpela a la Universidad para que ella genere respuestas en el plano de la cultura.* Y lo que pretendo es llamar la atención especialmente de nuestros teólogos y filósofos, de nuestros hombres de ciencias humanas y naturales, de nuestros hombres de derecho, para que busquen los caminos de una acción interdisciplinaria fecunda, partiendo por crear instancias de conversación e intercambio sistemáticos sobre los grandes problemas que emergen hoy día. Sólo así haremos una labor auténticamente universitaria y ayudaremos a revalorizar a las ciencias en la perspectiva del hombre.

En más de algún caso será útil procurar un refuerzo institucional para estas actividades. La constitución de comisiones interdisciplinarias, y eventualmente de programas interdisciplinarios, ha sido un arma valiosa para abordar algunos casos particularmente complejos de problemas, como han sido los de: medio ambiente, sensores remotos, cálculo numérico. Tenemos que identificar las áreas en las que necesitamos esta clase de sostén institucional, y llevar esos casos al Consejo Supe-

rior, para procurar que se les proporcione ese refuerzo.

LA DOCENCIA

Paralelamente, hemos de pensar en la *docencia*. Porque si hay una fuerte interrelación que se dirige a nuestro trabajo científico, ella es mucho más categórica en lo que toca a nuestro trabajo de formación de juventud, ya que una sociedad democrática se forja en las aulas donde los hombres aprenden a estimarla y a respetarse mutuamente.

Quiero expresar, primero, mi gran preocupación por la docencia de pregrado. No estoy seguro de que el problema se haya entendido en todas partes en su profundidad. La docencia de pregrado es, básicamente, formativa. Necesitamos, y estoy seguro de que podríamos conseguirlos, pregrados más sencillos, con menos materias y más reflexión, complementados con la introducción decidida de la educación continuada. La cuestión se relaciona inmediatamente con la enorme multiplicidad de vías de admisión a la Universidad. Debo confesar que todavía me asombra el ver la variedad de caminos distintos que las universidades chilenas le ofrecen al postulante a primer año, como si fuera la cosa más natural del mundo pedirle a un alumno de colegio que decida su destino en esa forma. Eso no tiene sentido común. No se puede dejar de pensar que allí lo técnico se ha impuesto a lo humano y lo ha disgregado.

Es alentador ver que numerosas facultades están reestudiando sus currículos. Quisiera ofrecerles todo el apoyo en esta tarea, y urgirles a buscar soluciones que operen, en plazos breves, dentro de la orientación que les sugiero.

En esa perspectiva, junto a la prioridad de los cursos de materias científicas y profesionales básicas, hay que insistir sobre la prioridad de los cursos de formación general, los que deberían proporcionarles a los estudiantes una apertura hacia zonas de la realidad más amplias. Los temas ge-

nerales que comprenden, a menudo, asuntos de antropología, filosofía y teología, que son de vital importancia, son percibidos, como tales, por muchos estudiantes, y no debieran encontrar una respuesta tarda y desgastada de parte de la institución universitaria.

Creo que ustedes concordarán conmigo en que hay en el pregrado un problema que tiene una dimensión nacional. En los últimos años hemos asistido a un gran aumento en la oferta de instrucción profesional en unas pocas carreras. Y uno se pregunta si lo que el país necesita no es más bien una gran oferta de oportunidades en un régimen de diferenciación progresiva, en el que no se fuerce a los estudiantes a hacer decisiones definitivas antes de que hayan madurado, y que se satisfaga el legítimo deseo de estudios superiores, pasando por etapas sucesivas y grados intermedios.

Quiero expresar aquí un convencimiento que estoy seguro es también el de ustedes. Ninguna de nuestras acciones educativas tendría interés o importancia si no fuera que ella está ordenada a formar ciudadanos profundamente comprometidos con el país, sensibles al llamado de la solidaridad, convencidos, o al menos simpatizantes, del llamado del magisterio de la Iglesia, conscientes de los males sociales que nos afligen y deseosos de aportar su cuota de esfuerzo a superarlos. Pero esas disposiciones no son una simple cuestión afectiva. Ellas deben emanar de una reflexión intelectual madurada sobre el hombre, sobre el mundo, sobre Dios. Es nuestra obligación abrir esa oportunidad todas las veces y en todas las formas en que podamos hacerlo.

Una reflexión sobre el pregrado sería muy incompleta si no incluyera una mención de los estudiantes de la Universidad, que deberían ser los verdaderos protagonistas de la formación que impartimos. Tenemos la obligación no sólo de asegurar sus oportunidades de formación intelectual, sino de apoyar su desarrollo, su maduración, el despliegue de sus personalidades, también en el aspecto afectivo y en la práctica cívica de sus organizaciones estudiantiles. Serán colaboradores efectivos de una sociedad democrática, los que hayan encontrado, desde el primer momento en que quisieron ejercer sus de-

rechos, la comprensión y el apoyo de aquellos a quienes espontáneamente se vuelven. Así como el estudio debe ser una escuela de la vocación intelectual, la organización estudiantil debe ser una escuela de la vocación cívica.

Y la Universidad debería ser un sitio espiritual para que generaciones de estudiantes lleguen a incorporar a su modo de ser intelectual, científico, profesional, la fidelidad y el compromiso con la Iglesia de Cristo. Quiéralo o no, el universitario está llamado a ejercer en su vida alguna forma de liderazgo. El testimonio ilustrado de su fe, la manera según la cual sea capaz de "dar razón de su esperanza", son parte esencial, son el alma, de la contribución que la sociedad espera de él. *Apoyemos, entonces, por todos los medios, el esfuerzo dedicado y abnegado de la pastoral universitaria*, para que pueda formar verdaderos líderes, hombres capaces de marcar, para sus contemporáneos, rumbos que se hallen en consonancia con el anuncio del Evangelio y con el magisterio de la Iglesia.

Nuestra Universidad no quiere ser una institución abierta solamente a los que tienen importantes recursos económicos. Por el contrario, *creemos que la promoción social y cultural de la población es uno de los fines más propios de la enseñanza universitaria*. No creo que haya ninguna universidad en el país que haya hecho los esfuerzos que hemos hecho nosotros, en términos de becas de matrícula y otras formas de ayuda; ni que proporcione una educación de tan alta calidad a personas de recursos económicos limitados. Recordemos que la Universidad dedica, de su mermado presupuesto central, la suma de 300 millones de pesos a becas, y que mantiene un eficiente sistema de salud estudiantil, además de otros beneficios, sin contar los esfuerzos que ha desplegado para asegurar una alta tasa de recuperación del Crédito Universitario; todo lo cual se resume diciendo que más del veinte por ciento de nuestros ingresos por aranceles de pregrado son cubiertos por crédito o por becas. Hemos recibido, además, la colaboración generosa de otras instituciones, como el Fondo Juan Pablo II. Pero sabemos que eso tiene su límite, y que ese límite se halla muy por debajo de las necesidades; y sabemos, también, que

el problema de los créditos y becas de estudio es, en último término, un problema nacional, porque no hay ninguna institución que, por sí sola, sea capaz de afrontarlo. No estamos contentos con lo logrado; pero tengo la conciencia tranquila, en el sentido de que hemos hecho y estamos haciendo lo humanamente posible. Por lo mismo, nos resulta dolorosa la repetición reiterada e injusta de cargos en contra de la Universidad, como si ella no quisiera ser fiel a su vocación de institución de educación superior y singularmente a su condición de institución de la Iglesia. Esos cargos envuelven una grave injusticia e intentan causar un daño grave a una institución que puede pedir al menos que se informe verazmente sobre ella.

EDUCACION CONTINUADA

El complemento necesario de una formación básica y profesional, como la que estoy esbozando, debería ser un desarrollo muy grande de las actividades de *educación continuada*. Un porcentaje muy alto de los conocimientos que estamos impartiendo hoy día, serán obsoletos en quince o veinte años más, cuando nuestros estudiantes de primer año se encuentren en plena actividad profesional. Eso es una realidad indesmentible. La única manera que tiene la Universidad de ayudar a superarla, es ir en auxilio de sus ex alumnos, reabrirles sus aulas, darles nuevas oportunidades de perfeccionamiento que sean compatibles con el mundo del trabajo en el que estarán inmersos. Ese es uno de los objetivos principales del Centro de Extensión.

POSGRADOS

Los *posgrados* son, conceptualmente, la culminación, casi la razón de ser de la enseñanza universitaria; y su desarrollo es tal vez la más urgente demanda de una época marcada por la impronta de la ciencia en todas las actividades humanas. Ellos requieren de dos condiciones, de órdenes distintos: un fuerte desarrollo de la investigación, ya que sin ella no hay posgrado que valga la pena; y la generación de sistemas de becas o empleos que les permi-

tan a graduados universitarios dedicarse por años, con tiempo completo, al estudio.

Se nos está ofreciendo una oportunidad nueva y extraordinariamente estimulante, y es *la de establecer posgrados o programas de entrenamiento para titulados que tengan alcance regional en América*. Nuestra Universidad tiene un grado importante de desarrollo en algunas áreas, y puede ayudar eficazmente a promover el desarrollo profesional e intelectual en otros países de la región, como una vía de promover su integración cultural. Nuestra Universidad se siente requerida por esta necesidad histórica, y llamada a dar pasos decididos en esa dirección de internacionalización de la enseñanza. Programas como los del Instituto de Estudios Urbanos o del Departamento de Economía Agraria, y, más recientemente, los del Instituto de Economía, de la Escuela de Periodismo con el CELAM, el convenio con la Universidad de Stanford para venida de alumnos de pregrado, así como algunos realizados en ciencias básicas, muestran el valor potencial de esta actividad.

EL DESARROLLO DE LAS HUMANIDADES

De la enumeración de problemas científicos que esbozaba hace un momento, se desprende mi convicción de que debemos darle la máxima atención a las humanidades y las ciencias sociales. Ellas deberían estar en la avanzada de nuestra obra cultural. Creo que en muchas partes del país estas disciplinas han quedado aisladas de los avances de la ciencia, de los cambios en la imagen del mundo, de la complicación tecnológica, de la formación profesional, de todos estos elementos atrayentes e inquietantes que agitan nuestra cultura, y a los cuales ellas debieran aportar un elemento ordenador, *para detectar y mostrar los caminos del pensamiento, los criterios de juicio y las normas de acción, que son el lugar propio de la evangelización de la cultura*. Las ciencias del hombre están particularmente exigidas en esta hora de la humanidad, y lo están más todavía en una Universidad Católica, para la que es claro que el hombre ha de mantenerse abierto a la trascendencia.

Y a nadie debería extrañarle que exalte la necesidad de que en esa acción creativa se busque un contacto efectivo de las disciplinas humanas con todas las demás. El impulso de conocer es uno solo. El aislamiento de las disciplinas naturales y de las tecnologías respecto de las ciencias humanas, sólo puede llevar a la esterilización de todas.

ROL FRENTE A LA SOCIEDAD

Quiero terminar este recuento haciendo referencia a una función social de la universidad moderna, que se manifiesta, de hecho, en la nuestra, con mucho vigor. Esta Universidad promueve actividades culturales, educativas y científicas no sólo en diversos puntos del territorio nacional, sino en distintos niveles y dirigidas a estratos educacionales muy diversos: desde alumnos universitarios, hasta alumnos de enseñanza media en condiciones de pobreza, atendidos por la Fundación DUOC; desde cursos regulares de pregrado, hasta los cursos de la tercera edad y la labor formativa de niñas campesinas por la Fundación de Vida Rural. Ella mantiene un Hospital Clínico, que da como la medida justa de eficacia médica en muchos aspectos de la atención de salud en el país. Mantiene su presencia en la cultura física y en la educación correspondiente, a través de un Club Deportivo, que es un caso excepcional y ejemplar en el país. Está presente en el mundo de la cultura de masas y de las comunicaciones, a través de una Corporación de Televisión, cuyo esfuerzo destacado le merece el respeto nacional e internacional. Se esfuerza por hacer presentes actividades culturales de relieve a través de su Centro de Extensión. La Universidad da testimonio así de dos cosas, que son: la complejidad de la promoción moderna de la cultura y la necesidad de poner en ella un espíritu de superación inagotable. La Universidad quiere hacer todas esas actividades *bien, en forma destacada*, no por un espíritu competitivo pueril, sino por respeto a la misión que ella tiene, por respeto a la educación, para mostrarle a todo Chile que los valores culturales valen la pena de los más denodados esfuerzos.

LAS CONDICIONANTES

Los desafíos que he esbozado configuran una tarea incitante y gigantesca, con el fin de responder a la interpelación de los tiempos. Pero esta respuesta puede llegar a ser absolutamente trivial y vacía, si no encaramos acertadamente el desafío que nos plantea nuestra vida como institución. Para cumplir y educar bien a muchísimos alumnos y cooperar en la promoción social y cultural de la juventud; para desarrollar una actividad científica creativa e intensa; para remunerar dignamente a nuestro personal académico y administrativo; para afrontar un sinnúmero de obligaciones institucionales, cuyo cumplimiento le permite a la Universidad marcar niveles y rumbos culturales en el país, tenemos que partir por reconocer que eso tiene un gran costo, que supone un esfuerzo económico y financiero de grandes proporciones, y que exige un trabajo de organización inteligente y dedicado, el cual reclama la participación de todos.

Perdónenme si entro derechamente en el más serio de los problemas que entran nuestro desarrollo académico.

Hay que decirlo claramente, porque este es un gran desafío del momento. *Necesitamos lograr que nuestros presupuestos operacionales sean equilibrados. Un déficit operacional crónico es la ruina de toda actividad universitaria, y el peor enemigo de la tranquilidad y de la creatividad de cada uno de los miembros de la Universidad.*

¿Qué significa esto, en la práctica? Nuestros ingresos operacionales están constituidos, fundamentalmente, por los aportes fiscales y por los ingresos por matrícula. Los egresos operacionales son: las remuneraciones, los gastos corrientes, los beneficios estudiantiles y los fondos como bibliotecas, desarrollo de la docencia, etc. No podemos seguir cubriendo egresos operacionales con ingresos que no lo son, como ser los de la Corporación de Televisión. Tenemos que cambiar esa situación, y cambiarla *ahora*.

¿Qué podemos hacer sobre nuestros ingresos?

En cuanto al aporte fiscal, esperamos que él se fije con arreglo a políticas estables, que se ponga freno a su disminución

progresiva y que desaparezcan los cambios bruscos y dañinos que hemos debido sufrir últimamente. *Sin embargo, tenemos que tener claro que en vista de las urgencias sociales no sería realista esperar que los aportes fiscales crezcan hasta permitirnos superar nuestro déficit.*

Los ingresos por matrícula pueden aumentar por dos vías: Una de ellas es aumentar el número de estudiantes, tarea que nos parece prioritaria, y a cuyo estudio y planeamiento estamos abocados. La segunda vía es el incremento real del valor de las matrículas para los alumnos que ingresan por primera vez a la Universidad. Los inconvenientes que esto tiene son demasiado obvios, pero no creo que en los próximos tres años lo podamos evitar. Es indispensable que estudiemos un aumento programado del valor de las matrículas para los años que vienen.

No es mucho más lo que podemos hacer por la vía de aumentar nuestros ingresos operacionales. *Miremos entonces a nuestros egresos: ¿qué podemos hacer para disminuirlos?* La Universidad no puede renunciar, salvo caso de fuerza mayor, a mantener el valor real de las remuneraciones, reajustándolas por IPC. Entonces, no nos queda prácticamente otro recurso que el de no llenar los cargos vacantes, y si ello no fuera suficiente, estudiar el término de algunas actividades que no sean absolutamente indispensables, y, finalmente, si no quedara otro recurso, ir a una readequación de la planta académica.

Si se combinan los dos efectos, el de aumentar los ingresos por matrícula y el de disminuir los egresos operacionales de modo significativo, y tenemos una política de aportes fiscales que sea equitativa, podremos generar los recursos que son indispensables, tanto para ir en ayuda de sectores postergados como para fomentar el crecimiento universitario en áreas cuidadosamente seleccionadas, ya que si se cierran todos los caminos de redistribución y desarrollo, la Universidad se estanca y puede dañarse en forma irreversible.

Una política como ésta permitirá entonces utilizar los recursos no operacionales de la Universidad para las indispensables inversiones y para disminuir su endeudamiento, evitando así el pago de altos intereses, que gravan fuertemente nuestro presupuesto, y nos sustraerá al grave peli-

gro de hacer descansar nuestra operación presupuestaria sobre ingresos que no son seguros en el tiempo.

A estas medidas generales se pueden agregar muchas otras de ajuste y ahorro selectivo, ya que es posible que mejoras en la organización, disminución en gastos centrales, etc., aumenten nuestro rendimiento y contribuyan a reducir nuestro déficit.

Como ustedes saben, una parte muy importante del trabajo universitario no corresponde al presupuesto central al que me he estado refiriendo, sino al de fondos descentralizados, también llamados fondos propios. Este gran esfuerzo de la Universidad debe redoblar en estos años. Buscamos asociarnos en trabajos diversos con empresas y con el sector público, y exploramos activamente las fuentes de ayuda internacional. Vemos estas actividades no sólo como generadoras de ingresos, sino como originadoras de un trabajo universitario estrechamente ligado a la sociedad. Pero somos conscientes de que también tiene sus limitaciones, ante las cuales debemos estar siempre alertos: una búsqueda desordenada de fondos propios puede llevar a sacrificar el rigor e independencia del trabajo académico, y sabemos, entonces, que tenemos que manejarla siempre con cautela, y reestudiar constantemente las modalidades en que la ejercemos. Es responsabilidad muy especial de las unidades académicas, la de ir evaluando los resultados académicos y económicos de su política de fondos propios, de modo de optimizar aquello que es esencial del trabajo universitario.

Si tenemos el coraje de adoptar el esforzado camino que propongo, creo que podremos repetir aquella empresa de la que hoy nos sentimos justamente orgullosos, *porque nuestra Casa acaba de atravesar un período de la vida universitaria nacional que ha sido muy difícil, convulsionado y económicamente estrecho, y sin haber recibido ayudas especiales o preferenciales, ha emergido de él con más pujanza que nunca, ofreciéndoles a millares de jóvenes una educación de alta calidad, y a muchísimos maestros una oportunidad de trabajo intelectual, creativo, dedicado y exigente.* Eso fue posible gracias a la cohesión institucional, al espíritu de entrega y a la consagración de mu-

chos esfuerzos individuales a una tarea superior y común. Creo que somos capaces de hacerlo de nuevo y que tenemos que hacerlo de nuevo.

Quiero, y pido, la participación de todos. A veces se oye decir que falta la información, que faltan las vías de comunicación, los modos y maneras de hacer efectivas las interacciones sociales en nuestra Universidad. Pero, al mismo tiempo, vemos que muchos de los canales disponibles no se utilizan, que muchas veces los consejos u organismos establecidos no funcionan, que los derechos que existen no se ejercen. Quiero insistir en que la participación en la vida institucional es un derecho y una obligación de todos: cada uno en la medida de sus capacidades y su estado, conforme a nuestros estatutos y reglamentos. La Dirección de la Universidad debe hacer todo lo posible para hacer expedita la comunicación y la información al interior de la Universidad.

Me parece que al hablar de estos temas institucionales no puedo dejar fuera el asunto del futuro de las Sedes Regionales. La respuesta reciente de la Santa Sede a consultas formuladas desde Chile nos permite abrigar la esperanza de que las Sedes vayan transformándose en un conjunto de universidades católicas regionales, que puedan expresar debidamente la riqueza que históricamente han mostrado las regiones en Chile en materia de educación superior, sin estar encerradas por las exigencias de un centralismo, que, por muy buena voluntad que se ponga, es siempre limitante.

¿QUIEN NOS INTERPELA?

He hablado de requerimiento, de interpelación de la historia. Pero nosotros sabemos cuál es la voz que nos interpela, en verdad, a través de los acontecimientos históricos. *Es la interpelación del mismo Dios, la que nos está llamando a ser dignos operarios del campo en el que nos ha puesto a trabajar.*

Eso es lo que nos anima a la primera y más urgente de nuestras obligaciones, aquella que nos posibilita para hacerle frente a todas las demás, y que se resume

en las palabras con las que inauguró Juan Pablo II su pontificado: "*Non abbiate pavura*"... "*No tengáis miedo*". En nuestro caso, no tengáis miedo de buscar y proclamar el sentido cristiano de vuestro trabajo universitario.

El mundo de hoy tiene hambre de sentido. Cuando nos conmueven los grandes sobresaltos históricos, cuando flaquean los regímenes políticos más poderosos, cuando cambia el destino de naciones movidas por el ansia de libertad, cuando caen muros reputados impasables, cuando las sonrisas parecen más poderosas que las armas, no podríamos creer ni aceptar que tales atisbos de un mundo mejor carecen de valor intrínseco o que son meros accidentes en la deriva de la historia. Por el contrario, creemos que el hacer y el sufrir de los hombres tienen un sentido.

Es claro que ser cristianos no significa que podamos ahorrarnos el trabajo que demanda la búsqueda de un sentido para la historia de nuestra época. Pero sabemos que tenemos una luz especial que nos ayuda a encontrarlo.

Una sociedad pluralista estaría mutilada si no tuviera quien le aportara el espejo cristiano a su cultura. *Hay un derecho de los hombres a recibir lo que nosotros deberíamos entregar.*

"No tengáis miedo", nos dice el Papa, lo que es como decirnos: están lejos los días en que pudimos creer que para llegar a todos los hombres nos convenía disimular y aún borrar lo distintivo de nuestro carácter cristiano, y en que podíamos imaginar que en eso consistía el pluralismo. ¿Cómo se podría dar el pluralismo si nosotros empezáramos por desconocer nuestro derecho a ser integralmente lo que somos? Si nos negamos a nosotros ese derecho, ¿en virtud de qué razón podríamos concedérselo a otros? En último término, tendríamos que renunciar todos a lo propio, y vivir de valores prestados, en una especie de penumbra espiritual. No es eso lo que queremos. Somos conscientes de que podemos aportar algo, y algo tan valioso que pasa por encima de nuestra fragilidad y nuestra impotencia y tiene, en sí, la fuerza de transformar el mundo y remover las raíces de la cultura.

Desde nuestra propia identidad católica nos dirigimos a todos los actores sociales, tanto privados como públicos, des-

de los más modestos hasta el propio Gobierno de la República, para ofrecerles toda la colaboración y comprensión posibles en todas las iniciativas de bien público en que pudiéramos participar.

Así cumpliremos el llamado que nos formuló el Papa en esta misma Casa: "... la Iglesia en esta hora cargada de responsabilidades os acompaña en vuestra ineludible misión de servir sin descanso al hombre chileno... os alienta a profundizar en las raíces de la cultura chilena... evitan-

do la tentación de aislamiento respecto de la vida real y los problemas del pueblo... En el pueblo que conserva de modo notable la memoria del pasado y está expuesto en forma directa a las transformaciones del presente, vosotros podéis encontrar las raíces de aquellas peculiaridades que hacen de la vuestra una cultura que tiene rasgos comunes con las de otras naciones del mundo latinoamericano, una cultura chilena, cristiana y católica, una cultura noble y original..."

La Universidad y el problema de la verdad*

Dr. Diego Gracia G.

Profesor de Historia de la Medicina en la Universidad de Madrid y en el Instituto Arnaldo de Vilanova, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid (España). Docente invitado por la Sociedad de Cirujanos de Chile para dictar "Ciclo de conferencias sobre Ética y Cirugía", Santiago, noviembre de 1989.

INTRODUCCION

Hace cien años, en el curso 1886-7, inició sus actividades académicas la Universidad de Deusto. El siglo es fecha redonda y ocasión propicia para hacer un alto en el camino y meditar, ignacianamente, sobre el de dónde venimos

y dónde estamos, a fin de orientar mejor el hacia dónde podemos ir. Dice San Ignacio en el libro de los *Ejercicios* que "el primer preámbulo es traer la historia de la cosa que tenemos que contemplar", y el segundo hacer la "composición de lugar". Es lo que yo desearía hacer hoy aquí: primero describir el pasado, la historia de la verdad y de la Universidad, después analizar su presente, haciendo una breve composición de lugar, y finalmente meditar sobre lo que la Universidad puede ser y debe ser en el futuro.

* Texto de la conferencia pronunciada en la Universidad de Deusto durante la Semana sobre "Cultura, Universidad y Cristianismo" (4 al 7 de mayo de 1987), organizada por la Facultad de Teología con ocasión del Centenario de la Universidad.

Ninguna de estas cosas es tarea fácil. La verdad, como casi todo lo que hay de importante en la vida, es término muy difícil de definir. A él se ha aplicado innumerables veces la célebre sentencia de San Agustín, a propósito del tiempo: *Si nemo ex me quaerat scio, si quaerenti explicare velim nescio*, "si nadie me lo pregunta, lo sé; pero si quiero explicarlo a quien me lo pregunta, lo ignoro" (*Conf. XI, 17*). Y es que la verdad no es tanto cuestión de "explicaciones" cuanto de "actitudes" profundas. Quizá por eso cuando Pilato preguntó a Jesús hace veinte siglos, *Ti estin alétheia*, "¿Qué es la verdad?" (*Jn 18,38*), la pregunta quedó sin respuesta. Es lógico que así sucediera, ya que los dos interlocutores, Pilato y Jesús, tenían dos concepciones muy diferentes de la verdad. Pilato, formado en la cultura greco-latina, entendía la verdad como *alétheia*, "desvelación" o "des-cubrimiento", en tanto que Jesús, como buen semita, veía en ella el *'emeth* hebreo, que designa la verdad como "con-fianza", lo que es de fiar, aquello a lo que se puede y se debe ser fiel. La verdad griega dice relación a las cosas naturales y al sentido de la vista, y por ello consiste en "des-cubrimiento"; la verdad hebrea se refiere a las relaciones interpersonales y al sentido del oído, y por eso exige la "con-fianza". La primera nos da la figura, el *eídos* o la idea de las cosas; la segunda, la seguridad que surge de la amistad. La verdad griega es una idea que se tiene, la de que esto es "verdadero vino"; la verdad hebrea, una creencia en la que se está, la de que este es un "verdadero amigo". La pregunta de Pilato demuestra bien que la verdad no es sólo una "idea" que se "tiene", sino sobre todo una "creencia", una "actitud" en la que se "está". Más que de *ideas*, el tema de la verdad afecta a las *actitudes* profundas de la persona. Hay actitudes vitales, espirituales, "en favor" de la verdad, lo mismo que hay otras "ajenas" a ella o "en contra" suya. Estar a favor de la verdad no significa "poseer" la verdad, sino más bien lo contrario, ir tras ella, buscarla, indagarla, investigarla y "dejarse poseer", "estar poseído" por ella.

Los griegos llamaron a la posesión *mania*. Maniático es el que se halla poseído por los espíritus, por la divinidad. Sócrates fue un maniático. Hay quien

tiene la manía de la verdad, quien de la belleza, otros la de la justicia. Estas manías absorben de tal manera la vida, que pronto se convierten en el quehacer fundamental de ella. Esto es lo que llamamos una profesión. El político hace profesión de la justicia; es lo que Aristóteles denominó el *bíos politikós*. El artista hace de la belleza una profesión: es el *bíos kalós*; y el científico y el filósofo hacen profesión de verdad. El suyo es el *bíos alethinós*.

Pero la verdad y la justicia, como otras muchas cualidades humanas, no sólo se profesionalizan, sino que también se institucionalizan. Es el tercer grado de su desarrollo: el primero era la "actitud"; el segundo, la "profesión"; el tercero es la "institución". Hay instituciones dedicadas al cultivo de la justicia, como el Estado. Y hay otras consagradas al estudio de la verdad. Este ha sido y es el caso de la Universidad. De ahí el tema de mi ponencia: la Universidad y el problema de la verdad. Universidad y verdad son términos indisolublemente unidos. Yo me atrevería a formular la siguiente tesis: "La Universidad ha tenido siempre y tiene hoy como objetivo la búsqueda, formulación y transmisión de la verdad. Investigar la verdad y educar en la verdad: he aquí los dos objetivos primordiales, si no únicos, de la Universidad desde su fundación en el siglo XIII hasta el día de hoy, y quizá hasta siempre".

Así formulada la tesis, ahora he de cargar con el peso de la prueba, el antiguo *onus probandi*, o el *burden of the proof* de los modernos. Para lo cual dividiré mi exposición en tres partes: 1) La Universidad antigua: la verdad como adecuación. 2) La Universidad moderna: la verdad como construcción. 3) Aquí y ahora: el problema de la Universidad y el problema de la verdad.

I. LA UNIVERSIDAD ANTIGUA: LA VERDAD COMO ADECUACION

Recuérdenlo ustedes. Cuando se fundaron las Universidades, en plena Edad Media, la verdad solía definirse con la fórmula que años antes había dado el médico y filósofo judío Isaac Israelí: *adaequatio rei et intellectus. Veritas est adaequatio seu*

conformitas. En griego, *homoiosis*, una palabra que encierra un mundo tras de sí. La naturaleza, la realidad, constituye un orden perfecto, el *ordo naturae*, de tal modo que la verdad no puede consistir más que en la adecuación y conformidad con ese orden. La verdad es orden y el error, desorden. Esto se debe a que, desde Platón, la verdad venía siendo considerada como una realidad trascendental o Idea a la que se ajusta el propio Dios. Heidegger ha analizado muy bien esta idea platónica de verdad como *homoiosis* en su libro *Platons Lehre von der Wahrheit* (1941). Entre la Razón divina y la naturaleza se da una adecuación perfecta, que funda la conformidad de las cosas naturales al entendimiento humano. El orden de la naturaleza es expresión del orden inmutable, necesario y eterno de la mente divina. Por eso la verdad hace sabio y libre, y asemeja al hombre a Dios. Todo filósofo es teófilo. No hay más orden que uno, el de la mente divina. De él depende el orden de la naturaleza, que San Agustín describió así en el *De Civitate Dei*: "La paz del cuerpo es el orden armonioso (*temperatura*) de sus partes y la del alma irracional, la ordenada calma de sus apertencias. La paz del alma racional es el acuerdo (*consensio*) ordenado entre pensamiento y acción. La paz entre el alma y el cuerpo es el orden de la vida y la salud en el ser viviente. La paz del hombre mortal con Dios es la obediencia bien ordenada según la fe bajo la ley eterna. La paz entre los hombres es la concordia bien ordenada (*ordinata concordia*). La paz doméstica es la concordia bien ordenada en el mandar y en el obedecer de los que conviven juntos. La paz de la ciudad es la concordia bien ordenada en el gobierno y en la obediencia de sus ciudadanos. La paz de la ciudad celeste es la sociedad perfectamente armoniosa (*ordinatissima et concordissima*) en el gozar de Dios y en el mutuo gozo de Dios. La paz de todas las cosas es la tranquilidad del orden (*pax omnium rerum, tranquillitas ordinis*)" (*De Civ. Dei* XIX, 13,1).

Este magnífico texto de San Agustín demuestra bien cómo el todo está ordenado en la razón divina, desde las partes del cuerpo hasta la estructura de la ciudad o las costumbres de los hombres. Esto quiere decir que el orden abarca no sólo el

ámbito de lo "físico" (de la *phýsis*) sino también de lo "moral" (del *nómos*). En última instancia, también las *mores* tienen su orden natural, su ley natural. El cosmos griego es como un inmenso cuadro bizantino, rígido y estático, en el que todo ocupa su lugar, conforme a un orden fijo que es el de la mente divina. La *República* de Platón no tiene un orden menos fijo que el cosmos de Ptolomeo. En aquélla se nos dice que la *polis* se compone, en primer lugar, de "artesanos", hombres que se ocupan de las "artes serviles", y que por ello son deformes de cuerpo y enfermos de alma. Ni la educación puede hacer mucho por ellos. Completamente distinto es el caso de los "guardianes", que han de ser por naturaleza sanos de cuerpo (pues en caso contrario no podrían defender la ciudad) y perfectos de alma (a fin de dirimir los pleitos y contiendas con justicia). Estos han de iniciar su educación en la gimnasia y la música, y seguir luego con el *Quadrivium*: Aritmética, Geometría, Música y Astronomía. Aquellos que hayan de hacerse cargo del gobierno de la ciudad, los gobernantes-filósofos, han de pasar a un tercer grado de educación, el más elevado, con la Dialéctica como ciencia suprema.

La Universidad surgió en este mundo y sólo adquiere sentido por referencia a él. Así, es interesante consignar que en la Universidad medieval no entraron las "Artes mecánicas o serviles", sino sólo las otras, las "Artes liberales" (derivadas del *Trivium* y el *Quadrivium*), con las cuales se dotó de contenido a la denominada, y no por azar, Facultad de Artes. Además de esta Facultad menor, la Universidad medieval estaba constituida por otras tres Facultades mayores, la de Teología, la de Derecho y la de Medicina. Uno tiene que preguntarse por qué Medicina y no, por ejemplo, Arquitectura. Y a ello no puede darse más que una respuesta: porque Teología, Derecho y Medicina son las tres grandes ciencias de la "adecuación", del "orden":

1. La Teología nos enseña cuál es el "orden divino" u "orden macrocósmico", que, como es obvio, es raíz y fuente de todos los demás.
2. El Derecho nos enseña cuál es el "orden civil" u "orden del mesocosmos", el "orden de la república".

3. La Medicina, en fin, nos enseña cuál es el "orden humano" u "orden del microcosmos", el "orden del cuerpo".

He aquí los tres grandes órdenes de la "adecuación", es decir, de la "verdad". Y como la verdad humana es trasunto de la divina, y por tanto tiene las características de inmutable, necesaria y eterna, la Universidad medieval hizo de la "adecuación" una "norma" y de la "verdad" así entendida una "obligación". La Universidad fue, por esto, una institución profundamente "normativizadora" de las conductas, que, con un criterio a la postre teológico, definía lo "normal", la "norma", frente a todo tipo de desviaciones. Esto le concedía, obviamente, un tremendo "poder", al servicio, como es natural, de la instancia normativizadora de mayor rango, la Iglesia. A pesar de las grandes polémicas filosóficas y teológicas que conmovieron la vida de la Universidad medieval (p.e., el averroísmo latino), a veces poco propicias a las tesis del papado, no hay duda de que la Universidad actuó como un poder normativo al servicio de una concepción del mundo y de la vida a la postre teológica. La Universidad fue la gran instancia de adecuación de la sociedad bajomedieval a un orden teológico. Al margen de eso nada tenía sentido.

II. LA UNIVERSIDAD MODERNA: LA VERDAD COMO CONSTRUCCION

El proyecto que acabo de describir no pierde vigencia hasta finales del siglo XVIII. Bien es verdad que a partir del Renacimiento las nuevas monarquías absolutas intentan desplazar a la Iglesia y hacerse ellas con el mando de las Universidades. Con lo cual éstas cambian de dueño, pero no de intenciones. No en vano el Príncipe o el Monarca es visto en toda la tradición clásica, al menos desde los tiempos de Platón, como un ser cuasidivino. Si a esto se añade la tradición judía que vio siempre en sus reyes, p.e. David, una especie de sacerdotes (razón por la cual se les ungía con óleo, etc.), entonces resulta claro que las Universidades cambian de dueño, pero no de costumbres. Diríase que lo único sucedido es la pérdida del liderazgo por parte de una Facultad Mayor, la de Teología, en beneficio de otra, la de Derecho.

Cuando las cosas empiezan a cambiar sustancialmente es en el siglo XVIII. Es un hecho inconcuso que la Ilustración acabó con el *ordo* medieval. La verdad ya no será más adecuación a esa orden, sino algo completamente distinto, "construcción". Veamos en qué sentido.

El orden medieval era, decíamos, hierático, fijo, como las ideas platónicas o los frescos bizantinos. El orden medieval era estático, estaba hecho, era un *ordo factus* que debía contemplarse y acatarse. Por eso la *adaequatio* medieval era básicamente pasiva, era pura *tranquillitas ordinis*, como oímos decir a San Agustín. Pero a partir del Renacimiento las cosas cambian progresivamente. El hombre toma cada vez un papel menos pasivo y más activo, no se ve tanto como espectador o contemplador del orden del mundo, cuanto como constructor suyo. Es la diferencia que hay entre un Pantocrator bizantino y el Juicio Final de Miguel Ángel que adorna el frontis de la Capilla Sixtina. El Universo no es un *ordo factus* perfecto que es preciso contemplar reverencialmente, sino un *ordo faciendus*, algo que está por hacer, o que al menos está haciéndose. Es el hombre quien tiene que hacer ese orden mediante su "ciencia" y su "técnica". Esto revoluciona la vieja idea de *téchne*, y con ella la de *epistème*. El técnico antiguo se veía a sí mismo como un religioso servidor del *ordo naturae*; por eso no modificaba sustancialmente la naturaleza, sino que sólo alteraba sus accidentes; la cantidad, la calidad, la relación, etc. Eso es lo que tradicionalmente ha hecho, por ejemplo, el carpintero. El no ha producido la madera, ni ha tenido capacidad para transformarla sustancialmente; sólo podía cambiar sus accidentes y constuir con ella sillas, camas, mesas, etc. El técnico antiguo era fiel servidor de la naturaleza, no su dueño y señor. Esto frenó enormemente el desarrollo de la tecnología, como por ejemplo la tecnología médica. Si el médico sólo puede curar modificando accidentes, nunca llegará a estar por encima de las enfermedades.

La técnica moderna es completamente distinta: no consiste en contemplación del *ordo factus*, sino en intervención activa a fin de "construir" naturaleza. La técnica es ahora el gran instrumento con que el hombre cuenta para el dominio y la

transformación de la realidad. Con el Renacimiento el siervo inicia su emancipación y empieza a convertirse en señor. Así surge la tecnología moderna, física, química, médica. La verdad es construcción, y para construir es necesaria la tecnología. La técnica no sólo sirve a la verdad; hace verdad. Así, con este espíritu, surgió la ciencia moderna.

Este "constructivismo" se convirtió en teoría epistemológica perfectamente formulada en el siglo XVIII: es la obra de Kant. En su *Crítica de la Razón Pura*, Kant se pregunta qué es la verdad, a la luz de la obra de los grandes científicos modernos, Galileo, Newton, Torricelli, Stahl. Y responde diciendo que la mente humana no actúa ya como "sierva" sino como "señora". Recordemos, una vez más, el célebre texto del Prólogo a la segunda edición, que dice: "Cuando Galileo hizo rodar sobre un plano inclinado las bolas cuyo peso había señalado, o cuando Torricelli hizo que el aire soportara un peso que él sabía igual a una columna de agua que le era conocida, o cuando más tarde Stahl transformó metales en cales y éstas en metal, quitándole o volviéndole a poner algo, puede decirse que para los físicos apareció un nuevo día. Se comprendió que la razón sólo descubre lo que ella ha producido según sus propios planes; que debe marchar por delante con los principios de sus juicios determinados según leyes constantes, y obligar a la naturaleza a que responda a lo que la propone, en vez de ser esta última quien la dirija y maneje. De otro modo no sería posible coordinar en una ley necesaria observaciones accidentales que al azar se han hecho sin plan ni dirección, cuando precisamente es lo que la razón busca y necesita. La razón se presenta ante la naturaleza, por así decirlo, llevando en una mano sus principios (que son los únicos que pueden convertir en leyes a fenómenos entre sí acordes), y en la otra, las experiencias que por esos principios ha establecido; haciendo esto, podrá saber algo de ella, y ciertamente que no a la manera de un escolar que deja al maestro decir cuanto le place, antes bien, como verdadero juez que obliga a los testigos a responder a las preguntas que les dirige". La Razón no será en adelante sierva de la naturaleza, sino señora suya; no actuará a la manera de escolar que deja al maestro

decir lo que le place, sino como señor y juez. El primer trascendental y fuente de todos los otros trascendentes no es ya en *ens* o la *res*, como en la Edad Media, sino el Yo, el Yo trascendental. La verdad se "pone", se "construye". Tal es el origen del llamado idealismo moderno, formalmente antagónico del realismo antiguo.

Me interesa destacar un hecho que juzgo de la máxima importancia. El pensamiento moderno (p.e., la ciencia moderna) tuvo su origen fuera de la Universidad. Ni la ciencia moderna ni la filosofía moderna surgieron realmente dentro de la Universidad. Más bien hay que decir lo contrario, que la Universidad sólo se hizo moderna cuando fue capaz de dar cabida tanto a la ciencia como a la filosofía modernas. Lo cual acontece, como es bien sabido, en el siglo XVIII. En España, las reformas borbónicas, del *setecientos*, no tuvieron otro objetivo que éste, adecuar la Universidad a los nuevos tiempos. Para ello fue preciso cercenar instituciones viejas (tal es la razón de que se cerraran muchas Universidades), y crear otras nuevas, por lo general extrauniversitarias, como el Jardín Botánico, el Observatorio Astronómico o los Reales Colegios de Cirugía. Estas instituciones en principio marginales, con el tiempo se convirtieron en el núcleo de la nueva Universidad. A rey muerto, rey puesto. En el siglo XVIII no murió la Universidad, simplemente se transformó en una institución nueva y distinta.

Tres caracteres me parecen particularmente significativos en esa nueva Universidad: su epistemología convencionalista, sus objetivos eminentemente utilitarios y, en fin, su dependencia de un nuevo tipo de poder político, el democrático.

a) En primer lugar, el carácter "convencionalista" de la idea del saber propia de la nueva Universidad. Este es un hecho de la máxima importancia, que a la postre hunde sus raíces en el propio Kant. Hasta finales del siglo XIX se pensó que si bien no podíamos conocer la "realidad en sí" de las cosas, nos quedaban al menos los "hechos objetivos", resultado de la actuación de los datos de la experiencia sobre las categorías del entendimiento. Todo el positivismo mantuvo esta creencia. Y cuando a finales de siglo empieza a ponerse en cuestión la inmutabilidad de las categorías del entendimiento que Kant defendía, en-

tonces surge el "convencionalismo" que desde Mach y Duhem hasta Popper y sus sucesores, es decir, hasta hoy mismo, ha inundado la filosofía de la ciencia. La verdad no es sólo "construcción", es "convención". ¿Y cuáles son los criterios por los que ha de regirse esta convención? Ninguno mejor que el de utilidad. Una convención (p.e., una teoría científica) puede considerarse verdadera en tanto pueda, si no ser "verificada", sí al menos ser "falsada", demostrando su "temple", es decir, su "utilidad".

b) De ahí la segunda nota de esta moderna Universidad, el "utilitarismo". A ello debe su gran éxito la ciencia moderna, a su pasmosa utilidad. Permítanme referirme a mi propio campo de actuación profesional, la medicina. La medicina que inició su andadura a principios del siglo XIX tiene a su favor el hecho incuestionable de su utilidad. Es una medicina que cura. Es la primera de la historia de la Humanidad que realmente ha curado.

Por eso la Universidad empieza a querer sólo *hechos*, y hechos *útiles*. Las Humanidades, que en otro tiempo fueron el alfa y el omega de la Universidad, las viejas Artes liberales, se batan en retirada ante el auge imparable de las enseñanzas técnicas. Recordemos que para Platón las artes técnicas eran serviles, impropias de un hombre bien educado, y que por tanto debían quedar fuera de un plan serio de enseñanza. Ahora las tornas se invierten. Las Humanidades, las Artes liberales huyen, y las Artes serviles, las llamadas Escuelas técnicas, crecen hasta convertirse en el núcleo de la nueva Universidad. Es un cambio radical, total.

c) Pero aún queda una tercera nota, de no menor importancia que las dos anteriores. La nueva Universidad sigue estando, sin duda, al servicio del poder político. Pero este poder político ya no es "absolutista" (bien eclesiástico: Edad Media; bien civil: Mundo Moderno), sino más o menos "democrático". A partir de las grandes revoluciones democráticas, la inglesa, la norteamericana y la francesa, el poder empieza a ser desempeñado por el pueblo. Las leyes ya no las hacen ni los Papas ni los Reyes, las hace el Pueblo en el Parlamento. Esto tiene consecuencias enormes. Hay una que me interesa especialmente. A partir de este momento, los valores vigentes

van a ser aquellos considerados razonables por la mayoría. En el modelo anterior los valores (p.e. los valores religiosos y los morales) eran impuestos desde arriba; ahora, por el contrario, no hay más valores vigentes que aquellos que la mayoría de la sociedad considera como tales. Esta puede interpretarse de diferentes maneras, pero la más usual, cosa obvia una vez analizados los presupuestos epistemológicos anteriores, es aquella que niega toda posibilidad de fundamentación "naturalista", "material" o "deontológica" de los valores. El "es" no determina el "debe". No es un azar que la primera formulación de la "falacia naturalista" se debiera a un autor del siglo XVIII, David Hume. Tampoco lo es que en la primera mitad del siglo XIX se intentara una y otra vez invertir los términos y derivar del "debe" el "es". Hoy se conoce esto con el nombre de "falacia idealista". Tampoco triunfó, y en la segunda mitad del pasado siglo se fue imponiendo el criterio de que los juicios de valor no pueden justificarse más que desde la "utilidad" o las "consecuencias", es decir, mediante criterios llamados "teleológicos". Es el convencionalismo de los valores, y más en concreto el convencionalismo moral. Tampoco puede extrañar, por ello, que el criterio moral por antonomasia pase a ser el utilitarista, al modo de Bentham, Stuart Mill y el grueso de la tradición anglosajona.

La reunión de las tres notas arriba descritas define bien los usos de nuestra Universidad, la Universidad actual. Ella sigue siendo una institución al servicio de la verdad y de la inteligencia, pero definidas con criterios convencionalistas, pragmáticos y utilitaristas. Nada menos, pero nada más.

III. AQUÍ Y AHORA: EL PROBLEMA DE LA VERDAD Y EL PROBLEMA DE LA UNIVERSIDAD

Llegados a este punto, las cuestiones surgen a raudales. Resulta difícil esquivar la pregunta de si podemos conformarnos con criterios como los convencionalistas, pragmatistas y utilitaristas, por muchos problemas prácticos que resuelvan. Sin añorar la vuelta del mundo medieval, tampoco resulta posible permanecer impávidos en el moderno. Nietzsche parece que

lo vio con meridiana claridad. El principio de la veracidad más elemental pasa por la aceptación de la mentira inherente a la ciencia como a la metafísica, es decir, la mentira del conocimiento humano en general. La razón es incapaz de darnos la realidad "en sí" de las cosas. En esto consiste su radical mentira. "Parménides dijo que 'no se piensa lo que no es'; nosotros estamos en el otro extremo, y decimos: 'lo que se puede pensar, con seguridad, tendrá que ser una ficción'" (*Werke*, ed. E. Foerster-Nietzsche, XVI, 47). El pensar, el conocer, desfigura siempre la realidad. De ahí esa otra afirmación de Nietzsche: "Yo he declarado la guerra al optimismo de esos lógicos" (XVI, 46). El caer en la cuenta de la mentira de todo conocimiento es el principio y fundamento de cualquier veracidad auténtica. Cuando se acepta esto, piensa Nietzsche, todo cobra nueva luz. De ahí que escriba: "Ahora soy ligero: casi vuelo; ahora me veo a mí mismo por debajo de mí: un dios danza a través de mí" (VI, 58). Esa ligereza es la que otorga la renuncia a la "posesión" de verdades por la razón. La renuncia a la posesión de verdades permite que el ser humano pueda "ser poseído" por el dios de la verdad. Entonces surge una nueva idea de lo que es la verdad, la ciencia y la vida intelectual.

Así han entendido muchos filósofos del siglo XX nuestra situación intelectual. Citaré sólo algunos nombres: Husserl, Heidegger, Jaspers, Zubiri. Si alguna preocupación tuvo Edmund Husserl, el fundador del método fenomenológico, a lo largo de toda su vida, fue precisamente ésta, la de situar el problema filosófico a un nuevo nivel, más radical que el de la vieja Metafísica y el de la moderna *Erkenntnistheorie*. Una filosofía no merece el título de contemporánea más que si ha pasado por la ciencia moderna y ha sabido buscar para ella un fundamento más consistente que el de Kant en la *Crítica de la razón pura*. Esto es para Husserl la Fenomenología, y con esa finalidad escribió todas sus obras, muy en especial la titulada *Die Krise der europäischen Wissenschaften und die transzendente Phänomenologie*. Las explicaciones de la razón científica carecen de fundamento si se las desconecta de sus dos momentos previos, el intuitivo y el descriptivo, hasta el punto de que bien pueden en tal caso ser consideradas como

falsas. Sólo en el hondón de la conciencia fenomenológica puede encontrar el hombre la veracidad radical. En comparación con ella, todo lo demás son mentiras.

Jaspers y Heidegger son autores de sendos libros sobre Nietzsche, que a pesar de sus profundísimas diferencias vienen a coincidir en ese mismo diagnóstico: tanto la metafísica antigua como la ciencia moderna son "mentiras", precisamente por su falta de radicalidad. Sólo la filosofía que sea capaz de enraizar la razón humana en su suelo nutricional, podrá satisfacer los más profundos anhelos de veracidad del hombre. La verdad auténtica, dirá Jaspers, sólo se le manifestará al hombre cuando en las situaciones privilegiadas de la vida, lo que él llama "situaciones-límite", toque el fondo de la existencia y se abra al horizonte de la trascendencia. Todo lo demás, por muy importante que parezca, es verdad a medias, mentira.

En 1942 publicó Xavier Zubiri un ensayo sobre este mismo tema, titulado *Nuestra situación intelectual*. "La ciencia —dice en él— no es una simple adición de verdades que el hombre *posee*, sino el despliegue de una inteligencia *poseída* por la verdad" (NHD, 9ª ed., 48). Cuando esto sucede, el hombre arraiga en lo más profundo de la realidad y de la existencia. A este arraigo le llama Zubiri, en el citado ensayo, "religación". Y escribe: "Sólo lo que vuelva a hacer arraigar nuevamente a la existencia en su primigenia raíz puede restablecer con plenitud el noble ejercicio de la vida intelectual. Desde antiguo, este arraigo de la existencia tiene un nombre preciso: se llama *religación*" (NHD 50). Con ello no está aludiendo Zubiri a ninguna relación positiva, sino a algo previo, a la búsqueda de las propias raíces en lo más profundo de uno mismo, que es a la vez lo más exterior, lo radical y lo sumo. *Interior intimo meo, superior summo meo*, cabría decir con San Agustín. Esto era para Husserl la conciencia fenomenológica tras el proceso de reducción, y esto es para Zubiri la aprehensión primordial de realidad. Son experiencias difíciles, que exigen un supremo esfuerzo, pero que abren al hombre al ámbito ilimitado de lo trascendental. En ellas es donde el ser humano toma conciencia de su constitutiva religación a la realidad y a su fundamento. Tal es el sentido de las palabras con que Zubiri fi-

naliza el citado artículo: "Si, por un esfuerzo supremo, logra el hombre replegarse sobre sí mismo, siente pasar por su abismático fondo, como *umbræ silentes*, las interrogantes últimas de la existencia. Resuenan en la oquedad de su persona las cuestiones acerca del ser, del mundo y de la verdad. Enclavados en esta nueva soledad sonora, nos hallamos situados allende todo cuanto hay, en una especie de situación transreal: es una situación estrictamente transfísica, metafísica. Su fórmula es justamente el problema de la filosofía contemporánea" (NHD 56-7).

Esta situación radical es la que Zubiri denominó al final de su vida "aprehensión primordial de realidad", algo previo a todo tipo de "conocimiento" racional, aun del científico. Hay una verdad racional, la verdad de la ciencia; es una verdad convencional, pragmática y utilitaria. Pero previa a ella hay otra verdad más profunda, la que Zubiri llama "verdad real". Esta verdad no consiste en "ideas" ni en "posesión" de ideas, sino en algo más elemental y en cualquier caso previo, la mera actualización de la cosa como algo otro que "se me impone", que "me posee", "arrastra" y "domina". Es lo que Zubiri llama el "poder de lo real", algo que siempre se hace patente en la "verdad real". De ahí que escriba: "Es la realidad misma en cuanto tal, y no sólo sus propiedades, lo que nos arrastra y domina. Por esto, el poder de lo real constituye la unidad intrínseca de la realidad y la inteligencia: es justo la marcha misma de la filosofía" (*Sobre el hombre*, Madrid 1986, 43).

Volvamos ahora a la Universidad. Esta ha ido y tendrá que seguir yendo tras la verdad convencional, pragmática y útil del conocimiento científico-técnico. Pero no cumplirá con su misión básica de educar a los hombres en la vida intelectual y en el culto a la verdad si no los conduce también y primariamente hacia la experiencia primordial de la realidad. Sólo así puede el hombre vivir fundamentalmente, desde el fundamento. Y esta, no otra, ha de ser hoy la misión prioritaria de la Universidad: educar a los hombres en eso que Zubiri calificaba de "esfuerzo supremo", el de sumergirse en la realidad en cuanto tal y en su fundamento. De no ser esto así, tendremos saber y ciencia, pero nos faltará expe-

riencia profunda de la realidad y de la verdad real, es decir, careceremos de auténtica vida intelectual.

La Universidad tiene que hacer ciencia, pero por encima de todo ha de fomentar la vida intelectual. Si para lo primero sirven las Facultades técnicas, la segunda finalidad de las Facultades humanísticas, muy en particular la de Filosofía. Ella ha sido siempre y debe seguir siendo la ciencia de la Universidad. En el ensayo antes citado, transcribe Zubiri este magnífico texto del comienzo de la *Lógica* de Hegel: "Tan extraño como un pueblo para quien se hubieran hecho inservibles su derecho político, sus inclinaciones y sus hábitos, es el espectáculo de un pueblo que ha perdido su metafísica, de un pueblo en el cual no tiene existencia ninguna el espíritu". La Universidad no puede ser sólo ciencia. Ha de ser también espíritu, vida intelectual.

CONCLUSION

He de concluir. Y quiero hacerlo recordando unas palabras que Zubiri, Doctor *honoris causa* por la Facultad de Teología de esta Universidad de Deusto, escribió en 1940; que yo, como tantos otros españoles, leí muy joven y que influyeron decisivamente en mi vida. La búsqueda de la verdad, decía Zubiri entonces, no es tarea fácil ni grata. Y añadía: "No es grata, porque envuelve, hoy más que nunca, una íntima violencia y retorsión para entregarse a la verdad. 'La verdad está tan obnubilada en este tiempo -decía Pascal del suyo- y la mentira está tan sentada que, a menos de amar la verdad, ya no es posible conocerla' (*Pensam* 864). Y es que, como decía San Pablo de su época, 'los hombres tienen cautiva la verdad' (*Rom* 1,19). El pecado contra la verdad ha sido siempre el gran drama de la historia. Por eso Cristo pedía para sus discípulos: 'Santificálos en la verdad' (*Jo* 17,17). Y San Juan exhortaba a sus fieles a que fueran "cooperadores de la verdad" (*3 Jo*, 8). Unidos en este común empeño, le abraza efusivamente su viejo amigo, X. Zubiri".

Este es también mi deseo para todos ustedes.

Convergencias del pensar científico y el pensar humanístico*

Dr. Héctor R. Croxatto R.

Profesor de Fisiología de la Escuela de Medicina y del Instituto de Ciencias Biológicas de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Miembro de Número de la Academia Pontificia de Ciencias (1975). Premio Nacional de Ciencias (1979). Premio B. Houssay, otorgado por la OEA (1981). Doctor "Honoris Causa" de la Pontificia Universidad Católica de Chile (1983).

Hemos escuchado lúcidos análisis, suficientemente exhaustivos sobre la situación actual y las posibles modificaciones que se impone introducir al programa de formación general de esta Universidad. Las reflexiones que haré a continuación que, por cierto, no apuntan directamente a resolver los problemas más inmediatos, han sido inspiradas, en gran

parte, por la inquietante visión que, en nuestra época, se tiene en numerosos sectores del mundo ilustrado, acerca de la antinomia entre Humanismo y Ciencia. Aunque me asiste la convicción de que esta temática ha sido muy trajinada en vuestras mentes, porque es insoslayable para quienes enseñan, investigan, descubren y abren nuevos horizontes a la Cultura, creo que la ocasión es propicia para esclarecer y evaluar el grado de divergencia que se pretende establecer entre estos dos pilares de la Cultura. En todo caso, me redime de ocu-

* Conferencia dictada en el Seminario "Visión actual y futuro de la formación general en la Pontificia Universidad Católica de Chile", organizado por la VRA, Santiago, enero de 1990.

par vuestra atención el hecho de que reunimos, aunque sea muy de tarde en tarde, para dialogar sobre la Cultura, piedra angular sobre la que se edifica nuestra misión, puede contribuir a demoler esas invisibles barreras, casi infranqueables, que aíslan e impiden un intercambio más fluido y enriquecedor entre las distintas disciplinas del saber, las del Humanismo: desde la Teología, Filosofía, Arte, Historia, etc., y de las Ciencias Naturales y la Tecnología. Todas ellas aquí viven y prosperan, crecen y se difunden, pero ellas permanecen casi indialogantes o con escaso flujo interdisciplinario, aun entre las más afines.

El tiempo no me permite, como habría sido mi primera intención, exponer cómo en el curso de la historia se han ensamblado, enfrentado y han litigado las Humanidades y la Ciencia, los dos grandes sustentos de la Cultura, la clásica y la milenaria cultura humanista con la joven ciencia moderna para constituir la matriz de nuestra presente cultura cristiana occidental.

A. LA CIENCIA MODERNA NACE BAJO EL SIGNO DE LA DISCORDIA

No siempre han convivido armoniosamente las Humanidades y las Ciencias. El Humanismo, entendido como continuación de la *paideia* griega y del *humanitas* latino, centra su interés en conocer, formar, perfeccionar al hombre, dignificar y elevar su espíritu. En nuestra civilización cristiana occidental, el Humanismo conduce a la consolidación de valores morales que la doctrina cristiana enseña e inculca, y que plantea las grandes interrogantes sobre los para qué, el significado y trascendencia de nuestra existencia y nutre la esperanza en la bienaventuranza eterna. Las Ciencias Naturales centradas, en cambio, en la búsqueda de los "cómo" de los fenómenos en el mundo físico, intentan, con el recurso de técnicas más y más refinadas, descorder el velo de misterio que hay detrás de las apariencias, en las cosas y fenómenos del mundo físico y establecer las leyes que lo rigen. Pues bien, sabemos que la Ciencia Moderna nace con Galileo, apenas en el siglo XVII, bajo el signo de la discordia. Conocemos muy bien el histórico y penoso proceso y la

profunda conmoción que se enciende desde esas noches de 1609, en que Galileo con su telescopio descubre los satélites de Júpiter y las fases de Venus, con lo que pone en jaque la cosmología aristotélica-tolomeica. Los tres siglos siguientes señalan una historia plagada de episodios que muestran el repudio a afirmaciones científicas que contradicen las posiciones filosóficas y religiosas. No es necesario mencionar los embates promovidos por científicos jactanciosos, erigiendo a la Ciencia como antídoto de la Fe, en los siglos del iluminismo y del positivismo. Dejemos atrás las afirmaciones de comienzos del siglo XX, divulgadas por el Círculo de Viena, que con la filosofía del positivismo lógico pretendió afirmar que el único conocimiento válido era el que recibía demostración experimental; lo demás sólo una mera ilusión, palabra hueca. Pero deseo detenerme a considerar, por su implicancia, en otras críticas surgidas en nuestro tiempo. Con inusitada fuerza se ha proclamado que nunca como ahora las Humanidades-Arte y la Ciencia-Técnica marchan por cauces cada vez más divergentes. La impresión que se recoge de la lectura de un sinnúmero de artículos y ensayos aparecidos en años recientes, es que los medios y propósitos de la Ciencia-Técnica no sólo no coinciden sino que se contraponen con los del Humanismo, si consideramos que la meta de la Cultura es lograr una elevación espiritual del hombre.

B. LA CIENCIA-TECNOLOGIA DESPIERTA RECELOS

El divorcio entre Humanismo y la Ciencia ya había adquirido notoriedad con la publicación del libro del ensayista inglés C.P. Snow: *Las dos culturas*, en el que se señala que el lenguaje incomprensible, las matemáticas empleadas en los mensajes de la Ciencia, y la especialización llevada a ultranza en las diversas disciplinas, está haciendo imposible el diálogo, la mutua comprensión de los problemas que analizan los humanistas y científicos. En los años posteriores al gran conflicto mundial (1939-45) ha sido experiencia frecuente leer artículos denunciando las angustiantes preocupaciones derivadas directa o indirectamente del progreso científico-

tecnológico. Ha desaparecido la seráfica admiración, que en el pasado despertaba muchos avances y descubrimientos que aportaron bienestar al hombre.

Los recelos y críticas contra actividades científico-tecnológicas se agudizaron después del estallido de la bomba atómica sobre Hiroshima, el 5 de agosto de 1945, tildado como el día más aciago de la historia de la humanidad. La bomba había sido construida con el concurso de los físicos más eminentes de nuestro siglo. Se había fabricado, así, el instrumento más mortífero, capaz de hacer desaparecer en un holocausto atómico al hombre como especie y aniquilar toda forma de vida sobre el globo terráqueo. Otros avances, entre los cuales están las prodigiosas conquistas de la Biología en el campo del código genético, calificadas como las más penetrantes tentativas para esclarecer el funcionamiento de la estructura viviente, han sido aprovechados para realizar experimentos que violentan principios éticos fundamentales. Los empeños de ciertas manipulaciones para modificar el genoma humano no sólo han merecido amplio repudio, sino que han sembrado la desconfianza sobre los pretendidos propósitos de la búsqueda científica para elevar la condición humana. A estos efectos se suman numerosos otros muy graves, que resultan de la aplicación de devastadoras tecnologías que han dado mucho poder al hombre, y que por su masiva aplicación han destruido o alterado irreversiblemente el medio ambiente. Los incalculables perjuicios ecológicos son mencionados como consecuencia de la tecnología y no directamente referidos a la iniciativa humana.

C. LA CIENCIA-TECNOLOGIA ACUSADAS DE DESHUMANIZACION DEL HOMBRE

Es cotidiano escuchar que la Ciencia-Técnica ha degradado al Ser y privilegiado el tener. Los frutos de una carrera tecnológica han alentado el "consumismo", uno de los males más distintivos de la sociedad actual. Se dice que "la nueva tecnología, capacitada por una penetración cada vez más profunda en la Naturaleza, empujada por las fuerzas del mercado y la política,

ha incrementado el poder del hombre más allá de todo lo conocido y aun soñado por él en el pasado reciente". "El hombre no sólo se ha hecho peligroso para sí mismo, sino para toda la biosfera. Sin cesar, sacrifica la Naturaleza para alcanzar sus propios fines y necesidades inmediatas, sin considerar los requerimientos de las futuras generaciones, conducta sólo explicable como producto de su deshumanización, de la atrofia de su esencia". (H. Jones). La avanzada tecnológica ha trastocado valores y costumbres ejemplares y ha irrumpido limitando la privacidad. Algunos pensadores como Marcuse, con gran influencia en la juventud, han considerado que la Ciencia se ha convertido en un artilugio de las esferas de poder para dominación del hombre por el hombre. Se cierne sobre la Ciencia y la Tecnología el apotegma de que éstas han deshumanizado al hombre. Entre otros males, ellas han llevado a inventar robots que actúan como seres humanos, y construye medios de producción en serie que hacen que hombres funcionen como robots. La verdad que el científico entrega, lejos de liberarlo, lo ha encadenado.

D. EL MAL QUE EQUIVOCAMENTE SE ADJUDICA A LA CREACION CIENTIFICO-TECNOLOGICA, ESTA EN EL HOMBRE

Pero si bien en la sociedad de hoy están presentes peligros potenciales y amenazas reales, que no existirían sin el apoyo científico, hay necesidad de clarificar que en muchos de los comentarios sobre los males aportados por la Ciencia-Tecnología, existe un penoso equívoco y errada interpretación de los fines que persigue la búsqueda científica, asistida por la Técnica como parte insustituible de la Cultura de hoy. No se considera suficientemente la dinámica humana que las alimenta y la calidad de las metas que se proponen los científicos escudriñando en el mundo físico.

La Ciencia, con los instrumentos y métodos más sutiles y penetrantes que la Tecnología crea, va tras uno de los valores más preciados del hombre, cual es el de la verdad. La aspiración de alcanzar la verdad, como una meta suprema que enno-

blece al hombre y lo distancia de la animalidad, ha favorecido que la Ciencia sea la aventura intelectual más grandiosa, el único producto de la creatividad humana que avanza sin regresiones, que determina que el cúmulo de conocimientos científico-tecnológicos se incremente vertiginosamente cada día. Pero además todo nuevo conocimiento ganado, o el desarrollo de una novedosa tecnología, son poderosos motores de cambios, los agentes más vigorosos de progreso y de innovaciones que a veces resultan de efectos revolucionarios, imponiendo nuevos hábitos de vida y modificando la ordenación social que marca eras en la evolución histórica de la sociedad: pensemos sólo en las transformaciones que se registraron en la era de la máquina a vapor, en la era industrial; y con la electrónica, el computador, en nuestra era de la informática; y los cambios que en tiempos modernos significó, para la existencia humana, el exterminio de plagas, enfermedades que asolaron por siglos a la humanidad.

El progreso del Humanismo, apoyado en inamovibles fundamentos religiosos, ha consistido en lograr entre los humanos una mayor adhesión y consolidación de las preciadas virtudes que persiguen elevar el espíritu. La investigación en ciencia, en cambio, en buena parte y aun la más desinteresada por ganar un nuevo saber, propende a producir cambios que, con la riquísima creatividad tecnológica, pueden apuntar al progreso y bienestar del hombre para abatir la miseria material que atenaza a una gran proporción de la humanidad. Tenemos que aceptar que hoy aparece como irrefutable el argumento de que un mayor desarrollo científico-tecnológico es insustituible para elevar la calidad de vida en los países que bregan por salir del atraso económico-social. También resulta evidente que el crecimiento de la población mundial, la necesidad de intensificar la producción de alimentos, compensar el agotamiento de los recursos naturales, neutralizar el peligro de la acumulación de productos radiactivos, continuar la búsqueda de nuevas fuentes energéticas, restaurar el equilibrio ecológico, eliminar la contaminación, etc..., están creando el imperativo, cada vez más urgente, de mantener muy vigente la creatividad científico-tecnológica.

Pero la magnitud y el poder creciente de tecnologías invasivas en campos que eran vedados o inimaginados, con impredecibles impactos sobre el futuro del hombre, han hecho surgir graves cuestiones morales que afectan su propio destino y el de nuestro pequeño y bello planeta Tierra. En síntesis, han impuesto sobre la Ética una dimensión de responsabilidades nunca antes pensadas.

E. LA ETICA HA FALLADO

Pero podemos decir, enfáticamente, que los males que se atribuyen a la Ciencia-Técnica no están ni en la Ciencia ni en la Técnica, sino que el mal está en el hombre que hace mal uso del conocimiento. Podríamos, por tanto, agregar que no son justificadas las críticas dirigidas a la Ciencia-Técnica como actividad sistemática nacida de la mente humana, y que lo que más bien ha fallado es el mensaje del Humanismo, el que no ha logrado afianzarse en los hombres, por cuanto los males a los cuales hemos aludido derivan de la conducta del hombre, vale decir, de un equivocado uso o malsana aplicación del saber. Objetivamente, no han prevalecido como prioridades los valores humanos que deberían imponerse como las más poderosas influencias para modelar los acontecimientos en la superficie del globo.

F. LA CIENCIA ES AMORAL

La Ciencia es inherentemente inepta para tratar problemas de valor. La Ciencia como disciplina, por su propia naturaleza, debe operar en el dominio de los hechos objetivos, y la Ciencia como método o como cuerpo de conocimientos no puede formular valores que son dominio de la subjetividad.

Los juicios de valor permanecen así fuera del dominio de la Ciencia. Esta no define el bien o el mal ni formula valores. En este sentido, la Ciencia es amoral (lo que no significa que sea inmoral) y sólo puede ser juzgada por el criterio de veracidad. La Ciencia nos dice lo que es, no lo que debería ser. La Ciencia describe, la Ética prescribe. Toda aplicación de un saber presupone una decisión política o ética que

queda fuera de la provincia de la Ciencia, pero, por cierto, el uso no puede quedar fuera del dominio ético del hombre, sea éste científico o no, los que deben asumir toda responsabilidad sobre la forma cómo utilizar el saber. Los fundadores de la Ciencia Moderna (Galileo, Newton), que buscaron el conocimiento con el exclusivo ánimo de saber más, nunca imaginaron la responsabilidad social que el científico habría de asumir por los descubrimientos que realiza. El científico, por disponer del saber, adquiere el compromiso moral de comunicar los efectos inmediatos o lejanos que sus hallazgos pueden producir en la sociedad y la naturaleza que la envuelve. Por cierto, muchas veces es impredecible lo que puede ocurrir. La distancia entre la capacidad de predecir y el poder de actuar, inevitablemente, crea un problema moral difícil de salvar. Rutherford nunca imaginó que sus investigaciones sobre el átomo podían abrir, casi 30 años después, el camino que llevaría a la construcción de la bomba atómica. Además, ocurre que el conocimiento, como producto de la creatividad científica, a diferencia de otras creaciones del espíritu humano, que es rápidamente divulgado, puede ser usado fácilmente y, por lo tanto, puede ser mal usado. Por el hecho de que la Ciencia sólo entrega resultados, debemos exonerarla de toda culpa. Siempre será mejor saber más que saber menos.

G. LA CREATIVIDAD CIENTÍFICA Y ARTÍSTICA

Pero hay un aspecto en el que el Humanismo y la Ciencia necesariamente convergen, y en cierto modo se confunden, al punto que Bronowsky señalaba que ese aspecto permitía la existencia de un puente de encuentro y de enlace entre la Ciencia y el Arte, que facilita la mutua comprensión, y se refiere a la similitud que existe en el grado de "humanitas", entre la creación científica y la creación en el arte. Arte y Ciencia son un mismo espejo de la naturaleza creativa del hombre, en un afán común de cuestionar sin cesar y de interpretar al mundo. Los mismos atributos necesarios del espíritu, resortes anímicos que están en juego en el artista, están vigentes y son necesarios en el científico:

imaginación, curiosidad, inventiva y capacidad de asombro. Hay algo más que acerca ambas actividades creativas. Ellas van en busca de alguna forma de belleza, si ésta se define como "la propiedad de las cosas que nos hace amarlas, infundiendo en nosotros un deleite espiritual".

No habría tiempo para recordar muchas otras definiciones que se han dado a la belleza, pero puedo decir que la Ciencia no es sólo el sistema más preciso para describir el mundo; el medio de predicción más exacto creado por el hombre, el recurso intelectual que ha conferido el mayor poder para actuar sobre la Naturaleza. Es, además, la Ciencia uno de los caminos abiertos por el hombre para ir al encuentro con la Belleza en su propia acepción. El científico se enfrenta necesariamente con una forma de belleza recóndita que escapa a los medios de que el profano dispone, que está oculta por la limitación de nuestros sentidos, pero la técnica proporciona los más inauditos recursos para descubrirla, y contemplar una forma de belleza inefable, perdurable, que brota de un aparente caos, pero que muchas veces deja atónitos a quienes la descubren, y que deriva de la asombrosa armonía y del orden de procesos y estructuras que se manifiestan, que de allí surgen y que se revela en todos los niveles de la Creación. Los padres de la Iglesia, los escolásticos, los científicos más prominentes, en todos los tiempos lo han expresado.

En general, el público rechaza esta similitud y no le faltan argumentos. No es extraño, no con rara frecuencia, ensayistas, poetas, se han referido despectivamente al afán analista de la Ciencia de destruir la gloriosa realidad desmenuzando la prístina e ingenua belleza que la naturaleza construye. La rosa del jardín aparecerá más esplendorosa y radiante, que la descripción, por exhaustiva que pudiera ser, de los componentes químicos que integran la flor y que el científico describe. Difícilmente podría el profano descubrir la belleza, ni siente emoción estética al leer los mensajes del científico. En general, éstos le resultan fríos, remotos, deshumanizados, incomprensibles en su jerga de rígido tecnicismo. No ocurre lo mismo con las obras de artistas, pintores, músicos, literatos; ellas son fácilmente asimiladas y proporcionan un deleite estético,

reconfortante e inmediato, que casi no demanda esfuerzos.

El científico, por principio ético debe ser fiel intérprete de la realidad que describe, debe ser estrictamente objetivo, ha de describir lo que ve con rigurosa precisión, sin agregar aderezos que serían rechazados como espurios. La imaginación creadora, esencial recurso para el investigador en la etapa de planificación y en la búsqueda misma, ha de permanecer silente en la descripción de los resultados encontrados. Así, ha de sofocar su propia imaginación y no desfigurar su relato con apreciaciones subjetivas. A diferencia del investigador científico, el artista es tanto más triunfante con su creación, cuanto más de su propia personalidad, de su propio estilo, de comienzo a fin, puede volcar en su obra. De allí el calor humano que su creación puede irradiar y la fuerza cautivante para el que la lee, o la contempla o la escucha. El artista inicia su labor con la gratificante ilusión de que lo que imagina crear reproducirá, fielmente, lo que él quiere que sea; mientras tanto, el investigador del mundo físico permanecerá expectante a la espera de un resultado que puede o no coincidir con su hipótesis o teoría. Los duros hechos experimentales, muy a menudo, suelen echar por tierra las más acariciadas ilusiones del científico.

Se suele argumentar que la búsqueda científica no constituye propiamente una creación, pues lo que finalmente encuentra el buscador, estaba allí desde antes de que iniciara su indagación, o sea, sólo se ha descubierto el velo que lo ocultaba y se trataría sólo de un descubrimiento. Pero, de hecho, un científico no inicia una investigación sin elaborar una hipótesis o, al menos, un marco conceptual que exigen apelar a fondo a todos los recursos del espíritu que alimentan la creatividad. Además, lo encontrado sólo adquiere importancia cuando los argumentos del numen creador los hace interesantes.

Como en toda creación hay siempre dos cosas: el buscador y lo buscado. En el artista estos dos elementos se confunden, pero eso nunca podría ocurrir con la creación científica.

El artista deja estampada su personalidad en lo creado, queda allí grabado el estilo, como su propia huella dactilar, y ésta queda para siempre. En una palabra,

su permanencia en la obra que ha entregado lo eterniza. Su creación atraviesa los tiempos y básicamente no admite retoques; quien pretendiera enmendarla, tal vez haría otra obra de arte, con otro sello. La obra de arte puede nacer "ex nihilo", no se apoya necesariamente en una obra anterior y puede existir como una creación independiente, definitiva y eterna, con un sello fuertemente personal, tanto más si es calificada como obra maestra.

Eso no ocurre con los productos de la Ciencia. La naturaleza del trabajo científico determina que el investigador nunca logre hacer una obra definitiva; ésta tendrá siempre el carácter de conjetural y de provisoria y está destinada a ser superada inexorablemente. Su trabajo se basa en lo que han hecho otros, en el de los científicos que lo antecedieron. Es decir, su contribución es parte inevitable de un inmenso trabajo colectivo, de hombres enlazados en cadena: un que no se corta, que pudiera ser, en su conjunto, comparable a la construcción de un edificio. Este es el edificio único de la Ciencia que se alza cada día, en cada instancia a más altura, pero que está en constante remodelación. En él, inevitablemente, se derriban muros y tabiques, se abren nuevas ventanas a horizontes más amplios y a veces revolucionarios. Unos investigadores geniales contribuyen con una viga maestra; otros, los más, tal vez, colocan sólo un poco de arena, o argamasa o algún ladrillo de vida efímera.

Mientras que es posible identificar por el estricto examen del estilo, al autor de una obra artística, no ocurre lo mismo con el creador de un papel científico. Sólo con mirar un cuadro o escuchando una música, o leyendo una novela, descubrimos que en ellas está el autor infaltablemente presente.

Visitando un museo de arte podemos decir ante un cuadro, "éste es un Rembrandt, o un Rafael, o un Boticelli, o un Modigliani, o un Picasso, etc.; leyendo una novela o un poema, o escuchando una pieza musical, podemos intuir quienes son sus respectivos autores". Esto no ocurre con los productos de la investigación científica o tecnológica. ¿Quién descubriría al autor de un trabajo científico, por el simple hecho de leer su papel, que trae la descripción de su hallazgo que es necesaria-

mente tan despersonalizado? Sólo podríamos descubrirlo buscando su nombre bajo el título de su trabajo.

H. NECESIDAD DE UNA FORMACION HUMANISTICA-CIENTIFICA BALANCEADA

Años atrás era más frecuente que ahora escuchar doctas conversaciones en las que se hacía referencia a la ciencia moderna, como un algo independiente, separable de la cultura; en otros términos, se dejaba en la sombra que la Ciencia nació como una perentoria exigencia de la propia cultura. En nuestros países de influencia hispana, el concepto de culto se reservaba, en general, a una persona refinada, muy ilustrada en el arte y profundo por sus estudios en algunas disciplinas humanistas. El espécimen humano, calificable como un auténtico investigador criollo en ciencias, que encuentra un nicho adecuado en la Universidad, ha hecho su aparición, salvo muy honrosas y meritorias excepciones, hace sólo medio siglo o algo más, en la América Latina.

No siempre una exquisita sensibilidad para respetar la dignidad de la persona humana resulta del mero cultivo de las humanidades; tampoco necesariamente avivan sentimientos fraternos la preferencia por aquellas áreas que perfeccionan el gusto por las formas más refinadas del Arte. La necesidad de hacer un mundo mejor, en esta etapa que la humanidad vive, aparte de calidades de espíritu impone la necesidad de nuevos y más eficaces instrumentos de acción. La caridad movida sólo por la compasión suele ser ineficiente; el saber por sí solo, puede ser frío e inhumano; pero la caridad unida al saber como ayudar mejor, es la forma más cristianamente eficiente.

La Ciencia-Tecnología moderna se ha convertido en una poderosa agencia de empuje incesante hacia mayores logros, y el éxito conduce a un mayor dominio de las cosas, que es el triunfo del "homo faber". Pero éste no ha de subyugar al "homo sapiens". El conocimiento almacenado en su mente no está pasivamente atesorado; ha de expresarse o aplicarse para el bien, porque sólo así nos aproximamos al don incomparable de la sabiduría.

Ahora, cuando se trata de decidir para cada futuro profesional que preparamos en la Universidad, qué proporción en el currículum de áreas de tipo humanístico y científico debiéramos asignarle u ofrecerle, nos enfrentamos a un problema más complejo que delicado. En su examen están en juego múltiples intereses y muy variados factores: prácticos, éticos, religiosos y las personales aptitudes, aficiones, vocación del propio alumno. Pero pienso que la aproximación ideal descansa, en gran parte, en la calidad del mensaje que cada profesor, aun desde el campo más especializado, sea capaz de proyectar. En él ha de transparentarse como "leitmotiv" el concepto de que *el saber es elemento enriquecedor dignificante de la persona humana en la medida que se convierte en fuente de caridad e instrumento del bien común.*

Este simposio, sin proponérselo, nos está dimensionando la responsabilidad moral, cultural que las universidades tienen con el país que la sostiene. De las instituciones laicas creadas por el hombre, las universidades, son aquellas más durables, influyentes y respetables. A lo largo de la historia han resistido todo tipo de vicisitudes, han constituido bastiones culturales que no han sido abatidas por las peores convulsiones políticas externas y que han resistido los propios movimientos y estallidos de rebelión iconoclastas dentro de sus propios muros. Esto ocurre por la fortaleza que le confiere la autoridad moral. Aunque las universidades no expresan su poder y, que no gobiernan a la sociedad dictando leyes, inevitablemente todo lo que en ellas se hace, tiene la potencialidad, tarde o temprano, de modelar el escenario nacional, el destino como país. Como institución del intelecto, por ser depositaria y difusora del conocimiento y por la pluralidad de saberes que imparte, es la organización mejor equipada para elevar la cultura de la Nación y contribuir muy efectivamente a su progreso, a través de los complejos caminos que están en la trayectoria de los egresados de todas las profesiones y especialidades que entrega. Con ello, la Universidad, después de la Iglesia, es la estructura que más contribuye a mejorar y a imprimir un sello a la calidad de vida de los ciudadanos.

Aunque explícitamente no se lo propo-

nen, en inmensa medida las universidades son respecto del cuerpo social de un país, lo que el cerebro es para el cuerpo humano. El cuerpo actúa, se mueve en pos de metas que el cerebro decide, según una filosofía de vida. Bastaría pensar lo que significó para el mundo la Escuela de Atenas, con sus inmortales filósofos, para la Civilización Cristiana Occidental, lo que las universidades de la Edad Media, como las de París, de Oxford y de Bologna, para el Escolasticismo y lo que las Universidades europeas propulsaron para el desenvolvimiento de la Ciencia en los tiempos modernos.

La misión de realizar la trascendente aspiración de participar en la construcción de una civilización, que idealmente podríamos llamarla de la fraternidad o del amor, recae en gran medida en las universidades, y superlativamente en las Universidades Católicas. Esta tarea esencial no podría concebirse hoy si no se transmiten armoniosamente los ideales del humanismo, como también las potencialidades de los saberes y recursos de la Ciencia.

Debemos entregar al futuro profesional una visión globalizadora, integradora, que le permita percibir las realidades que involucran al hombre y que el filósofo Karl Popper resume en sus tres Mundos: el Mundo 1: de los objetos físicos, que forman parte de la totalidad del cosmos con su materia y energía; el Mundo 2: de los estados de conciencia, de los conocimientos

subjetivos, de nuestras percepciones, que en su centro encierra nuestro íntimo yo donde se generan nuestros proyectos de vida, donde aletean esperanzas e ilusiones; y el Mundo 3: el mundo de la cultura creado enteramente por el hombre y que recíprocamente contribuye a construirlo. Es el mundo donde están nuestro lenguaje, los medios de comunicación, el mundo inigualable que está codificado en libros, en tesoros artísticos y tecnológicos. Es el mismo mundo donde están los grandiosos productos de la mente humana, de la que han brotado tanto las portentosas creaciones del arte, como las asombrosas conquistas de la Ciencia e invenciones de la tecnología. En el mensaje básico de la Universidad, el alumno deberá percibir la dignidad del ser, la majestad y grandeza del espíritu que, en cada hombre, realiza el milagro de operar y mover las piezas de nuestro cuerpo físico que, en sus últimas partículas subatómicas de materia, está constituido de muones, electrones, neutrinos que no difieren en nada de los que encontramos en una roca o en una lombriz, pero que por poseer el tesoro único del espíritu nos hace no sólo superiores a todos los demás seres, como únicos portadores del pensamiento en el universo conocido, sino también únicos para amar al prójimo, captar la belleza, penetrar y explicar los misterios y belleza de la Creación y la insondable Sabiduría del Creador.

La humildad*

Monseñor Jorge Medina E.

Ordenado sacerdote en 1954. Doctor in Laws "Honoris Causa" de la U. de Notre Dame (1966). Profesor Titular de Teología Dogmática (1968), Decano de la Facultad de Teología (1965-67), Pro Gran Canciller (1974-1983), Vice Gran Canciller (1983) y Doctor "Scientiae et Honoris Causa" de la Pontificia Universidad Católica de Chile. Obispo de Rancagua, desde 1985.



INTRODUCCION

La proximidad de la fiesta de Navidad invita a contemplar no sólo el hecho del nacimiento de Jesucristo, el Hijo de Dios, hecho hombre en las purísimas entrañas de la Virgen María, sino a reflexionar también en la "atmósfera" espiritual que rodeó ese acontecimiento. Esa "atmósfera" está conformada por rasgos

que las generaciones cristianas han hecho objeto de una mirada atenta y llena de fe, porque en ellos han descubierto "líneas de fuerza" de la economía de la salvación.

Entre los rasgos de la Navidad destacan la *pobreza*, la *obediencia* a los designios de Dios, el *silencio*, la *adaptabilidad* a lo imprevisto, la irrupción de lo *sobrenatural* en medio de lo natural, la *sencillez* y la *serenidad*. Rasgos todos importantes y aleccionadores para quienes profesan ser discípulos de Cristo. Sin embargo, hay un

* Rumbos, Año XXV, Nº 299, noviembre 1989.

rasgo que pareciera tener especial relieve y que acaso sea la clave o la explicación de muchos otros: *la humildad*.

Recuerdo que, cuando en mi niñez participaba en el rezo del Santo Rosario en casa de mis padres, el enunciado del tercer misterio gozoso era: "El nacimiento del Hijo de Dios, pobre y *humilde*, en el portal de Belén".

Me parece importante reflexionar acerca de la humildad. No es fácil, porque cualquier reflexión sobre el tema implica necesariamente un examen de conciencia que nos conduce a comprobar que nuestra humildad no es muy profunda. Y existe una especial dificultad en la tentación que nos puede asaltar de hacer juicios sobre la humildad, o poca humildad, ajena, y pasar por alto nuestra propia situación interior: es el problema al que Jesús apuntó con la comparación del que ve claramente la brizna en el ojo ajeno y no ve el tablón en el propio (Mt 7, 4).

LA HUMILDAD DE JESUS

Jesús nos descubre su intimidad espiritual cuando dice: "Tomad sobre vosotros mi yugo, y aprended de mí, que soy manso y *humilde de corazón*, y hallaréis descanso para vuestras almas" (Mt 11, 29). La expresión "de corazón" significa, en el uso semítico, la disposición interior, la característica personal. Jesús no sólo "tiene" de vez en cuando actitudes humildes, sino que El "es" *humilde*. El es el Mesías a quien el profeta entrevió como haciéndose presente con una actitud de mansedumbre y humildad (a veces la misma palabra griega se traduce con una u otra de estas palabras castellanas, usándolas como sinónimas): "Alégrate sobremanera, hija de Sión. Grita exultante, hija de Jerusalén: He aquí que viene tu Rey, justo y victorioso, *humilde*, montado en un burro, hijo de una asna" (Zac 9,9). El evangelista S. Mateo anota que estas palabras se cumplieron cuando la entrada de Jesús en Jerusalén (Mt 21, 5), la que la liturgia de la Iglesia conmemora el Domingo de Ramos.

El Apóstol San Pablo, deseoso de inculcar a los cristianos de Filipos la necesidad de ser misericordiosos, de conservar la unidad, de evitar las rivalidades y la vana

gloria, de olvidar el propio interés para atender al ajeno, actitudes todas que le parecen tener como raíz la humildad (Flp 2, 1-4), los invita a "tener los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús, quien, poseyendo las prerrogativas divinas, no retuvo ávidamente su igualdad con Dios, antes bien se *anonadó*, tomando la *forma de siervo*, y haciéndose semejante a los hombres; y en la condición de hombre, se *humilló*, y se hizo obediente *hasta la muerte*, y muerte *de cruz*" (ibid. 5-8). La humildad de Cristo tiene, pues, *dos etapas*: la primera consiste en "*tomar forma de siervo*", o sea en asumir la naturaleza humana, "hecho en todo semejante a nosotros, menos en el pecado" (Hebr 4, 15), y la segunda, en *aceptar la muerte* de los malditos (Dt 21, 23; Gal 3, 13) y de los esclavos, esa muerte en cruz que es "escándalo para los judíos y locura para los paganos" (1 Cor 1, 23). La Encarnación es la forma concreta de la "condescendencia" divina, de esa "estrategia" de Dios que se "abaja", que se "rebaja", hasta ponerse al nivel de su creatura. En el fondo, ese "anonadamiento" es un fruto del amor, del amor del Esposo espléndido y regio, que es Dios, que pone sus ojos en una desposada pobre y desvalida, como si "necesitara" de su amor (Os 2; Ez 16), y como si por su amor estuviera dispuesto a dar lo inimaginable.

La pasión y muerte de Jesús reúnen todas las circunstancias humillantes que se puedan imaginar: un juicio inicuo, unos jueces cobardes o maquiavélicos, unas torturas innecesarias, un menosprecio de su dignidad humana hasta el punto de desnudarlo, unas burlas acerbas mientras agonizaba, un letrero de ácida ironía, una compañía de malhechores, un sepulcro ajeno. Y, no obstante, hay un soldado que recibe el toque de la gracia y va a confesar que "verdaderamente este hombre era Hijo de Dios" (Mc 15, 38). ¡Sólo la fe podía hacer que un hombre penetrara a través de tantas apariencias miserables, hasta discernir en el ajusticiado la "fuerza y la sabiduría de Dios" (1 Cor 1, 24), el Verbo de Dios, diría San Juan! (Jn 1, 1ss).

La "humildad-mansedumbre" de Jesús estaba anunciada por el profeta Isaías cuando dice: "He aquí a mi Siervo, a quien sostengo yo, mi elegido, en quien se complace mi alma. He puesto mi espíri-

tu sobre él: administrará justicia a las naciones. No gritará, no hablará recio, ni hará oír su voz en las plazas. No romperá la caña trizada, ni apagará la mecha que se extingue" (Is 42, 1ss; Mt 12, 18 ss.). En este texto la humildad se expresa en misericordia, en una actitud que invita a mantener las esperanzas.

El corazón humilde de Cristo se expresa en su actitud de siervo o servidor: "Estoy en medio de vosotros como uno que sirve" (Lc 22, 27); precisamente para eso vino: "El Hijo del hombre no ha venido para ser servido, sino para servir" (Mt 20, 28; Mc 10, 45). Lo va a demostrar en forma inequívoca cuando, antes de la última cena, procede a lavar los pies a los doce (Jn 13). Que ese acto simbólico fuera expresión de suma humildad, lo comprendió Pedro, que en un principio rehúsa recibir de su Maestro ese servicio, propio de esclavos. Pero no son sólo estas palabras o este acto simbólico los que hacen patente la humildad de Jesús: lo mismo aparece en sus reacciones ante el interrogatorio a que lo somete Pilato (Jn 18, 28ss.), y ante las afrentas de su sagrada pasión.

Hay otras palabras de Jesús que nos descubren lo que quizás pudiera señalarse como el fundamento de su humildad: "Yo no busco mi propia gloria" (Jn 8, 50); "Yo te he glorificado (Padre) sobre la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste" (Jn 17, 4), él habla al mundo de lo que ha oído al Padre (Jn 8, 26) y sólo hace lo que es del agrado del Padre (ibid. 29). La humildad de Cristo se traduce en ardiente búsqueda de la gloria del Padre, en obediencia a la misión recibida de él, comunicando su palabra y cumpliendo su voluntad. En la profunda angustia de la agonía del huerto, cuando siente temor y pavor de la hora que se aproxima, su corazón se revela en aquellas palabras que expresan exactamente lo que él enseñara a sus discípulos a decir en la oración: "¡No se haga mi voluntad, sino la tuya!" (Mt 26, 39), "hágase tu voluntad, así en la tierra, como en el cielo" (Mt 6, 10). Cuando Jesús alaba a su Padre, y le da gracias (ver Jn 17, 4; 11, 41), es legítimo pensar que expresa humanamente la relación que lo une con el Padre en el seno de la Trinidad: el *Verbo lo ha recibido todo del Padre* (Jn 1, 1ss; 7, 16s. 28; 8, 28), y por eso mismo su

gloria no puede ser otra ni distinta que la que tiene en el Padre desde antes que el mundo existiera (Jn 17, 5).

Hay dos episodios evangélicos en que la humildad de Cristo adquiere relieves especialmente impresionantes, porque implica una fortaleza y una serenidad extraordinarias ante quienes lo han traicionado. Pedro lo ha negado reiteradamente (Jn 18, 17-27; Mt 26, 69-75; Mc 14, 66-72; Lc 22, 54-62); ha sido cobarde, y con el agravante de haber recibido de Jesús una promesa única: la de ser cabeza visible de su Iglesia (Mt 16, 13-19). Jesús no le enrostra su deslealtad: sólo lo mira (Lc 22, 61), y más tarde, con delicadeza, le pide una triple profesión de amor (Jn 21, 15-17), para borrar la triple negación. Pero Pedro volvió sobre sus pasos, y eso Jesús lo sabía de antemano (Lc 22, 31s.). Distinto es el caso de Judas, cuya traición Jesús conocía desde el principio (Jn 13, 11). Lo soportó durante largo tiempo, lo corrigió con delicadeza cuando el episodio de la unción en Betania (Mt 26, 6-13; Mc 14, 3-9; Jn 12, 1-8); no lo delató públicamente cuando iba a salir del cenáculo para entregarlo (Jn 13, 28s.), y cuando llegó la hora de la traición, en el huerto, le dirige un reproche lleno de mansedumbre: "Amigo, ¿a qué has venido? ¿Con un beso entregas al Hijo del hombre?" (Mt 26, 50; Lc 22, 48), y se dejó besar por el traidor.

¡Verdaderamente Jesús es manso y humilde de corazón!

La humildad de Jesús está hecha, pues, de búsqueda de la gloria del Padre, de anonadamiento con vistas a nuestra salvación, de misericordia, de paciencia, de mansedumbre, de aceptación de la cruz, de perdón de quienes lo han traicionado.

LA HUMILDAD DE LA VIRGEN MARIA

"¡He aquí la esclava del Señor!" (Lc 1, 38). Esa pareciera ser la palabra clave de la mujer que sabía que "todas las generaciones la llamarían bienaventurada" (ibid. 1, 49), porque el Señor había puesto su mirada en la humildad de su servidora (ibid. 1, 48).

La humildad de la Virgen tiene matices muy propios: acoge los sorprendentes designios de Dios para con ella: la Encarnación del Verbo (Lc 1, 26-38), el nacimiento de Jesús en Belén (Lc 2, 1-7), la profecía de Simeón (Lc 2, 33-35), la huida a Egipto (Mt 2, 13-15), la pérdida de Jesús en el Templo de Jerusalén (Lc 2, 41-50), la respuesta desconcertante de Jesús en las bodas de Caná (Jn 2, 4), la palabra de Jesús a la mujer que lo alababa (Lc 11, 27s.), el desamparo junto a la cruz (Jn 19, 25) y la recepción de Juan, como su hijo (ibid. 26s.). Acoge estos designios sin reticencia, sin renuencia, silenciosamente, reflexivamente, aunque sin comprender siempre todo su sentido y alcances. La humildad de María está cimentada en una fe muy profunda: Ella es "la que ha creído", y por eso merece ser proclamada dichosa (Lc 1, 45).

La humildad de la Virgen tiene una característica muy importante: reconoce que "el Señor ha obrado en ella grandes cosas" (Lc 1, 49), sabe que "todas las generaciones la llamarán bienaventurada" (Lc 1, 48), pero nada de eso la hace buscar su propia gloria, como si lo que ella es lo debiera a sí misma. Su humildad consiste en reconocer que *todo lo que es y todo lo que posee es un don de Dios, un don gratuito y generoso*, al que ella responde con un gran SI, sin reservas ni cálculos.

Hay en la humildad de María un aspecto muy iluminador: ella es inmaculada en su concepción y *jamás estuvo bajo el poder del pecado*. Nunca ofendió gravemente a Dios, y ni siquiera levemente: es santa como ninguna otra creatura. Su humildad *no tiene como fundamento el sentirse y saberse pecadora*, pues no lo fue. Y es que el hecho de ser pecadores no es la base *más profunda* de la humildad: es un motivo importante, sí, pero no el primero. ¿Cuál es el primero? Simplemente el de saber y confesar que *todo lo que somos y tenemos viene de Dios*, como nos lo indica Jesús: "Sin mí, nada podéis hacer" (Jn 15, 4s.). Así también lo sintió San Pedro, cuando dijo a Jesús: "Señor, ¿adónde iremos? ¡Sólo tú tienes palabras de vida eterna!" (Jn 6, 68). Es la humildad que nace de sabernos creaturas, y desde este punto de vista, la humildad tiene un matiz de confianza ilimitada en Aquel

"que es poderoso, cuyo nombre es santo" (Lc 1, 49). La humildad es, ante todo, *una actitud ante Dios*.

Hemos repetido durante el Mes de María: "en este mes bendito, procuraremos cultivar en nuestros corazones la humildad, modesta flor que os es tan querida, y con vuestro auxilio llegaremos a ser puros, humildes, caritativos, pacientes y resignados". ¡Qué exacta semblanza espiritual del discípulo de Cristo da, en esta oración tan querida, el recordado sacerdote que fue su autor, D. Rodolfo Vergara Antúnez! La humildad *durante* el Mes de María no es sino simiente y aliento para una *vida* toda ella *tejida de humildad*...

LA HUMILDAD DE SAN JUAN BAUTISTA

¿Quién no se siente conmovido ante la imagen espiritual del Precursor? Recio, veraz, austero, sin doblez, desprendido de sí mismo, voz del que clama en el desierto, fiel y consecuente hasta la muerte. Por algo dijo de él Jesucristo que "no hay entre los nacidos de mujer alguno que sea más grande" que Juan el Bautista (Mt 11, 11). No podría haber sido Juan acreedor a tan gran elogio de Aquel que es la Verdad misma, si no hubiera sido profundamente humilde. Y en realidad lo fue. No buscó su propia gloria: cuando los judíos piensan que tal vez sea él el Mesías, él se encarga de decir claramente que no lo es (Jn 1, 19-22). No soportan que lo tengan por más de lo que efectivamente es: el Precursor, el que anuncia al que ha de venir después de él, el que prepara sus caminos (Lc 3, 1-6; Jn 1, 23-26). Y no sólo dice que no es digno de postrarse para desatar las correas de los zapatos de Cristo (Jn 1, 27; Mc 1, 7), sino que se resiste a bautizarlo, alegando su pequeñez (Mt 3, 13-15). Nada descubre mejor la humildad de Juan, como su frase grandiosa: "¿Es necesario que él crezca y yo disminuya!" (Jn 3, 30). La humildad de Juan fue exactamente la del que sabe que tiene una misión provisoria, del que realiza unos preparativos sin que le sea concedido ver los frutos de su labor. Más aún, es la que corresponde a quien debe desaparecer para no estorbar la tarea del que viene. Muchas veces sucede que la

admiración y consiguiente apego que provoca una personalidad relevante y atrayente crean, aun en la Iglesia, una especie de "culto a la personalidad". No debiera ser así: ningún discípulo de Cristo debiera permitir que actitudes suya conscientes focalizaran a las personas sobre él en desmedro del único Señor, del único Maestro, del único Salvador, Jesucristo.

EL PATRIARCA SAN BENITO Y LOS GRADOS DE LA HUMILDAD

Entre los libros más notables de la espiritualidad monástica de Occidente es preciso señalar, sin duda alguna, la "Regla de Monjes", de San Benito, Abad. Y puesto que la espiritualidad monástica tiene como fundamento el Evangelio, y éste es la base de toda vida cristiana, es natural que las enseñanzas del padre de los monjes de Occidente sean relevantes para todo cristiano. Así se entendió en la antigüedad, cuando muchos laicos adherían a la espiritualidad benedictina por medio de la "oblación", especie de ofrenda y compromiso de vivir según el magisterio del gran Patriarca.

El capítulo 7º de la Regla de San Benito lleva como título "Acerca de la humildad", y luego de citar la palabra de Jesús que dice "Todo aquel que se exalta, será humillado, y quien se humilla será exaltado" (Lc 14, 11), establece la famosa serie de los doce grados de humildad. Los resumo aquí.

El *primer* grado de humildad consiste en tener siempre ante los ojos el temor de Dios, recordando lo que Dios ha mandado y teniendo presente que Dios en todo momento ve al hombre y sus actitudes.

El *segundo* grado consiste en no amar la propia voluntad, ni complacerse en satisfacer sus deseos, sino en hacer la voluntad de Dios.

El *tercero* es obedecer, por amor a Dios, a quien es autoridad.

El *cuarto* se ejercita cuando soportamos las adversidades que nos causa el prójimo, siendo pacientes cuando se nos hiere o se nos priva de lo propio, soportando a los falsos hermanos y bendiciendo a quienes nos maldicen.

El *quinto* es confesar al padre espiritual todo mal pensamiento y toda mala acción.

El *sexto* es estar contentos en todo lo adverso que nos suceda, juzgándonos malos e indignos de recibir más.

El *séptimo* consiste en considerarse, no sólo de palabra, sino en los hechos, como el más pequeño y despreciable de todos.

El *octavo* consiste en que no hacer sino lo que es la regla común, o lo que han recomendado los mayores.

El *noveno* consiste en controlar la lengua y callar cuando no es necesario hablar.

El *décimo* es no dejarse llevar por la alegría superficial y chabacana.

El *undécimo* consiste en decir con moderación, con humildad y ponderación, con pocas palabras y razonables, lo que se haya de decir.

El *duodécimo* se ejercita cuando la humildad no sólo se cultiva en el corazón, sino que también aparece ante quienes nos miran, de modo que en todas partes, teniendo un porte modesto, recordemos nuestros pecados, diciéndonos a nosotros mismos lo que decía el publicano, con los ojos fijos en la tierra: "Señor, yo, pecador, no soy digno de levantar los ojos al cielo" (Lc 18, 13).

Habiendo subido todos estos grados, el monje llegará, asegura San Benito, a aquella divina caridad que expulsa todo temor, y por medio de la cual todo lo que antes se cumplía con miedo llega a cumplirse por amor a Cristo, por buena costumbre y por el agrado de las virtudes.

A nuestra mentalidad "moderna" pudieran parecer sorprendentes estas enseñanzas de San Benito, pero los cinco mil santos que peregrinaron en este mundo observando la Regla del Patriarca, acreditan que él tenía razón y que el camino que enseñó es seguro.

CONCLUSIONES

Tal vez puede servir un intento de enumerar algunas actitudes de humildad que deben aparecer en el cristiano, con los matices de la situación de cada cual. No son todas, quizás faltan algunas importantes, pero ayudan a reflexionar.

Helas aquí:

1. Reconocer nuestra pequeñez: somos

- poca cosa, y lo que tenemos y somos, lo hemos recibido;
2. Reconocer los valores, cualidades y aciertos de los demás. Alabar las obras de bien que realizan y alegrarnos de sus éxitos.
 3. Ser capaz de reconocer los propios errores y de aceptar la corrección que nos viene de otras personas, aunque sea en forma descomedida.
 4. Ser propensos a escuchar opiniones ajenas, bien convencidos de que no lo sabemos todo y que el juicio ajeno puede ayudarnos a ver las cosas con mayor nitidez y amplitud.
 5. Ser capaz de revisar una decisión, si aparecen nuevos antecedentes, pasando por encima del propio "prestigio".
 6. Recibir, con ánimo sereno, los sucesos ingratos, pensando que bien sabe el Señor, y mejor que nosotros, qué es lo que nos conviene y por cuáles caminos hemos de transitar durante nuestra peregrinación terrenal.
 7. Abstenernos de críticas amargas y mordaces, recordando que la flaqueza es patrimonio de todo hombre y que "el que está de pie, bien haría en preocuparse de no caer", como dice San Pablo.
 8. Poner atajo a la susceptibilidad y no ceder a la tendencia de creer que los demás han querido deliberadamente molestarnos u ofendernos.
 9. Aceptar con alegría que otras personas son mejores que nosotros y que su actividad es más importante y de mejor calidad que la nuestra, y reconocerlo.
 10. Renunciar a derechos propios, cuando no está de por medio el bien común o los justos derechos de otras personas.
 11. Tratar a las autoridades con respeto, y si merecen una crítica, hacerla con mesura y fundamentos, ojalá haciéndosela ver ante todo al afectado.
 12. Temer que la pasión, los prejuicios, las antipatías o el rencor perturben la limpidez de nuestras apreciaciones, y nos hagan caer en la injusticia.
 13. Purificar el corazón del deseo de ser aplaudido, reconocido u honrado, y alegrarse cuando alguna buena obra nuestra es vista sólo por el Señor.
 14. Guardar a los demás las consideraciones que nos agrada que otras personas tengan para con nosotros.
 15. Saber recibir las críticas que nos hacen, y tratar de discernir lo que en ellas puede haber de valadero, no cediendo a la tentación de descalificar de inmediato a quien nos manifiesta su desacuerdo.
 16. Alegrarnos cuando los hombres se dan cuenta de nuestra pequeñez, para que así la gloria pertenezca sólo al Señor.
 17. Tratar de que las consideraciones de "prestigio" y de "status" no sean determinantes en nuestras decisiones o actuaciones.
 18. Tener gran amor a la verdad, porque la humildad es la verdad y toda falta contra la humildad entraña en alguna medida elementos de falsedad, atribuyendo importancia o valor a lo que no lo tiene.
 19. Decir la verdad, aunque de ello resulte algún desmedro para nosotros, porque la verdad nos hace verdaderamente libres, como dice el Señor.
 20. Tener siempre presente que el único juicio valadero, justo e importante sobre nosotros es el que Dios tiene acerca de cada cual. Los juicios de los hombres no llegan, con frecuencia, más allá de las apariencias: por eso los hombres se decepcionan. Dios jamás.
 21. Dar siempre las gracias a quien nos hace un servicio, una atención o incluso cumple para con nosotros un deber suyo. Y agradecer tanto al superior como al inferior.
- Una frase del Apóstol puede servir para terminar estas reflexiones:
- Hombre, "¿quién es el que te hace preferible?, ¿qué tienes, que no lo hayas recibido? Y si todo lo has recibido, ¿de qué te glorías o ensoberbeces, como si no lo hubieras recibido?" (1 Cor 4, 7).
- Ante el Verbo eterno llevado en las entrañas de María, ante su nacimiento pobre y humilde, ante la humilde esclava del Señor, ante el Bautista deseoso de desaparecer para que brillara la luz de Cristo, ¿qué queda sino lamentar la ceguera de nuestras soberbias, y pedirle al Señor que nos conceda la verdadera humildad, sin la cual no puede haber verdadera caridad, al decir de San Agustín?
- Rancagua, 11 de noviembre de 1989, en la fiesta de San Martín de Tours, humilde monje y Obispo.

Consejos de Esculapio



Esculapio cura a dos pacientes mediante la "incubatio". Relieve de Aquino. Museo Nacional, Atenas.

“¿Quieres ser médico, hijo mío? Aspiración es ésta de un alma generosa, de un espíritu ávido de ciencia. ¿Deseas que los hombres te tengan por un dios que alivia sus males y ahuyenta de ellos el espanto?

“¿Has pensado bien lo que ha de ser tu vida? Tendrás que renunciar a la vida privada; mientras la mayoría de los ciudadanos pueden, terminada su tarea, aislarse lejos de los importunos, tu puerta quedará siempre abierta a todos; a toda hora del día o de la noche vendrán a turbar tu des-

canso, tus placeres, tu meditación; ya no tendrás horas que dedicar a la familia, a la amistad o al estudio; ya no te pertenecerás.

“Los pobres, acostumbrados a padecer, no te llamarán sino en caso de urgencia; pero los ricos te tratarán como un esclavo encargado de remediar sus excesos: sea porque tengan una indigestión, sea porque estén acatarrados, harán que te despierten a toda prisa, tan pronto como sientan la menor inquietud, pues estiman muchísimo su persona. Habrás de mostrar interés

por los detalles más vulgares de su existencia, decidir si han de comer ternera o cordero, si han de andar de tal o cual modo cuando se pasean. No podrás ir al teatro, ausentarte de la ciudad, ni estar enfermo; tendrás que estar siempre listo para acudir tan pronto como te llame tu amo.

"Eras severo en la elección de tus amigos; buscabas la sociedad de los hombres de talento, de artistas, de almas delicadas; en adelante, no podrás desechar a los fastidiosos, a los escasos de inteligencia, a los despreciables. El malhechor tendrá tanto derecho a tu asistencia como el hombre honrado; prolongarás vidas nefastas, y el secreto de tu profesión te prohibirá impedir crímenes de los que serás testigo.

"Tienes fe en tu trabajo para conquistarte una reputación: ten presente que te juzgarán no por tu ciencia, sino por las casualidades del destino, por el corte de tu capa, por la apariencia de tu casa, por el número de tus criados, por la atención que dediques a las charlas y a los gustos de tu clientela. Los habrá, que desconfiarán de ti si no gastas barba, otros si no vienes de Asia; otros, si crees en los dioses; otros, si no crees en ellos.

"Te gusta la sencillez: habrás de adoptar la actitud de un augur. Eres activo, sabes lo que vale el tiempo: no habrás de manifestar fastidio ni impaciencia; tendrás que soportar relatos que arranquen del principio de los tiempos para explicarte un cólico; ociosos te consultarán por el solo placer de charlar. Serás el vertedero de sus disgustos, de sus nimias vanidades.

"Sientes pasión por la verdad, ya no podrás decirlo. Tendrás que ocultar a algunos la gravedad de su mal; a otros, su insignificancia, pues les molestaría. Habrás de ocultar secretos que posees, consentir en parecer burlado, ignorante, cómplice.

"Aunque la Medicina es una ciencia oscura, a quien los esfuerzos de sus fieles van iluminando de siglo en siglo, no te será permitido dudar nunca, so pena de perder todo crédito. Si no afirmas que conoces la naturaleza de la enfermedad, que posees un remedio infalible para curarla, el vulgo irá a charlatanes que venden la mentira que necesita.

"No cuentes con agradecimientos; cuando el enfermo sana, la curación es

debida a su robustez; si muere, tú eres el que lo ha matado. Mientras está en peligro te trata como un dios, te suplica, te promete, te colma de halagos; no bien está en convalecencia, ya les estorbas, y cuando se trata de pagar los cuidados que le has prodigado, se enfada y te denigra.

"Cuanto más egoístas son los hombres, más solicitud exigen de parte del médico. Cuanto más codiciosos ellos, más desinteresado ha de ser él, y los mismos que se burlan de los dioses, le confieren el sacerdocio para interesarlo al culto de su sacra persona. La ciudad confía en él para que remedie los daños que ella causa. No cuentes con que ese oficio tan penoso te haga rico; te lo he dicho: es un sacerdocio, y no sería decente que produjera ganancias como las que tiene un aceitero o el que vende lana.

"Te compadezco si sientes afán por la belleza: verás lo más feo y repugnante que hay en la especie humana, todos tus sentidos serán maltratados. Habrás de pegar tu oído contra el sudor de pechos sucios, respirar el olor de míseras viviendas, los perfumes hartos subidos de las cortesanas, palpar tumores, curar llagas verdes de pus, fijar tu mirada y tu olfato en inmundicias, meter el dedo en muchos sitios. Cuántas veces, un día hermoso, lleno de sol y perfumado, o bien al salir del teatro, de una pieza de Sófocles, te llamarán para un hombre que, molestado por dolores de vientre, pondrá ante tus ojos un bacín nauseabundo, diciéndote satisfecho: "Gracias a que he tenido la precaución de no tirarlo". Recuerda, entonces, que habrá de parecer que te interesa mucho aquella deyección.

"Hasta la belleza misma de las mujeres, consuelo del hombre, se desvanecerá para ti. Las verás por la mañana desgredadas, desencajadas, desprovistas de sus bellos colores y olvidando sobre los muebles parte de sus atractivos. Cesarán de ser diosas para convertirse en pobres seres afligidos de miserias sin gracia. Sentirás por ellas más compasión que deseos. ¡Cuántas veces te asustarás al ver un cocodrilo adormecido en el fondo de la fuente de los placeres!

"Tu vida transcurrirá como a la sombra de la muerte, entre el dolor de los cuerpos y de las almas, entre los duelos y la hipocresía que calcula a la cabecera de los

agonizantes: la raza humana es un Prometeo desgarrado por los buitres.

“Te verás solo en tus tristezas, solo en tus estudios, solo en medio del egoísmo humano. Ni siquiera encontrarás apoyo entre los médicos, que se hacen sorda guerra por interés o por orgullo. Únicamente la conciencia de aliviar males podrá sostenerte en tus fatigas. Piensa mientras estás a tiempo; pero si, indiferente a la fortuna,

a los placeres de la juventud; si sabiendo que te verás solo entre las fieras humanas, tienes un alma bastante estoica para satisfacerse con el deber cumplido sin ilusiones; si te juzgas bien pagado con la dicha de una madre, con una cara que sonríe porque ya no padece, o con la paz de un moribundo a quien ocultas la llegada de la muerte: si ansías conocer al hombre, penetrar todo lo trágico de su destino, ¡Hazte médico, hijo mío!”.

¿Quieres ser médico, hijo mío?

Dr. Ernesto Mundt F.

Ayudante de Biología en la Escuela de Medicina de la Universidad Católica de Chile. Profesor Adjunto de Medicina Interna en la Facultad de Medicina de la Universidad de Valparaíso. Presidente del Colegio Médico de Chile (1973). Miembro Correspondiente de la Academia de Medicina del Instituto de Chile.

“¿Quieres ser médico, hijo mío? Aspiración es ésta de un alma generosa, de un espíritu ávido de ciencia. ¿Deseas que los hombres te tengan por un dios que alivia sus males y ahuyenta el espanto? ¿Has pensado bien lo que ha de ser tu vida? Tienes que renunciar a la vida privada...”

Estos “Consejos de Esculapio” me los dio un día un compañero de estudios. No supe nunca de dónde los sacó. Finalizábamos el quinto año de Medicina en 1944. El era un estudiante de muy escasos re-

cursos, porque eran doce hermanos y su padre tenía que administrar muy bien su sueldo de profesor secundario en una ciudad de la zona del Valle Central. A cambio de una holgura económica, el jefe de ese hogar les legó a todos como herencia una muy buena formación humanística y todos recibieron sólidos valores morales con su ejemplo, y el de su benemérita madre. Fuimos íntimos amigos durante todos los años de estudio y lo somos aún. A pesar de la difícil situación económica y de esos “Consejos de Esculapio”, tan pesimis-

tas, conservó hasta hoy, ya entrado en años, ese ideal que nos unió cuando éramos jóvenes. El, con enorme tesón, llegó a gozar de una ilimitada confianza de sus superiores sin perder nunca su libertad e independencia en sus ideas.

¿Quiéres estudiar Medicina? Es de justicia que sepas la verdad para que tu ideal juvenil no se vea frustrado más tarde en contacto con la realidad.

Cuando me faltaba poco para recibir el título, mi padre me dijo: "a ti te va a ir bien en la profesión; de eso estoy seguro. Pero dinero no vas a ganar". Fue profético.

Cuando me recibí trabajé un año con sobrehoras y sin remuneración en un hospital de la entonces Beneficiencia, hoy Servicio de Salud. Luego, hice un reemplazo. Después fui interino y sólo al cabo de varios años logré unos cargos de planta. Abrí una consulta particular y me demoré tres años en ganar lo suficiente para cubrir el cien por ciento de los gastos. Diez años me costó tener una clientela más o menos estable y segura. Eso fue así, a pesar de que en esa época faltaban médicos en Chile y en mi ciudad, donde me inicié, yo no era un desconocido. Hoy ya está copada la cantidad necesaria de médicos en el país. Aquellos fueron siete años de estudio y diez de noviciado; total diecisiete años de inversión antes de poder recoger un modesto fruto de ella. ¿Habría sido una buena inversión desde el punto de vista económico, si detrás de ella no hubiese existido un ideal? Esa era la historia de todos los que nos recibimos juntos en aquel entonces. Ninguno contrajo el compromiso matrimonial hasta varios años después de haber recibido el título, porque no contábamos con el ingreso mínimo para mantener un modesto hogar.

¿Por qué se estudia Medicina hoy? Eso se quiso saber y para ello se hizo una encuesta. La realizaron dos estudiantes entre sus compañeros de todos los cursos en la Escuela de Medicina. Las preguntas fueron solamente tres: "¿Por qué estudiaste Medicina?", "¿Estás arrepentido de haber estudiado Medicina?", "¿Qué otra carrera te habría gustado estudiar?". Hubo un total de doscientos sesenta y una (261) encuestas contestadas; número bien significativo. Las respuestas dieron mucho que pensar. He aquí las cifras:

Ayuda a la comunidad	30,2%	} 54,0%
Vocación científico humanista	23,8%	
Realización personal	12,6%	} 22,6%
Nivel socioeconómico	10 %	
Por puntaje en la PAA	6,9%	
Influencia de la familia	6,5%	
Negación de otras áreas	4,6%	
Desafío personal	3,1%	
Azar	1,9%	
Respuesta en blanco	0,4%	
Arrepentido de haber estudiado	8,8%	
Deseo de haber estudiado otra cosa	26,8%	

De estos resultados se deducen claramente tres cosas: un alto interés por el status social y económico (22,6%); un creciente arrepentimiento de haber seguido la carrera a medida que el estudiante va conociendo la realidad, y el gusto por otras disciplinas tan diferentes a la Medicina, lo que hace pensar que no hubo razón valedera para escoger carrera al término de la Educación Media, y que muchos se fueron a la Educación Superior porque sí, porque había que conseguir un cartón para tener status.

¿El status, nivel social o prestigio cómo se adquiere en el trabajo? Fundamentalmente hay dos formas que te voy a explicar en seguida.

Hay profesiones y oficios que te permiten ganar dinero y jerarquía. Si lo logras con tu esfuerzo, imaginación e inteligencia, ganarás dinero que, de acuerdo con su monto, te dará status y, quizás, poder. Si lo has conseguido honestamente y lo usas para el bien de ti, de los que de ti dependen y de tu patria, merecido lo tendrás. Pero, si por cualquier razón, con o sin culpa tuya, llegas a perder esa riqueza, tu status se hará sal y agua y lo perderás. Hay familias enteras que así lo han perdido. Hay otras profesiones que dan status por los valores morales e intelectuales que se les suponen inherentes. Son trabajos dirigidos, primordialmente, al servicio de los hombres, de la Patria y de Dios. Te daré algunos ejemplos: el profesor y maestro, el sacerdote, el abogado, y también el médico y el paramédico. En estas profesiones el status y el nivel económico no van de la mano. Cierto es que todos tienen derecho a vivir de su profesión con dignidad, pero, si llegan a ganar mucho dinero

sin cuidar los valores morales, aunque el dinero quede, el status se perderá.

Por desgracia, está eso ocurriendo en la profesión médica en una proporción que tiende a hacerse un tanto alarmante. La comunidad está perdiendo la fe en nosotros y van en aumento las quejas y los juicios contra médicos por mala práctica. Averígualo en el ámbito de tus relaciones y conocidos y más de alguno de ellos me dará la razón.

Dime lo que pensarías de un médico que se negare a visitar a un enfermo si no le pudiere cancelar de inmediato la consulta por no tener el dinero a mano o que pidiere exámenes de más con el solo fin de obtener con eso mayor renta. Dímelo con franqueza y, si decides ser médico, no le hagas nunca al prójimo que sufre lo que no desearías que te hagan a ti. Seguramente te pagarán tus honorarios y tendrás tu plata, pero tu status a los ojos de tus pacientes caerá muy bajo. Si quieres ser médico ten como meta ennoblecer con tu actitud al gremio al cual pertenecerás.

Que el status para el médico no va de la mano con lo económico, lo demuestra un hecho concreto. Vivía en Valparaíso el doctor Ernesto Quiroz (Q.E.P.D.). Se dio por entero a los enfermos con cuerpo y alma. Cuando cerró los ojos para siempre no dejó riqueza alguna, pero la comunidad lo tenía tan en alto que le erigió un pequeño monumento en su recuerdo. Si quieres confirmarlo, anda a verlo. Está ubicado en la Avenida Placeres en el cerro del mismo nombre. A la altura del número 203, hay una pequeña plazoleta, y junto al tronco añoso de una palmera se levanta un monolito con el busto de ese "Médico del pueblo y benefactor" como lo recuerdan al doctor Ernesto Quiroz Weber.

Hay algo más que te quiero decir. El estudio de la Medicina te puede abrir dos caminos posibles: la investigación científica, y la aplicación de tus conocimientos al cuidado de los enfermos o de la salud pública. Como investigador tendrás pocas

oportunidades y un duro camino por delante, sin expectativas de un significativo status económico. Sólo un gran interés por la ciencia te mantendrá en esa línea. Como médico tratante las oportunidades son mayores, pero el camino tampoco está liso y pavimentado; habrá mucho estudio, mucho trabajo, muchas preocupaciones y poco descanso y una vida familiar difícil de llevar.

Finalmente, te quiero advertir que estudiar para médico significa ejercer esa profesión sin arrepentimiento posterior, porque los conocimientos adquiridos para nada más te servirán. Los estudios de carácter humanístico te ofrecen mayores posibilidades de aplicación. El que estudia para médico sólo médico puede ser con lo que sabe.

Después de todo lo que te he dicho pensarás que estoy desilusionado de lo que llegué a ser: médico tratante. Nada de eso; si volviera a la juventud haría lo mismo. Lo haría no por status, ni por dinero, sino porque amo mi profesión.

Si has de escoger profesión u oficio tomarás diversos factores en consideración para decidirte, pero una pregunta no dejarás de hacerte: ¿seré capaz de amar lo que voy a ser? Con amor cualquier trabajo se enaltece y se dignifica por simple que sea. San Martín de Porres barría su convento en Lima y llegó a ser santo.

Joven, estás enfrentado a un desarrollo científico y tecnológico, maravillosamente luminoso que deslumbra y abruma a la vez. A su lado se ensancha la sombra del egoísmo, la pérdida creciente de los valores morales y una grotesca lujuria sin freno que amenazan la estabilidad de nuestras familias, nuestra vida social y nuestra cultura occidental. ¿Quieres estudiar Medicina avanzando por el camino de la sombra? Entonces no lo hagas; arriéntete mientras estás a tiempo. ¿Quieres estudiar con ideales y con amor? Entonces ¡adelante!, entonando el himno que cantaron otras generaciones de jóvenes con ilusión:

HIMNO DE LOS ESTUDIANTES AMERICANOS

Coro

Juventud, juventud, torbellino,
Soplo eterno de eterna ilusión;
Fulge el sol en el largo camino,
Que ha nacido la nueva canción.

Estrofas

Sobre el viejo pasado soñemos
Y en sus ruinas hagamos jardín
Y marchando al futuro cantemos,
Que a lo lejos resuena un clarín.

La mirada embriagada en los cielos
Y aromados por una mujer,
Fecundemos de vagos anhelos
Y seamos mejores que ayer.

Consagremos orgullo en la herida
Y sintamos la fe del dolor
Y triunfemos del mal de la vida
Con un frágil ensueño de amor.

Que las dulces amadas suspiren
De pasión al mirarnos pasar.
Que los viejos maestros admiren
Al tropel que los va a superar.

Música: Enrique Soro (chileno)
Letra: José Gálvez (peruano)

Alocución del Dr. Enrique Montero Oróstegui a los alumnos que recibieron sus títulos académicos en la Facultad de Medicina de la Universidad Católica de Chile en 1966

Dr. Enrique Montero O.
(1915-1989)

*Profesor y Jefe de la Unidad de Gastroenterología (1964)
de la Escuela de Medicina, Secretario y Decano
subrogante de la Facultad de Medicina de la Pontificia
Universidad Católica de Chile.*

Esta Facultad desea que sus actividades se inicien este año con algunos actos académicos; por eso, esta hermosa mañana del 4 de marzo de 1966 sólo cumplo sus órdenes.

Hoy se confieren los títulos de "Bachiller en Biología" y de "Licenciado en Medicina".

Este acto que iniciamos tiene, para esta Facultad, el carácter de una "fiesta solemne", porque está dichosa del buen éxito con que han terminado sus ciclos de estudios y, además, sabe que en algu-

nas semanas un grupo de ustedes se integrará en su seno.

Hoy se otorgan dos títulos que tienen diferentes matices, pero en ambos hay un sustrato conceptual que deseo analizar.

Cuando esta Facultad de Medicina otorga o confiere un "título", sabe que en la base de esta sencilla ceremonia hay algo más profundo y significativo.

Porque el acto de "titular", lo que es dar a una persona "un nombre nuevo", debería remecer a nuestra sociedad indi-

ferente y recordarle que hay actos que tienen una trascendencia vital, actos que pueden jalonar un camino, fecundar una vida hasta entonces estéril o crear nuevas condiciones de existencia.

Lo que está sucediendo esta mañana es uno de esos actos o momentos trascendentes.

Hubo muchas ocasiones en que un hombre nos representó, aun sin saberlo, y luchó por adquirir un "nombre nuevo", un "título", si así queremos llamarlo.

Me limito a recordarles solamente una, que está enmarcada por una solemnidad aterradora: fue cuando un hombre, voluntariamente, solitario para ello, se enfrentó con lo desconocido y al vislumbrar lo que vendría, alejó a su familia, a sus criados, e, incluso, a su ganado, entonces esperó solo "en un lugar al otro lado del torrente de Yaboc".

En esa noche y en la siguiente aurora hubo una mutua entrega de "nombres" o de "títulos"; pero ello no fue fácil: hubo una lucha misteriosa y ese hombre osado que pretendía un mayor conocimiento lo logró, aunque cojo quedó.

Aunque nadie piense en alegorías ni en analogías, no puede negarse que siempre el hombre deberá luchar para conseguir "conocimiento" y que de esta lucha pueden derivarse consecuencias dolorosas o, por lo menos, no siempre placenteras.

Porque para "conocer" el primer acto es negarse a uno mismo y, sin pensarlo más, trabajar contra viento y marea; si nuestra red trae al final de sólo un día o de toda una vida, algas salobres o exquisitos peces, hay que apresurarse a rescatarlo todo con grande gozo, porque todo fue dado y no adquirido.

Eso fue lo que hizo el hombre al que aludimos: al despuntar el alba volvió dichoso a su carpa y a los suyos porque ya no era Jacob sino Israel; pero sabemos que este "nuevo nombre" o este "título", si queremos llamarlo, lo obtuvo o lo adquirió "porque en la lucha fue encontrado fuerte".

Adentrarse en el misterio "del nombre" supera mi capacidad y excede los fines de este Acto; pero no puedo ser sincero sin señalar los hitos que encontré y que espero que ustedes consideren y que

encuentren otros que pueden señalar otros caminos. Deben trabajar en el "conocimiento"; lo único que esta Facultad abomina es la indiferencia.

Me detuve en algunos de esos hitos, en los que "alguien" recibió un nombre nuevo.

Para nuestras culturas es algo insólito cambiar el nombre de una persona, "darle un nuevo nombre"; pero esto se inició en las fogatas de Ur, se renovó junto a las humeantes y apetitosas parrillas del encinar de Manre, fue arcano en las luminarias de Memphis, se hizo níveo y luminoso en la cumbre del Tabor, para retornar arcano junto a las hogueras de los alacalufes y los onas.

El acto de "titular", de "dar un nombre nuevo" siempre es algo íntimo, ya que el que agrega o sustituye un nombre regala parte de lo suyo y el que recibe ese "nuevo nombre" acepta incorporarse, aun sin entenderlo bien, al ente o a la persona que lo "renomina".

Por todo esto, el acto de dar y recibir un "título", de dar y recibir un "nuevo nombre" es un acto de mutuo amor: la donación generosa de algo valioso y la recepción amorosa de algo estimable.

La Facultad de Medicina al conferirles estos títulos desea que conserven este sello, esta impronta que tiene, como tinta indeleble, mucho de la vida, el esfuerzo y el amor de todos y de cada uno de los miembros de esta Facultad.

Un puñado de ustedes, señores bachilleres, entrarán a las arboladas sendas de las ciencias biológicas, pero otros ingresarán al yermo de la medicina y al trato personal con los enfermos.

Pero todos ustedes van a vivir, con modulación diversa, junto a otros grupos y entonces la relación interpersonal, apenas intuida mientras eran alumnos, la verán más directa y profunda, benéfica o malsana, pero jamás indiferente.

El desarrollo de esta relación será la base para que el médico en ciernes o el recién titulado pueda completarse, enriquecerse o anularse en su vocación.

Esta relación personal perseguirá en toda su vida al médico; si esta comunicación no la captó, más que con la palabra con el ejemplo de cada uno de nosotros, los encargados de formarlos, o si no se

esforzó en buscarla, fortificarla o recobrarla, nunca será médico.

Esta relación personal debe estimularse y mejorarse, cueste lo que cueste, en todos y cada uno de los peldaños en que la vida nos sitúe: entre condiscípulos y futuros colegas, entre docentes y estudiantes, entre el personal médico, paramédico o auxiliar y, por excelencia, entre la persona enferma o limitada y los que tenemos la obligación específica de cuidarla o ayudarla.

Se dice que para lograr esta comunicación basta con cumplir con las normas que regulan las relaciones humanas en una comunidad civilizada. No niego que eso sea falso. Pero sabemos que es algo más que eso, porque para que esta relación sea fructífera, para que todos saboreen sus frutos, a pesar del dolor y de la angustia, sólo debe estar basada en el amor.

Por eso el médico no puede aparentar tener prisa, deberá esperar las situaciones más oportunas para actuar; no debe urgir a nadie ni violentar las situaciones de los prójimos, debe actuar con amabilidad y sin herir; en esta actitud con las personas no cabe la jactancia del que enseña ni la chabacanería del que aprende y, menos aún, la intención de dañar o molestar a alguien.

Por todo esto es que esperamos que entre ustedes alumnos, y nosotros docentes, y que entre ustedes y el enfermo que pronto atenderán, solamente exista el propósito de ayudar al débil, al limitado o al que está en desgracia, ese que, algún día, puede ser uno de ustedes o nosotros.

Así podremos gozar de la Verdad, de la belleza y de lo que es más bello que la aurora, recuperar la salud del hermano.

En los años que me restan y en toda la vida que a ustedes los espera habrá mucho que excusar, mucho en que confiar, mucho en que esperar y mucho... mucho más de lo que cualquiera piensa, dar y soportar.

Otro motivo que consideró esta Facultad para que nos reuniéramos en esta mañana fue confirmarles su condición de viajeros. Esto de ser viandantes y no estacionarios es algo al que ninguno de nosotros, docentes, hayamos, hasta el momento, renunciado.

Pero ¿cómo lo harán? Ninguno de nosotros espera que lo hagan como "caballe-

ros andantes" ni tampoco como deplora el "Canto": "del aire al aire, como una red vacía".

Al contrario, todos esperamos que hayan comprendido eso de "levantarse y marchar", "despertarse y partir", "subir", "correr en el estadio de tal modo de ganar el premio" y tantas otras expresiones "paulinas" que algunos pueden recordar y otros empezar a conocer.

Muchos de ustedes han aprendido a usar el camino adecuado, ese que puede ser tortuoso y escarpado, pero que lleva a encontrar a nuestro hermano. Esa búsqueda permanente será nuestra existencia y en el encuentro hallaremos algo más de nosotros, aunque no lo sepamos.

Pero, en la auténtica disposición de marcha, hay algo arduo y pesado y es que ligada a las palabras "andar", "encontrar" o "servir" hay otra inseparable y es el eterno "Hodie", el hoy, que es el de ahora y de mañana; el llamado cotidiano que deberíamos oírlo desde muy adentro y hacerlo realidad existencial.

*Todo esto significa trabajo,
necesita valor,
requiere esfuerzo,
dilapida paciencia,
pero, antes o después,
nos llevará a vivir la Vida
plenamente.*

Cuenta la mitología que Poseidón dotó divinamente a sus dos hijos: a Macaon lo donó con las manos más suaves para extraer las flechas y curar las heridas y a Pocalirio con la visión certera que le permitía conocer lo invisible y curar lo incurable.

También nuestro deseo es que los Licenciados en Medicina hayan adquirido, a través de alguno de nosotros o de los dioses olímpicos, si alguien lo prefiere, estos dones heroicos.

Deseamos que ambos prototipos renazcan entre ustedes: que haya cirujanos expertos y médicos con juicio para hacer un diagnóstico y proponer un tratamiento.

Pero quiero que recuerden que estas disciplinas básicas del arte médico fueron conferidas a dos hermanos y no a dos rivales. (El mito no dice si los hermanos trocaban, a veces, sus afanes, pero ahora todos deberían estar dispuestos y preparados para hacerlo.)

Esta Facultad hace votos por vuestra continua formación personal y profesional, para que ello redunde en difundir la paz, en servir a los necesitados, en cultivar y resembrar el arte de la medicina y traer una prosperidad legítima a todos ustedes y sus familias.

Antes de terminar, debo señalarles que en esa supuesta marcha diaria y sostenida de que habláramos, hay desencantos, penas y, más que todo, momentos de tremenda soledad.

Creo que la soledad es el ente más temible para el médico y temo que no los hemos preparado para ello.

La soledad que acosa o aflige a un médico puede deberse a causas locales o geográficas, como tener que habitar en un pueblo alejado o convivir con un medio social o profesional difíciles, pero muchas veces no viene desde afuera sino deriva de algo nuestro, del orgullo, de ese *non servium* que llevamos dentro y que nos impide ser los instrumentos que pueden ayudar a muchos.

Pero estas situaciones, aunque existan, son sólo transitorias e intrascendentes.

Hay una soledad irrenunciable en la vida del médico; se presenta cuando se agotaron todos los recursos y se está esperando lo imposible; es la soledad que aparece en la vigilia de la sepsis ardiente, de la sangre que mana incoercible, de la asfixia que mata lentamente.

Aquí o allá, hoy o mañana, todos nos podemos sentir solos y abandonados, pero esa angustia no podrá durar si comprendemos que no somos los vencedores de la muerte, sino, apenas, y a veces, sólo hermanos que servimos a otro hermano.

Porque aunque creamos que libremente elegimos esta profesión, nos equivocamos; hay Alguien que nos eligió primero y que jamás nos dejará por siempre solos.

Sin buscarla intencionadamente aceptemos la soledad cuando ella llegue; así será más digna, más austera y solemne, será como la soledad del roble, de ese nuestro roble, de quien el "Canto" dice que siempre está:

*"muy decisivo en la pradera pura
con su traje de roto maltratado
y su cabeza llena de solemnes estrellas".*

Concepto de ciclo vital, según Erik Erikson*

Dr. Ramón Florenzano U.

*Profesor de Psiquiatría de la Universidad de Chile,
Experto en problemas de la Salud de la Familia y del
Adolescente, en los Programas de la Fundación
Kellogg en Chile y Latinoamérica.*

Dr. Enrique Fanta N.

*Profesor Titular y Jefe del Departamento de Pediatría
de la Pontificia Universidad Católica de Chile.
Profesor Jefe del Curso de Parasitología de la misma
Universidad.*

La tradición cristiana ha hecho hincapié en el concepto de la vida como un camino con un sentido interno, que debe ser descubierto por cada persona, pero con reglas comunes.

En todo momento de este camino hay posibles crisis o tentaciones que la persona puede superar o ante las cuales puede sucumbir. En ese sentido la visión de Erikson del ciclo vital avala desde la

psicología evolutiva la concepción cristiana del destino humano, así como aquella definición de Pedro Laín Entralgo del hombre como "ens itinerans": ser itinerante.

En "Infancia y sociedad" Erikson desenvuelve su concepto del desarrollo psicosocial de ser humano, basado en el *principio epigenético* (concepto tomado de la embriología). Se plantea en éste que cada etapa del desarrollo humano está guiada por un "orden natural interno", que actúa como una preprogramación biológica que

* Adaptado de publicación del Dr. Ramón Florenzano.

interactúa con el medio ambiente, tanto físico como social. Las conductas características de cada fase vital son la resultante del individuo (oral, anal, genital, etc.) descritos por Freud y los primeros psicoanalistas acentuaban la vertiente biológica de esta secuencia evolutiva. Erikson elaboró el concepto anterior al describir sus ocho etapas del desarrollo psicosocial, que complementan las de Freud, pero desde una perspectiva de la interacción individuo/sociedad.

Otro concepto de Erikson es el de crisis vitales normativas, propias de cada etapa. En ese sentido el desarrollo biográfico de cada individuo es descrito como una progresión de desafíos o tareas evolutivas. Cada crisis termina en un desenlace exitoso, que posibilita el avance, o negativo, que conlleva a un estancamiento del crecimiento individual. La patología, tanto física como psíquica, es vista como gatillada por la segunda posibilidad: un fracaso en esta espiral de crecimiento individual. La Tabla Nº 1 resume la sistematización hecha por Erikson acerca de las ocho etapas del ciclo humano.

a) Etapa incorporativa

Esta etapa, del nacimiento hasta los dos años, es sinónimo de la etapa oral de Freud. En ella se genera una sensación de "confianza básica", o en su defecto, de "desconfianza". Después de una vida de regularidad rítmica, calor y protección en el útero, el niño pasa a depender en forma absoluta de su medio ambiente al nacer. Esta indefensión del bebé es suplida por una madre que lo alimenta y vela por sus necesidades, por su padre y una estructura familiar que protege a la madre, por sociedades que protegen esas estructuras familiares, y tradiciones sociales que dan continuidad cultural a los sistemas de cuidado y crianza de los niños. Si lo anterior funciona bien el niño desarrollará una confianza básica en su medio circundante que se traducirá en un sentido de "esperanza y optimismo" frente a la vida. Si la madre y la familia proporcionan un cuidado consistente, continuo y adecuado a las necesidades del niño, éste sentirá que puede en adelante confiar en otros. Al revés, en individuos con personalidades alteradas se encuentran antece-

TABLA Nº 1

Edad	Crisis o Tarea evolutiva		Producto de la etapa
I. Infancia	Adquisición de una confianza básica	Vs. Desconfianza	Adquisición de la esperanza
II. Niñez temprana	Adquisición del sentido de la autonomía	Vs. Duda o vergüenza	Adquisición de la voluntad
III. Edad del juego	Adquisición de un sentido de la iniciativa	Vs. Culpa	Adquisición de la finalidad
IV. Edad escolar	Adquisición de un sentido de la industria	Vs. Inferioridad	Adquisición de la competencia
V. Adolescencia	Adquisición de un sentido de la identidad	Vs. Difusión de la identidad	Adquisición de la fidelidad
VI. Adulto joven	Adquisición de un sentido de la intimidad y de la solidaridad	Vs. Aislamiento	Desarrollo del amor
VII. Adulthood	Adquisición de un sentido de la generatividad	Vs. Autoabsorción	Desarrollo del cuidado
VIII. Madurez	Adquisición de un sentido de la integridad		